

JUAN EDUARDO CIRLOT

# NEBIROS

PARIS  
HARRIS



Lectulandia

Juan Eduardo Cirlot escribió *Nebiros*, la única novela en su obra, en el verano de 1950. Su editor debía de haber sido José Janés, pero la censura española no autorizó la publicación por considerarla «de una moralidad grosera» y «repugnante». En el epílogo, Victoria Cirlot explica las vicisitudes de este manuscrito que ha permanecido olvidado y perdido durante más de medio siglo para retornar fantasmagóricamente justo en el centenario del nacimiento del poeta.

*Nebiros* relata el paseo nocturno de un personaje por los prostíbulos de una ciudad portuaria, nunca nombrada, dentro de un clima denso y agobiante. Las calles, los bares, la gente, las prostitutas, son percibidos por un ojo que traspasa las fronteras de lo real para alcanzar las zonas de la alucinación. Las imágenes del mundo exterior se confunden con los monólogos interiores del protagonista a través de los cuales el lector asiste a una concepción del mundo, profundamente nihilista y abismada en el problema del mal. El nombre que da título al libro es el de un demonio y ciertamente infernal es el viaje propuesto. La novela se sitúa en una tradición muy concreta, que no es otra sino la de aquella literatura ocupada en el mal, tan bien diseñada por Georges Bataille.

**Lectulandia**

Juan Eduardo Cirlot

**Nebiros**

ePub r1.2

Titivillus 10.07.16

Juan Eduardo Cirlot, 2016  
Epílogo: María Victoria Cirlot

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Juan A. Gaya Nuño

Levantó la mirada aún perdida en el vacío interior. La estancia había ido quedando vacía y en la oficina solamente él continuaba, sentado ante su mesa, en la que confusos papeles se amontonaban, llenos de cifras y de signos. La luz eléctrica era débil y se confundía con la del atardecer, gris azulada, que penetraba por la ventana entreabierta. Grandes mapas de colores desvaídos y tétricos tapaban los muros; el techo, para disimular las vigas, había sido recubierto con el mismo papel de las paredes y el conjunto no expresaba más que una pobreza mal disimulada. Su mirada fue a posarse en los dos o tres retratos enmarcados que vigilaban desde distintos sitios la marcha de la organización comercial. Estaba tan acostumbrado a aquel ambiente que había superado incluso la indiferencia ante el mismo y se sentía vibrar al unísono con el menor de los objetos y muebles repartidos por la habitación. Pensó: «Es hora de salir de aquí». Se formuló el para qué de cada tarde, pero lo reprimió rápidamente. Tenía que adquirir dureza ante aquella situación fatal en la que permanecía preso. Nunca pensó que su vida tuviera que transcurrir por semejantes cauces, pero así era y rendirse a la evidencia era más conveniente que obstinarse en una lucha sorda. Abrió maquinalmente un cajón de su mesa y extrajo una revista de cine. Tenían acaso quince años de antigüedad las películas allá representadas o tal vez más. En una de las páginas centrales estaba la fotografía de la actriz alemana Sybille Schmidt. Cuántas veces había mirado aquel retrato, en la página sombría cuyos bordes estaban amarillentos y roídos por el roce de sus dedos. En otra página estaba John Barrymore en el papel de Don Juan, con unas cejas afiladas a lo demonio y los párpados sombreados intensamente. Dejó la revista, sus dedos recorrieron el fondo del cajón, tropezando con los minúsculos efectos que allí yacían: plumillas, gomas, cabos de lápiz, etiquetas para libros de contabilidad. Todo estaba sumido en olor perpetuo, metálico, cuya obstinación le era odiosa y agradable, porque le recordaba a su padre, el cual, hacía años, le había acompañado al lugar, enseñándole sus obligaciones de empleado y futuro propietario del negocio. ¿Era posible que él no hubiese podido realizar nada para romper aquel sortilegio? Un sudor frío perlaba su frente y un antiguo pensamiento, muchas veces rechazado y olvidado, volvía a instalarse en su mente. ¿No había ningún signo extraño en él, que avisara a los otros de algo, de un destino especial; sobrenatural, decía la voz secreta, instintivamente? No. Era igual que siempre, el espejismo substancial en el que su juventud se había deshecho con lentitud y seguridad como bajo la acción de un ácido eficaz. Pesadamente, se puso en pie y se dirigió al lavabo, pero al llegar ante el espejo un movimiento instintivo le hizo retroceder sin mirarse y sin advertir siquiera la razón de su gesto. Era pronto para salir a la calle. Volvió a sentarse ante su mesa y sintió el deseo de hacer las paces consigo mismo, de aceptar otra vez el hecho de su sino y de repetirse, como en muchas otras ocasiones, que debía principiar por hallar exactamente cuál era su situación en la vida, qué aspiraciones tenía y a dónde pensaba encaminarse, con los medios que contaba. Pero, con más celeridad que otras veces, reprimió este anhelo de meditar; no era cansancio lo que experimentaba, sino más bien la sensación de que

pronto iba a cambiar todo para él.

Cerró de golpe el cajón central de su mesa y se pasó nerviosamente la mano por la frente, luego se anudó la corbata y cerró la boca con violencia. Volvió a levantar la mirada y a pasearla por la habitación. Le pareció estar acompañado, no por los dos empleados que acababan de salir hacía poco, sino por todas las personas que había conocido dentro de aquel recinto, desde el cual se había luchado por conseguir primero y conservar después una posición social. Un frío glacial le invadió súbitamente; nada de común tenía con quienes le habían precedido en tal tarea, con los que se la habían impuesto, acostumbrándole a ella antes de que tuviera tiempo de reaccionar y de entregarse a la mayor desgracia, para tratar de obtener la mayor felicidad. En el conjunto de la habitación le parecía advertir el signo de algo fundamentalmente insano y perturbador, el síntoma de una inmensa enfermedad humana. En el cuero gastado de los sillones, en la madera herida de las mesas, en los cordones eléctricos, sucios y retorcidos, en las maltrechas máquinas de escribir y hasta en el mismo cielo, visto desde aquella ventana, se veían las huellas seguras del mal que no le concedía descanso.

A pesar de sentir su acción dentro de sí, no hubiera podido definirlo, no sabía ni remotamente en qué podía consistir aquello que inutilizaba todo cuanto se hiciera en la vida, amargando hasta las raíces la belleza, la bondad, los impulsos generosos, la inteligencia y el esfuerzo del trabajo. Pero, aun ignorando la naturaleza de aquella entidad silenciosa, su presencia le era tan familiar como la de su propia efigie, al extremo de que ya no necesitaba pensar en tales cuestiones, sino que ellas maduraban obscuramente en su interior y, de este modo, su pensamiento recorría un doble cauce en el cual una vía no abandonaba nunca la labor de resolver el imposible problema, mientras la otra se entregaba totalmente al cuidado de lo cotidiano, para solucionar con precisión todo lo que surgiera con cariz amenazador o lo que correspondiera a la esfera profesional, si bien, en este campo, era desoladora la ineficacia de la mente. La rutina bastaba por sí sola para solventar cuantas dificultades parecieran surgir. Y las facultades superiores, retraídas, volvían a su mutismo perenne.

De un armario que había detrás de su asiento giratorio, tomó unos libros de contabilidad y se puso a sumar varias hojas que había pensado dejar para el día siguiente. La progresiva decadencia del negocio no le permitía tener empleados que pudieran descansarle de la labor maquina de la administración y, por otro lado, su desinterés hacia el aspecto remunerativo del comercio era tal que difícilmente hubiera podido evitar la ruina cada día más próxima. Mientras sumaba, pensamientos heterogéneos se mezclaban a las adiciones que realizaba rápidamente, pero temiendo equivocarse. Contrajo el rostro y desaparecieron las ideas ajenas a la mecánica de la suma. En aquel instante, sin saberlo, se sintió feliz. Otras veces había reparado en el fenómeno y se había extrañado de que, a pesar del indudable odio que sentía hacia aquello, solamente descansaba verdaderamente cuando el trabajo le absorbía al extremo de anular su personalidad. Ninguna diversión, ni siquiera el cine, que era su

distracción favorita, ni la lectura aun apasionada en los escasísimos instantes en que había hallado algo que le hizo entrar en conmoción, le facilitaba una felicidad tan completa. Una vaga sonrisa flotaba entre sus ojos y su boca. Las líneas de cifras se iban formando bajo las columnas de pequeños números escritos con tinta negra. Terminó las sumas y permaneció un instante, un largo instante, como esperando una revelación. Se puso en pie, se dirigió a la puerta, y retrocedió. Sacando una llave de su bolsillo abrió la caja fuerte que estaba adosada en un ángulo de la habitación. Removió varios papeles, carpetas y cuadernos y, de entre ellos, extrajo una caja aplastada de cartón. Sentado nuevamente ante su mesa, desparramó encima de la misma las fotografías y esquelas mortuorias que contenía la caja. Miró todos aquellos recuerdos como si hubieran pertenecido a alguien ajeno; sin embargo, allí estaba la esquila de su madre, en una estampa que representaba a Cristo crucificado, con los textos consabidos, aludiendo a la santidad de la muerta y a la resignación de los que quedaban, una fotografía de ella, con él cuando era pequeño y muchas otras familiares entre las cuales le era especialmente atrayente una en la que se veía la casa de campo que habían tenido hacía años, sumida en la arboleda. La fotografía había sido tomada en invierno y una niebla gris flotaba en la atmósfera presa en el exiguo cuadrado de cartulina.

Volvió a ponerlo todo en la caja y la cerró cuidadosamente, depositándola en el interior de la caja fuerte. Allí estaban también los balances de los pasados años cuando, en vida de sus tíos y de su padre, el negocio había rendido mucho más de lo que pudiera esperarse de su reducida esfera. Contratos, pólizas y otros documentos se acumulaban en el fondo. Cerró la caja con una extrema sensación de asco, sintiendo el paso de los años gravitar sobre él, como si su corriente brumosa estuviera relacionada con aquella obscura caja. Entre sus innumerables costumbres represivas estaba la de olvidar voluntariamente su edad, impidiéndose tomar este dato en consideración alguna, del orden que fuera. Desde que resolvió pararse en el curso de los acontecimientos y dejar que todo fluyera a su alrededor, sin intervenir decisivamente en las cosas y sin organizar nada por sí mismo, la noción de su propia edad había dejado de tener sentido. Porque este se halla íntimamente relacionado con los programas que el hombre se propone y con las metas que va situando ante sus etapas progresivas. Ni amistades, ni amor, ni matrimonio. Menos, mucho menos, tener hijos. ¿Él hubiera colaborado en aquella gigantesca obra de aniquilación? Nunca. ¿Para qué? ¿Para que un día, en una fecha incierta pero inevitable, otra u otras esquelas fueran a colocarse, coleccionadas en el mejor de los casos por otra mano familiar, junto a las de sus padres? La suya estaría allí; aquello no había dependido de él. Por esta causa no podía ni arrepentirse de vivir, pero desde luego no realizaría ni un solo acto que facilitara la entrada de otros seres sensibles y dotados de capacidad para amar y temer en un mundo totalmente inexistente. Hacía años, su pensamiento sobre la cuestión se había sintetizado en esta expresión. Lo que ha de morir está esencialmente muerto. Si algo tuviera verdadera vida, no podría morir. La muerte

constante de todo prueba la fantasmagoría de todo. Por ello lo mejor era retirarse a un género de existencia totalmente indiferente a los movimientos generales de la vida y apartar de sí cualquier sentimiento que tendiera a encadenar su mente a algo, por insignificante que ello fuera. Sabía que esta decisión no podía ser cumplida de manera absoluta. Ahí estaban esas fotografías para probarlo; de ser totalmente consecuente con su doctrina las hubiera destruido hacía tiempo. También probaba lo contrario la revista de cine con la imagen de Sybille Schmidt. ¿Por qué la conservaba desde hacía tantos años, guardándola celosamente? Evidentemente no estaba enamorado de un simple retrato. La sola idea le hizo sonreír de modo lúgubre. Acaso, en el momento en que él vio aquella imagen por primera vez, su pensamiento estaba en una disposición perfecta para el logro de algo que no recordaba ni remotamente. Y la imagen de la actriz cinematográfica era el mudo testigo de ello. De lo que sí se acordaba era de haberla visto en una película que versaba sobre la historia de un violín y de dos personas que se separaban y se encontraban, se volvían a separar y volvían a encontrarse. Finalmente se amaban y parece ser que, al final de la obra, se aludía a una futura vida en común. ¿Qué era todo aquello: encontrarse, separarse, amarse, vivir en común? ¿Es que era posible siquiera la menor de tales operaciones? En el fondo de su mente yacía la convicción indestructible de que nada podía aniquilar la soledad substancial de la persona. Ni el amor, ni la compasión, ni la nostalgia; ni vivir la realidad física, ni la espiritual o imaginativa. Todo era tangencia leve, figurada. El yo, como un cuerpo material dotado de tres dimensiones, era impenetrable a cualquier otro yo. Pero basta de disquisiciones.

Una temporada de su vida, bastante larga, pues duró algunos años, representó su esfuerzo por aclarar algunas de estas cosas. Leyó infatigablemente todo cuanto le fue posible, sin llegar en todos los casos a comprender bien los asuntos y las teorías que los libros desarrollaban ante su atención. Tenía poca memoria y una inteligencia vulgar, pero la intensa necesidad de conocimiento que le aquejaba le permitió conseguir resultados superiores a los que hubieran podido esperarse de un hombre como él. Pero luego se cansó de aquella tensión a la postre inútil. Se propuso perdonarse a sí mismo y cesar en el esfuerzo por sentirse inteligente; aquella sensación de estar en las orillas de las cosas y de las ideas no era desagradable, pero requería una fe que él no podía poner en nada. Entonces, poco a poco, fue cambiando sus lecturas y llegó un momento en el que solo se ocupó de las obras que trataban el sector reducido de su profesión. Un placer maligno le invadía al colocar tratados de contabilidad en el lugar en el que habían estado las grandes obras de filosofía y de historia de la cultura. Su costumbre de llevar libros a la oficina adquirió de este modo una razón de ser; inconscientemente buscaba, se diría, el equilibrio con su ambiente, renunciando a la seducción de lo que por vocación le atraía, para conseguir adecuarse a su destino y que este le fuera menos penoso. Sin embargo, no era así. Pues cada vez sufría más con el contacto del mundo mercantil, de sus quehaceres y personas. Y la disciplina mental que se imponía no resultaba sino otro nuevo castigo, sobre el que la

vida le había asignado.

«Es hora de salir», se repitió. Se acercó a la ventana y advirtió que la luz empezaba a tomar el tinte violáceo que señala el comienzo del anochecer. Cerró los postigos y se dirigió a la puerta. Ya en la escalera se puso a cantar como automáticamente hacía siempre al hallarse en aquel sitio, sombrío y solitario. Se complacía en cantar desafinando una especie de invenciones que no acababan de distinguirse bien de la música oída cuando frecuentaba las salas de concierto. Al llegar a la calle cesó de cantar. Empezaba a anochecer y las luces de los grandes faroles de hierro iluminaban, a trechos demasiado amplios, la estrecha calle por la que casi no pasaba nadie. En el pensamiento de aquel hombre se produjo un súbito enriquecimiento; la calle era para él mucho más que su propia casa, que la oficina, o que otra cosa alguna. Odiaba igualmente y por instinto la soledad y la compañía. No sabía adaptarse a los demás, ni siquiera a los que consideraba amigos que, hallados en medio de un impulso de alegría, le molestaban al extremo de serle intolerables unos instantes más tarde; por otra parte, el silencio era uno de sus grandes enemigos. Nunca pudo trabajar ni leer largo rato en una habitación silenciosa. Y la calle, o los lugares públicos, como plazas, paseos, tabernas o bares le deparaban el equilibrio entre la soledad y la compañía. Se sentía inmerso en la sociedad a la que creía detestar, pero no tenía que tolerar sus conversaciones, su contacto, ni sus miradas en las que, casi siempre, hallaba un matiz de ironía contra él.

La calle era una expresión magnífica de algo que sentía dentro de su mente y que le salvaba en parte de sí mismo; en ella se plasmaba la sensación de tránsito, de transcurso. Muchas veces se sorprendía realizando dibujos inconscientes en trozos de papel y con la mayor frecuencia esos diseños representaban calles, caminos, puentes, todo cuanto significara salida de algo para dirigirse a otra cosa. Hubiera necesitado muchos años de estar meditando sin cesar, se decía, para averiguar con certidumbre el motivo de aquello, así como de todas las cosas que constituían su modo de ser, el espacio cerrado en el que permanecía, como dentro de un armario, sin poder salir jamás al exterior en el que muchas personas sonreían y en el que también otros muchos lloraban. Por no pertenecer al coro de los últimos había destruido la posibilidad de formar parte de los primeros. Evidentemente, había cortes en esa actitud; momentos en los que una luz relampagueante le mostraba un mundo distinto y, sobre todo, una imagen suya del todo diferente a la que habitualmente sentía tener. Pero no había nada que uniera entre sí esos puntos dispersos en el tiempo; si hubiese querido sistematizar su presencia y estudiar su aparición, hubiera comprobado con tristeza que no gozaba de más de uno o dos de tales instantes cada año, surgiendo libremente, con independencia de su voluntad y de cuanto le acabara de suceder; esto es, no veía medio alguno para cultivar su aumento. Andando lentamente, se dirigió por una callejuela hacia el paseo que daba al mar, invisible por una fila de edificaciones, pero cuya proximidad era segura y le confortaba. Las primeras estrellas aparecían en un cielo azul violeta. A lo lejos, las casas tenían una tonalidad gris

blancuzca que les daba un aspecto irreal, idéntico al de algunas nubes que flotaban en el cielo, allá donde se reunían con la línea terminal de los edificios. Todo ello cruzado por cables eléctricos y postes que creaban como una vasta e irregular red que garantizaba la imposibilidad de saltar afuera.

Por el paseo transitaban algunas personas, que salían de sus lugares de trabajo o se dirigían al puerto, atraídas por la sugestión del viaje que nunca se realizará. Una brisa leve pero constante removía las copas de los árboles y el calor naciente de la primavera imprimía cierto carácter tropical a aquella zona de la ciudad. Andando por allí, aunque no se atendiera al mundo exterior, uno se sentía feliz. La mala costumbre era la de haber llegado a una modalidad de pensamiento tan compleja que insertaba en sí todo cuanto debiera haber sido objeto de meditaciones separadas. Él sabía perfectamente, no por haberlo estudiado en tratados de psicología, sino por su experimentación interior, que el pensamiento podía pasar por los tres estados a que pueden estar entregados los cuerpos físicos. Había un modo aéreo, expansional, del pensamiento; manera rara que solo se producía en los momentos de éxtasis. Después habían los pensamientos cristalizados, sólidos, objetivos como la calle y los edificios, con solución de continuidad entre los temas y los conceptos.

Durante su época de vocación intelectual, su principal esfuerzo estuvo dirigido en aquella dirección; quería conseguir una escisión neta entre los contenidos y, sobre todo, disponer con autoridad y firmeza de su atención. Había leído que Napoleón tenía un cerebro semejante a un archivo. Que abría o cerraba sus cajones cuando quería, concentrando su pensamiento en un asunto determinado, que era completamente olvidado momentos después, cuando deseaba hacerlo, para dedicar igual potencia concreta a otro tema. Pero el cansancio destruía los frutos que lograba con esa educación. Y al cabo de unos días de mantenerse en la tensión precisa para establecer tal jardinería espiritual todo volvía a entremezclarse como en una selva oscura y el conjunto de sus ideas caía en un estado líquido o fangoso en el que flotaban restos de las más antiguas esperanzas, al lado de recuerdos recientes, de nociones concretas debidas a su trabajo, a la fugaz lectura de un periódico atrasado, a la visión de un letrero luminoso, etc. Desde que cedió a este estado interior, que se le fue imponiendo como inevitable, cada vez con mayores derechos, dejó de percibir el sentido dramático del universo, hundiéndose en aquella indiferencia semejante a la de aquel que padece una enfermedad incurable que empieza a llegar a su etapa final. En el fondo, él se trataba con la consideración debida a su mal y evitaba cuidadosamente todo lo que pudiera emocionarle en demasía. Si conseguía realizar con éxito su trabajo en la oficina no era porque allí lograra aclarar su pensamiento, sino porque la costumbre le permitía sumar, escribir o calcular mientras seguía sumido en aquel sistema incoherente, lacio, no desprovisto de compensaciones, ya que, por su proximidad a los sueños, le deparaba en los momentos más insólitos visiones con las que no hubiera contado, así como algo indeterminable, que podríamos comparar a una música de fondo, o a la presencia de un ser querido en una habitación, a nuestro

lado, presencia que deseamos y nos sostiene, aun cuando no hagamos ningún caso real de la persona en cuestión.

Al acercarse al puerto, la calle se iba abriendo progresivamente a la presencia del cielo; él no lo advertía, ni lo miraba, pero sentía que era así. Contemplaba los tranvías, los autobuses muy iluminados de dos pisos, y sonreía como el que asiste a una sesión de magia blanca. «Nada de esto existe», parecía pensar. Pues él, que ponía en duda su propia existencia y la de su alma, creía decididamente que la suma de todos los demás era una sombra, por lo cual es obvio decir que el mundo no personal le parecía la máxima de las ilusiones. La naturaleza era aún más absurda que la ciudad. En esta última, la formulación según un plan de las calles y de las casas infundía cierta realidad al conjunto, aunque evidentemente este tenía el cariz innegable de lo que está llamado a desaparecer y pronto; pero el campo, las montañas, las plantas, etcétera, aquello sí que no era más que una falsa y odiosa decoración de teatro, pintada por un pésimo artista de tercer orden, que estaba pidiendo la acción de un rayo gigante que la partiera en dos, para descubrir lo que se hallaba detrás de semejante telón. El hecho de que la tierra se pudiera tocar y pisar, de que la materia física opusiera resistencia al cuerpo, no solo no aumentaba su certidumbre sino que la disminuía inverosímilmente; lo real era aquella voz vacilante, débil, confusa, casi destruida que, dentro de él, hablaba y miraba como un reflector sobrenatural. Todo lo que circundaba y oprimía aquello era lo falso, lo maldito, lo que había que tolerar a disgusto, por un tiempo desconocido, para una finalidad también ignorada.

Movió bruscamente la cabeza y miró fijamente a dos personas que se le acercaban. Eran dos muchachos jóvenes que a lo sumo tendrían unos veinticinco años, morenos, de ojos negros y brillantes, relativamente mal vestidos, con aspecto de ser obreros, pero sin demasiado aire de cansancio ni rastros de suciedad debida al trabajo. Sonreían volublemente y se miraban entre sí como si uno de ellos fuera una muchacha. Parecía que, de un momento a otro, se iban a detener y a abrazar en plena calle. Pasaron rápidamente sin mirarle, casi sin verle. Él anduvo todavía unos metros en aquella dirección, luego giró a la izquierda y, penetrando por una especie de callejuela que pasaba entre los almacenes portuarios, se dirigió al muelle, obedeciendo a un impulso que, en ocasiones, le empujaba hasta las inmediaciones del mar, del «mar inaccesible», como había leído en un poema anterior a la Biblia. Vagaría un rato por allí antes de ir a cenar. No es que tuviera la impresión de que algo especial sucedería aquella noche. Tales esperanzas absurdas habían sido desterradas de su imaginación, cruel pero certeramente, desde hacía años. ¿Para qué buscar una compañía que le iba a pesar al cabo de unos días o de unas horas? Tan solo una vez en su vida experimentó lo que era la vida en común con una persona. Fue en los días de euforia que le invadieron a la terminación de su servicio militar. Su padre le había enviado dinero, creyendo que aún tendría que permanecer un mes en la ciudad donde se hallaba. Decidió gastarlo en una semana, pero en compañía de alguien. En un bar

encontró a una muchacha alta, rubia, que le invitó a fumar a cambio de que él pagara su aperitivo. Una hora más tarde estaban de acuerdo en permanecer unos días en el hotel de un pueblo cercano, en plena montaña. La espantosa tortura que representó resistir a aquel ser humano, como persona, cuando había interesado solo como cosa, fue superior a lo previsto y al cabo de dos días tuvo que marcharse de allí, con la sensación de no poder superar el muro de hierro que le circundaba perpetuamente.

En el puerto había el movimiento originado por la salida de algunos barcos que se dirigían a puntos diversos, pero no lejanos. Grupos de gente animada se formaban cerca de los puestos donde se revisaban los documentos y se verificaba la carga de los equipajes. Despedidas calurosas o correctas terminaban las conversaciones cuyo tema era el mismo en todas partes. Paseó entre los viajeros como en busca de algo, bebiendo la expresión de sus rostros, los cuales, por lo general, revelaban una beatitud sin trascendencia, parecida a la de algunos bebedores a la segunda o tercera copa. ¿Por qué viajaba la gente? Cambiar de lugar era como cambiar de traje; perfectamente inútil. Y más cuando el objeto del viaje se hallaba solamente a unos cuantos cientos de kilómetros del punto de partida. Tal vez tuviera algún interés viajar cuando el punto de arribada fuese verdaderamente lejano. Llegar a los extraños puertos del Extremo Oriente, a la hora del amanecer, en aquella atmósfera lechosa que había visto algunas veces en el cine, oír cantar en idiomas incomprensibles y sentir un clima distinto. Al descender a la ciudad, buscar mujeres de tez oscura, con flores amarillas en el pelo, las cuales estarían en ligeros edificios de madera, detrás de persianas y biombos con flores pintadas. Beber algo de alcohol helado e intentar hacerse comprender por aquellos seres parecidos a peces o a pájaros. Tocar suavemente sus manos, su garganta, sus piernas del color canela amarillenta, ceñidas por toscas pulseras de cobre o de plata. Y huir luego. No acostarse con ellas en rincones calientes, oliendo a paja y a menta. Irse a un lugar tranquilo, pintado de blanco, con agua corriente y un armario donde colgar los trajes sacados de la maleta y tal vez algunos libros. Volver a leer cosas bellas. Leer lo que se estaba viendo, para poder vivirlo. ¡Ah, esto era lo terrible!, había llegado al punto central de todas sus discusiones interiores, al nudo podrido de su alma. ¿Por qué leer lo que tenía delante de él, ante sus ojos y sus manos, pidiendo ser vivido directa, intensamente? ¿Por qué buscar en las páginas lo que turbaba el corazón solicitando palabras de afecto, ternura, interés tan solo? Sin embargo, aunque él hubiese llegado, vestido de blanco, rejuvenecido, a aquellos puertos lejanísimos, sabía que no por ello habría podido alterar el curso de su destino. La misma fatalidad de aguas inciertas, uniéndose en su mente como ropas oscuras y tenaces, la misma insolidaridad inicial para con todo se habría apoderado de él, recluyéndole en el hotel, con la amargura además de no tener oficina en la que trabajar, en un trabajo odioso, rodeado de hombres detestados, y con el pensamiento lleno de fuego frío. La ciudad a la que llegara, al cabo de unos instantes, sería exactamente idéntica a la que ahora habitaba. Nada era diferente. Todo era lo mismo, porque todo era él. Se frotó los ojos y se arañó ligeramente en la

frente para cambiar el curso de sus ideas. Atravesó el puerto hacia la zona donde se apilaban las mercancías en grandes sacos de forma regular, de los cuales salía un penetrante olor a productos químicos. Le gustaban los olores desagradables; por esto permaneció largo rato transitando por entre las grúas y los montones de sacos. También había carbón y paja apilada. Con gusto se hubiera tendido al lado de aquellas grandes aglomeraciones de materia, o se hubiera sentado, apoyada la espalda contra ellas, mirando las aguas sucias del puerto, donde la grasa ponía tornasolados reflejos, interrumpidos por el detritus que flotaba sobre ella. A lo lejos había alguna luz, marcando la línea de la escollera. Iría con placer a recorrerla, si no representara un cansancio excesivo, pues estaba a más distancia de la que parecía desde allí. El puerto no daba la sensación de libertad de la que algunos habían hablado, sino de todo lo contrario. Allí se hacía patente que el movimiento estaba fatalmente determinado por unas cuantas posibilidades, las de recorrer la superficie de una esfera, y el regreso, la idea del retorno dominando, desde el principio, la partida.

Con sensación de asco pensó en la gente que cree en la posibilidad de las aventuras, en los que huyen de las calles, de las tabernas, de las pensiones, de las personas de una ciudad, para ir a parar a las calles, a las tabernas, a las pensiones y a las personas de otra ciudad. Además, si lo que interesaba era salir, moverse, actuar, trasladarse a otro sitio no podía valer más que si ese lugar era absolutamente transitorio, mero punto de apoyo para un nuevo salto, para llegar a otra ciudad, a otro país, del cual se tendría que salir rápidamente, del mismo modo, para proseguir así indefinidamente y encontrar el sentido que se buscaba. Cambiar para permanecer era inútil. Esta idea, mantenida con fijeza en su cerebro, le había vedado entregarse a la tentación de huir. A la muerte de su padre, que siguió a la de su madre en pocos meses, y al encontrarse con algún dinero en propiedad total, pensó por un momento en cerrar la repugnante oficina de sus antecesores y partir para un lugar desconocido. Paseos por el puerto como el que estaba dando le convencieron, por medio de la meditación indicada, de que era inútil intentar escapar en el espacio. Entonces se habló a sí mismo de la muerte.

«Basta de puerto», se dijo. Subió algunas escaleras y se encontró en la plaza donde el mar y la ciudad se reunían. Todavía estaban por allí los viajeros del barco más cercano, con sus caras alteradas por la alegría y la falsa sensación de poder que ejercían sobre los que se quedaban en tierra. Los movimientos de toda aquella gente parecían mecánicos y uniformados por algo misterioso, que yacía detrás de sus personas. Solo habían transcurrido unos minutos desde que pasó por allí. ¡Qué despacio sucedía todo! La culpa de su mal era la longitud desmesurada de la vida. Era increíble tal riqueza monstruosa de tiempo en poder de un pensamiento humano, dotado de sensibilidad y de velocidad indecibles. El efecto que produciría la sola idea de vivir un millón de años era el que él sentía ante el horizonte de tiempo asignado a la vida común del hombre. Por esto se sentía invenciblemente atraído por el cine. Aquello sí que era vivir. ¡Qué concentración de sentimientos, de ideas, de acción y de

sentido! En el transcurso de una hora y media, uno, dos o más seres humanos podían experimentar todo lo que a veces no sería alcanzado jamás, en millares de instantes, por una persona viviente. Por esto, había tenido con frecuencia la evidencia de que las imágenes de la pantalla vivían realmente, mientras que él era solo una sombra inexistente. La concentración vital expresada en la escasa unidad de tiempo, era de una potencia incomparablemente mayor a la lenta disolución a la que él, y la inmensa mayoría de los seres humanos, estaban entregados. Solo los grandes emperadores locos habían vivido como se vive en el cine. Ptolomeo Filadelfos, Heliogábalo, Ivan, esos sí que eran personas en el sentido de tener vida, de tener poder. Para no ser así no valía la pena vivir, y era mejor permanecer al margen de todo, como el guerrero mutilado al que sus enemigos le han cortado pies y manos. ¿Qué perfume podría perdurar si un frasco de esencia se arrojara al mar? Por esta gran inconformidad suya con la misma estructura de la existencia, le hacían sonreír los intentos de los políticos para mejorar el mundo. ¿No era ridículo que se pretendiera modificar lo insignificante cuando lo grave, lo gravísimo, permanecía al margen insondable de toda posible acción?

«Sin embargo», pensaba, «esto no debe ser comprendido así por todas las personas. Algunas, como aquellos dos muchachos de antes, tienen el aspecto de ser felices». Anduvo un rato por aquellos alrededores y se dirigió hacia un mercado de libros viejos que estaba instalado cerca. Pasaba a menudo por sus inmediaciones, pero se prohibía terminantemente acercarse a ver los libros, sucios y maltratados, que se amontonaban, más o menos alineados, en las distintas barracas que componían la feria. Se lo prohibía para no retroceder en los progresos que su autoeducación verificaba. No recordaba dónde, pero había leído que la sed de conocimiento era la última tentación del que ha decidido renunciar a la vida. Consecuente con el programa implícito en el aforismo, se aplicaba a olvidar lo que podía atraerle y producirle placer. Pero aquel era un día distinto. Instantáneamente lo supo. Hasta aquel instante no se había dado cuenta. Pero, efectivamente, aquel era un día diferente de los demás. El hálito extraño que, en tiempos pasados, denominaba inspiración, empezaba a soplar dentro de su cerebro; la bruma habitual se dispersaba y la brisa ligeramente fresca que soplaba parecía tener poder en el dominio de su pensamiento. Las formas fangosas desaparecían en un hervidero de luz y un sentimiento de transfiguración le aparecía interiormente, a cada momento con mayor violencia, arrastrándose hacia las barracas de los libros viejos, cuyos escaparates estaban iluminados por luz eléctrica pues la noche estaba cerrando ya.

Tímidamente, como si se aproximara a una zona enemiga, se fue acercando a los puestos de libros. No veía nada; ni títulos ni portadas. Solo una vibración luminosa y un movimiento de vaivén. Después el campo de su visión se fue tornando nítido y distinguió con precisión un título de letras muy pequeñas, escrito en el lomo de un librito casi oculto entre una masa gris. Decía: *Los Secretos del Infierno*. Pasó de largo y, en la próxima parada, vio ya distintamente todos o la mayoría de libros

ordenadamente alineados. Muchos de arte, algunos de ciencias, de vulgarización, pocas novelas. Los libros estaban en general bastante sucios, con las cubiertas maltrechas, y el conjunto de los desvencijados estantes que los contenían no sugería ninguna idea de la grandeza del mundo del espíritu. Inconscientemente, asimiló esta visión práctica según la cual la cultura no es más que un innecesario añadido a las condiciones generales de la vida; la cultura no profesional, se entiende. Y recordó las reprimendas de su padre cuando le encontraba leyendo libros que no fueran de estudio, de texto mejor dicho, ya que él había devorado montones de libros científicos fuera de las normas de los pocos cursos regulares que siguió en su vida. Pensó que su padre había tenido razón, que adquirir cultura innecesaria era el peor de los pecados. La imagen del hombre que dominó su niñez por medio de intolerantes y dogmáticas ideas, secamente expresadas e impuestas, le vino a la memoria con precisión terrible. Su padre no le había prohibido fumar; por eso no fumaba. Su padre no le había hecho indicaciones para que temiera el amor de las prostitutas; por eso vivía casi siempre en castidad, limitándose a extemporáneas salidas de su angustia, cuando algún acontecimiento especial le permitía pasar a través de sus muros mentales. Pero, como su padre le había prohibido leer, se había pasado media vida consumiendo su tiempo en lecturas inconexas, desordenadas, absurdas e inútiles. Pronto vio que aquello no le servía para nada, más que para asesinar sus convicciones religiosas y para darle una sensación de constituir un mundo aislado, al extremo de pensar que, si se encontraba enfermo, lo natural era que leyera libros de medicina para encontrar el medio de curarse, en vez de acoger benévolamente la idea de ir al médico. Respecto a las personas con las que trataba, a pesar de que en algunas ocasiones, muy pocas, acudían a él cuando necesitaban saber algo raro, no le guardaban la menor consideración por sus conocimientos, ni siquiera creían que verdaderamente los tuviese. Precisamente de este modo llegó a aborrecer gradualmente el contenido de todos los libros.

Estaba dando la vuelta al mercado. En uno de los últimos puestos vio otro título que llamó su atención. *Magia sexual*. Lo tomó con cautela y lo entreabrió para enterarse superficialmente de su contenido. Entonces recordó de pronto que un día, hacía muchísimo tiempo, había estado allí, con aquel libro en la mano; que la misma mujer vieja y escuálida que le estaba mirando ahora se lo había vendido, así como, en días sucesivos, otros muchos sobre la materia. Se acordó de que había llegado a reunir una gran colección de libros sobre magia, la mayor parte en idiomas extranjeros que conocía. ¿Cómo era posible que se hubiera olvidado de todo ello? Dejó bruscamente el libro sobre el mostrador y se alejó unos pasos para hundirse en la zona de sombra. Después, giró sobre sí mismo y se alejó del mercado con el sentimiento desgarrador de que el momento de éxtasis que había conocido acababa de ser inexorablemente destruido. Lo peor de todo era que su destrucción provenía de un ciclo; que nada nuevo se había producido gracias a la iluminación que creía haber experimentado. ¿Sería verdad que nunca aconteciera nada nuevo? ¿Repetía él un solo

instante durante todos los momentos de su vida? ¿Vivía una situación única? ¡No! ¡No era posible! Sus manos crujían estrechándose sudadas. Un gesto de malignidad le atravesaba el rostro, ya de ordinario ingrato. Hizo un esfuerzo por volver a la ilación de sus pensamientos y regresó al punto en el que su memoria le había mostrado la colección de libros de magia, guardados en el fondo de un baúl, leídos de noche en la cama, cuando sus padres dormían. Alguna cosa le había impulsado a leer todos aquellos libros, diez o quince por lo menos, a buscar entre sus recetas estúpidas la fórmula para acabar con lo que le atormentaba. Pero ¿es que siempre había sido así? ¿Siempre había sufrido por cosas incomprensibles? Sin duda alguna. Ahora no pensaba anular su obra de muchos años, consistente en la destrucción metódica de los recuerdos y, sobre todo, de la noción de continuidad en su vida. Pero necesitaba saber cómo se produjo su ruptura con la magia; tal vez fue al tiempo en que dejó de creer en los principios religiosos, esto es, antes de dedicarse a la filosofía y a la física. La religión le había decepcionado por dos cosas; la idea del infierno, que creaba un dualismo, un desorden eterno, basándose además sobre la injusticia de que a unas faltas temporales se aplican castigos infinitos, y el vasto sistema de prohibiciones que le recordaba la actitud de su padre. En cambio, la magia le había permitido ilusionarse con la esperanza de que era posible actuar sobre el mundo exterior. Cuando se dio cuenta de que lo único vivo, en lo mágico, era cierta concepción especial del mundo, heredada de las grandes culturas del pasado prehelénico, y un repertorio de imágenes y de ideas, dotadas de cierta poesía y simbolismo, tuvo una crisis de desesperación. Bien es verdad que, de poder utilizar el poder mágico, no hubiera sabido a qué aplicarlo. Las riquezas no le llamaban la atención, místicas intromisiones en mundos desconocidos acaso le fueran más adecuadas, pero, en el fondo, ¿qué lograría con ello? El amor posiblemente fuera el reino en el que más utilidad tuviese ese dispositivo para concitar el destino y someterlo a una voluntad. Pero no quería pensar en eso. En eso nunca. Nunca volvería a pensar. La maldita estaba olvidada, enterrada bajo el fango de su pensamiento; su imagen había sobrevivido lustros enteros, apareciendo primero en las largas meditaciones voluntarias, a las que él la llamaba para recrearse con su imagen. Después del rechazo, ella aparecía aún, con su verdadero rostro, a través de la tapia represiva, en momentos de desánimo, o cuando el cansancio le hacía suspender el trabajo o la lectura. Más tarde, solamente en sueños muy espaciados, viniendo por caminos glaciales, como habitante de un país ignoto, y diciéndole que le quería y que la eternidad era la unión de ambos. Pero, con el transcurso de los años, las fibras cerebrales fueron perdiendo su capacidad para retener las expresiones faciales de aquella persona, que sí le interesó como persona; sus apariciones en sueños se hicieron rarísimas y surgía con el rostro de la última mujer a la que él se había acercado transitoriamente, pero denotando su verdadera personalidad por el tono de la afectividad que acompañaba al sueño, así como por sus palabras proferidas con un acento inolvidable. Para dar una utilidad a esa sensación angustiosa, él se dio en creer

que ella era la causante de su manera de ser y comportarse. Pero la verdad no tardó en imponerse; él era ya así desde mucho antes. Sus primeros recuerdos se lo probaban. Bien, bien, ¡qué concesiones estaba haciendo aquella noche al sentimentalismo! Frotándose la boca con el puño, se arrepentía de cuanto había pensado en el tiempo transcurrido desde su salida de la oficina. Para distraerse, se impuso atender al exterior. En aquel barrio todo era harapiento; las casas y las personas, hasta el cielo mismo. Volvió a cambiar de dirección y pensó en retroceder hasta la oficina; anduvo unos pasos y se halló de nuevo ante el mercado de libros viejos. Entonces advirtió que la idea de regresar le había sido dictada por la necesidad de acabar de contemplar los puestos de libros. Paseó a lo largo de los que le restaban por ver. En el último, entre unos libros de administración de empresas mercantiles, advirtió una revista de cine, de época similar a la que guardaba en el cajón de su mesa de despacho. La hojeó con un respeto inmenso. En una de sus páginas centrales había la fotografía de una mujer delgada casi desnuda. No pudo evitar mirarla y sintió deseos de comprar la revista. Tenía que ver en los libros lo que quería vivir. Como si adivinara su pensamiento, el dueño del puesto le ofreció algunas revistas pornográficas. Unas eran de clubs nudistas alemanes. Se veía a las gigantescas muchachas germánicas, de rostro vulgar con lentes a veces, pero con cuerpos maravillosos, iguales a los de las estatuas griegas que hacen perdonar su error artístico por su verdad viviente. Otras revistas, francesas, tenían principalmente dibujos procaces y alguna fotografía de semidesnudos. Él pasaba las hojas mientras pensaba en cómo lo haría para marcharse de allí sin comprar nada, ni siquiera la revista de cine que vio primero. Descuidadamente, como por azar, tomó un libro que se hallaba al lado de las revistas desplegadas. Era una biografía de Greta Garbo. La dejó instantáneamente, con gesto brusco, como el de quien toca algo repugnante o peligroso. Sin dar explicaciones se alejó de las barracas.

La calle iba llenándose de una multitud extraña que parecía acudir a una fiesta. Muchas mujeres llevaban grandes escotes por los que se veía el nacimiento de sus pechos morenos y pesados. Los hombres gesticulaban al hablar y reían. Todos parecían conocerse y pertenecer a una misma familia, al modo que los viajeros del barco se movían al unísono. La gente aquella tenía otra condición. Prescindía siempre de él. Nunca, ni por casualidad, le sonreía una mujer, o un joven, ni le preguntaban la hora o la dirección de una calle. Bien es verdad que él hubiera contestado con brusquedad a aquellas solicitudes, o no haciendo caso. Los mendigos sí se le acercaban; él les daba limosna, no por caridad, sino por creer que era su deber, de una manera mecánica, sin mirarles siquiera, menos molesto con ellos que consigo mismo y con algo que no acertaba a precisar, que motivaba su existencia.

«Me es necesario esforzarme de continuo», se decía. Toda esta gente espera que yo me una a ellos. Por lo menos tengo que advertirles, que arrancarme de este pozo lóbrego en el que vivo. Tengo que intentar alegrarme de su alegría. Pero, al volver a mirarles, se dio cuenta de que nadie estaba realmente contento; o la luz de la escena

había cambiado, o la gente que tenía ante sí era otra muy distinta de la que acababa de ver. Una expresión de dolor infinito, de vacío semejante al suyo, se marcaba en aquellos rostros, tan parecidos unos a otros, que parecían la mágica multiplicación de uno solo, en tres dimensiones; hombre, mujer, niño. Cogidos de la mano pasaban como por un torrente gris, como si huyeran de una ciudad incendiada o se acercaran a un país prometido que jamás acababa de cristalizar en el horizonte. Algunas personas comían por la calle; esto le recordó que se acercaba la hora de cenar. Siempre le había llamado la atención el fenómeno de la alimentación. El hecho de que el hombre, como ser vivo, no lo tenga todo en sí, sino que deba buscar cosas, materias que integrar en su persona para continuar existiendo, le producía una sensación rarísima e imposible de explicar con claridad. A veces, esta sensación le asaltaba en forma de compasión. Al ver comer a alguien, los ojos se le llenaban de lágrimas; esto le sucedía especialmente consigo mismo. Por esta causa no le producía placer la idea de la comida, antes la consideraba con desagrado, como un muro más que había que superar, por lo menos dos veces diarias. Ello no impedía tampoco que los alimentos, en sí, le gustaran. Sabía apreciar las diferencias en sus más finos matices y amaba la buena comida, pero este gusto se mezclaba indefectiblemente con el agrio sentimentalismo. Era el desorden de siempre, el estado fangoso de su pensamiento. Y en él, lo único que perduraba con cierta pureza era la sensibilidad para lo físico. Lo que le apartaba de convertirse en un hedonista era el predominio del drama espiritual, no la incapacidad ni la debilidad de sus sensaciones.

No iría a casa a cenar. Al encontrarse con todo un piso para él solo, no pudiendo avenirse a la idea de compartirlo con alguien, optó por realizar la comida de cada mediodía en una pensión y hacerse él mismo la cena o, como la mayor parte de las veces sucedía, dejar que se la hiciera la mujer que hacía la limpieza, que pasaba cada tarde por el piso. Esa mujer parecía tenerle cariño. Era de mediana edad, fea pero no carente de atractivo. Su cuerpo de gran esqueleto, su carne musculada y su piel de tinte grisáceo tenían algo de intensamente sexual, aunque tan disfrazado y oprimido por su religiosidad que solo se advertía en los raros momentos de descuido, cuando sus ojos grises se iluminaban en el curso de una discusión, o cuando, para anudarse los cabellos negros e hirsutos, alzaba los brazos casi varoniles, mostrando unas axilas muy velludas y enmarañadas. Él la veía pocos días, pues acostumbraba a salir de la oficina una hora después que sus empleados. Por cierto que era curioso su modo de relacionarse con ellos. Nunca los consideró como inferiores, pues eran de bastante más edad y estaba acostumbrado a verles hombres desde que él era niño. Eran los empleados de su padre, no los suyos. No los despedía porque los necesitaba, ya que se conformaban con escaso sueldo a cambio de trabajar muy poco, pero no sentía afecto hacia ellos y esperaba con secreto placer la hora de su muerte, viéndose a sí mismo en la presidencia del entierro, con corbata negra y sombrero.

No iría a casa a cenar porque aquella noche necesitaba proseguir lo que había comenzado. Nadie encontraría acción en aquel comportamiento, ni siquiera era

visible un profundo cambio interior o el descubrimiento de una idea, pero la intuición le avisaba de que no debía rehuir el camino que secretamente se le brindaba aquella noche. Atravesando dos o tres calles de secundaria importancia, entró en el paseo principal. Las casas, de altura regular, estaban en general estucadas de color claro y el azul oscuro de la noche se aclaraba contra su superficie. No había muchas luces eléctricas encendidas y ello permitía que destacaran más las iluminaciones interiores de los muchos bares y restaurantes que había por allí. Estaban abarrotados de gente y de aquella multitud surgía un sonido continuo, poco agradable, pero confortante. Un público de clase social más bien inferior lo ocupaba todo; algunos hombres empezaban a quitarse la chaqueta y muchas mujeres iban sin medias y en manga corta. Empezó a fijarse en ellas. Pasaban muchachas delgadas, con el pelo amarillento y los pechos sueltos bajo el traje apretado, mujeres de edad madura, olvidadas de su feminidad bajo la feliz abundancia de la carne, la cual constituía una especie de muralla entre su sensibilidad amorosa de otros tiempos y el mundo exterior. Pasaban también otras mujeres, con la cara muy pintada, las piernas enfundadas en medias relucientes y calzando zapatos de tacón muy alto. Eran rubias o morenas, gruesas o delgadas, pero todas tenían la misma cara y la misma clase de carne, ligeramente blanda, de un color blanco de yeso, en el que se señalaban irregularidades indefinibles. Los hombres estaban al acecho detrás de los árboles, en las paradas de los tranvías, en las mesas de los bares situadas en el paseo. De vez en cuando, entre aquella muchedumbre más bien vulgar surgía alguien con personalidad sobresaliente. Al cruzar la calle, estuvo a punto de ser atropellado por un coche enorme, pintado de blanco, conducido por un hombre vestido del mismo color, que contrastaba con su rostro de tonalidad dorada y perfil de águila, al que no estorbaban los ligeros lentes de oro. Cuando se rehizo, vio en el interior del coche a la compañera de aquel hombre. Era tan delicada que casi no se la veía, hundida entre varias cosas que no distinguió. Solo pudo vislumbrar su ligera cabellera rubia, anudada detrás, su mirada verde y brillante como una joya doble, su boca muy roja y sus manos indiferentes. Se alisó maquinalmente el pantalón, que había sido golpeado por el coche pero no ensuciado, y siguió caminando por el borde de la acera sin volver a mirar a los del coche, que pronto pasaron por su lado y se perdieron entre el tumulto de automóviles.

No sabía bien por qué había atravesado la calle. Volvió a cruzarla y siguió mirando a la gente que venía a su encuentro, como un río inagotable, denso. Tuvo la creciente sensación de que todo aquello no era nada; solo una alucinación, una inmensa montaña de sombra. En los claros de la multitud, extraordinaria aquel día, tal vez por notarse en el ambiente los signos inequívocos de la primavera, se advertían personas que seguían llamándole la atención, aun sin alterar por eso el concepto general que todo el conjunto le producía. La multitud se agrisó tanto a sus ojos que llegó a desaparecer, sin formar más que una niebla espesa. «Es el cansancio», se dijo, y sintió un agudo dolor entre los ojos. Prosiguió caminando, subiendo siempre paseo arriba. Aceleraba el paso sin darse cuenta mientras miraba sin ver a la gente que de

continuo bajaba y subía, transitando en procesión infinita. Una idea fulgurante se le apareció. No era una noción psíquica, formada de pensamientos en estado naciente. Era un mensaje que se le ofreció escrito ya, como con una materia luminosa, fosforescente, sobre una pizarra o fondo negro. Lo raro era que, a pesar de la precisión del método de la aparición escrita, no podía leerse nada claramente y sí tan solo ver el significado general de la frase. Quería expresar el dualismo entre la persona y la multitud. Recordaba haber leído muchas cosas acerca de la cuestión, cuando creía que, leyendo, se puede llegar al descubrimiento de algo trascendental. Había opiniones igualmente válidas en favor de las dos tesis contrarias. La realidad era la persona. La persona para sí. Lo subjetivo. O la realidad era la totalidad, y la persona solamente el supremo fantasma. Recordaba también unas cartas cruzadas entre un poeta romántico alemán y su amada, en las que parecía aludirse a la supervivencia del destino humano, personal, en el más allá. No era el cielo cristiano, no; de ningún modo. ¿Para qué un cielo que no se conoce, una felicidad que no se podría aprovechar? Lo que aquellos amantes expresaban en sus palabras era la feliz certidumbre de que iban a prolongar infinitamente la felicidad, ya conocida y sentida, de mirarse a los ojos, de saberse amando y amado. Esta concepción ¿se basaba en la realidad de la persona? Sin duda alguna. Por esta causa, él había negado y maldecido tal opinión y concepto de la realidad esencial. Él no quería saber nada del más allá, fuera en la forma que fuese. Las personas, ¡que irrisión! Prefería las cosas. Salió de su meditación, asombrándose del espacio que había recorrido durante la misma. Debió haber andado a una marcha casi de carrera. ¿Y por qué lo hacía? Sí, quería volver a ver a la muchacha del coche. ¿Pretendía alcanzar este a fuerza de correr? Era ridículo. Miró en todas direcciones. No se veía ni rastro del gran coche blanco descubierto. Entonces dio media vuelta y se puso a descender por el mismo paseo. Apretaba las mandíbulas al extremo de sentir dolor y se clavaba las uñas en las palmas de las manos hasta dejarlas grabadas en ellas. ¡Qué pobres eran todas sus decisiones! Había bastado la iniciación de una esperanza de cambio interior y la aparición en la noche de una persona parecida a aquella de la que no se permitía recordar nada sino la vacía existencia para que se olvidara de sus órdenes a sí mismo. «Bueno», se dijo, «hoy es un día en el que necesitaré darme una compensación. Dijimos que basta de personas, que hay suficiente con las cosas. Y cosas no faltan».

Efectivamente, el paseo estaba inundado de objetos vivientes. Manos, brazos, caderas y senos que se acusaban bajo los trajes ceñidos, de colores violentos, o que se insinuaban más delicadamente en mujeres cuyo aspecto espiritual era lo más adecuado para declararlas desprovistas de toda alma y de todo espíritu. Mujeres de diversas clases sociales, muchas de ellas empleadas, trabajadoras, esposas otras que iban del brazo de sus maridos, o prostitutas pacientes como cazadores, que recorrían veces y veces el mismo corto recorrido, esperando que en uno de los paseos cayera el alucinado. Todas las condiciones enumeradas carecían de interés y de importancia. Él iba pesando con la mirada puesta en la pura parte, no ya animal, sino mineral de

aquellos seres que parecían sumidos en una substancial lejanía, indiferentes a los deseos de los hombres, que las acosaban con la tristeza de lo que de antemano nace muerto. La ley de siempre se producía. Las que se ofrecían por unas pocas monedas al transeúnte no excitaban el deseo; las que se negaban absolutamente a ceder eran las metas de aquella inextinguible voracidad. Él había probado a seducir a algunas muchachas de aquellas, para conseguir no su entrega total, acto que le parecía tan terrible como el incendio de una catedral, sino concesiones dulces e inofensivas, al recuerdo de cuya belleza se ponía a temblar. Pero tales intentos pertenecían también al pasado. En su mejor época, cuando la juventud, la poca juventud que tuvo, le prestaba la falsa apariencia que ya no tenía, se obstinó en lograr todo aquello. Buscaba las chicas más feas, las que trabajaban más penosamente, pensando que tales seres estarían más próximos al calor del deseo. Pero el porcentaje de los éxitos le convenció de que era penosísimo intentar resolver la cuestión de aquel modo. Tanto más por cuanto él no podía quedarse con una persona de aquellas, no ya para siempre, sino ni por unas semanas. Sus novias, las dos o tres que tuvo en lapsos muy espaciados, le duraron solo uno o dos meses. Deseaba insaciablemente lo que no tenía. Y su substancia interior aniquilaba, corroía intensamente lo que era de su propiedad, inutilizándolo como fuente de felicidad al cabo de poco, transmutándolo de manera insensible en origen de sufrimiento y de molestias. Por esta causa, odiando mortalmente a las prostitutas, no por prejuicio ni por repugnancia de la promiscuidad en que vivían, sino por otras razones, había terminado por adaptarse a aquel género de sexualidad, a la que se entregaba de tarde en tarde, cuando su martirio mental, mejor que la insatisfacción de su cuerpo, se lo pedía.

Bajaba por el paseo mirando a derecha e izquierda. Ningún pensamiento ardía en su imaginación, pero el pulso acelerado era prueba de su inquietud. Vio a una muchacha vestida con falda negra y blusa de seda blanca. Parecía pertenecer a acomodada clase social. Llevaba medias de seda. Sus piernas eran más bien gruesas, tal vez demasiado sólidas en los tobillos. Sus pechos eran grandes y, con todo, su figura no resultaba llena. Iba peinada a la antigua, con moño, y en uno de los dedos llevaba un anillo de casada o de prometida. La seguiría. Sabía de antemano que era inútil, pues ni él podía aspirar a dominar a una mujer así, ni ella era de las que ceden con facilidad. Pero no se trataba tanto de dar satisfacción al instinto como de enterrar a golpes de sangre la aparición del coche. La mirada de esmeralda tenía que ser borrada rápidamente. Se puso a seguir a la mujer del moño. Tendría unos treinta años. Ella advirtió enseguida que aquel hombre alto y extraño la seguía con disimulo que no lograba esconder la difícil situación. Le miró y sus ojos sonreían. Sin embargo, él tenía la evidencia de que era inútil. Se alisó el pelo con la mano sudorosa, se ajustó la chaqueta nerviosamente y se acercó a ella hasta ponerse a su lado. Fugazmente alcanzó su mirada y comprendió que la expresión de los ojos de ella era de miedo. Se detuvo para que se separara; para que no le viese, mientras él proseguía teniendo la dicha de contemplar aquella suma de objetos llenos de encanto. La noción de la

crueledad general de la existencia se le impuso gradualmente. No solo aquella mujer no cedería nunca por compasión, sino que, aun cuando sintiera el mismo deseo que él, se apartaría por el mero goce de hacerle sufrir. Mientras miraba sus piernas torneadas y procuraba adivinar sus muslos macizos y el color de su carne donde terminaban las medias, su imaginación se fue poblando de escenas de tortura. Era una de sus obsesiones que le perturbaba hasta el extremo de temer volverse loco. ¿Por qué se gozaba haciendo sufrir, causando dolores espantosos? Su pregunta no tenía un matiz psicológico, ni inquiría la causa; se dirigía como protesta desesperada contra la humanidad entera que había acumulado tantos horrores en su larguísima historia. Recordó que los tártaros empalaban a sus enemigos poniéndoles un abrigo de piel, cuando tenían las entrañas perforadas por el palo, para que no murieran de frío, abreviando su martirio. No se podía adscribir la sed de hacer sufrir a una época, a una raza, a un momento histórico, a una religión o a una antirreligión o política. Los hombres, que se habían mostrado tan dispares en las teorías, en las ideas e incluso en los estilos de vida, habían obrado unánimemente en lo que respecta a la ferocidad. La frialdad, el método con que se imponían los castigos más horrendos, lo mismo por asirios y aztecas que por cristianos o comunistas, era sencillamente horrenda, apta para desesperar a cualquiera que tuviera la ilusión de entregar una vida inútil para sí a un servicio común.

Aquella mujer le haría andar detrás de ella, como un perro sarnoso, a través de las calles, hasta dejarle parado a la puerta de su casa, donde abrazaría a su marido y a sus hijos. Si alguien le insinuara la conveniencia de volver a bajar a la calle, estrechar la mano al desconocido e ir con él a un rincón oscuro para besarle y dejarse acariciar, aun cuando le dijeran que aquello podía ser la felicidad de toda una vida, se opondría y no aceptaría lo que consideraba ofensivo para su moral y su dignidad. Era mejor que la dejara ir a su vida, mientras él caía de nuevo en la suya. En el caso más afortunado, si ella fuera una demente que se regocijara con la idea de lo extraño, de lo imprevisto, ¿qué sucedería al día siguiente? ¿Una imbécil cita? ¿Unas relaciones escondidas que durarían siempre demasiado tiempo, mientras él ardía de deseo por la primera que pasase a su lado, despreciando el tesoro que había conseguido? No. Tenía que retroceder a sus principios, que eran el fruto de su dolorosa experiencia. Era evidente que sería maravilloso coger de la mano a aquella mujer, ver cómo sus ojos sonreían contestando a su muda interrogación, tomarla luego del brazo e ir ambos, por los barrios más desgraciados y más tétricos, en busca de un bar iluminado por una luz macilenta. Allí, sentados ante una mesa que tuviera un gran mantel blanco, pedirían algo para comer, muy poca cosa. Lo tomarían en silencio, mientras por debajo de la mesa él tocaba sus gruesas piernas y la tela maciza de su falda. Después saldrían de allí e irían por una calle de casas encaladas, azules de reflejo celeste, teniendo la luna enfrente y creyendo estar en Ur, la ciudad sumeria que vivió cinco mil años antes. Se detendrían frente a un portal cualquiera, sacaría una llave del bolsillo y abriría la puerta. Subirían a aquella casa, que sería suya, y él encendería

una luz pequeña. En el cuarto habría muebles muy bajos, una estera, un biombo de paja, unas grandes cortinas transparentes. Cuando ella estuviera semidesnuda, él se arrodillaría y la abrazaría, besándola ciegamente. Luego permanecerían juntos toda la noche, oyendo el transcurso del tiempo. Al amanecer, ella ya no estaría allí ni él tampoco.

«Debe ser tarde», pensaba al darse cuenta de que con su fantasía había logrado desprenderse de la sugestión de la desconocida, retrocediendo hacia el origen de sus caminatas. Toda su vida transcurría en el mismo barrio, cerca del mar. Allá, por más que las aguas le inspiraran un terror invencible, se sentía tranquilo. «Tengo que ir a cenar», dijo en voz alta, sorprendiendo a un transeúnte que se cruzó con él. «Y pronto», añadió ya en el pensamiento, «pues de lo contrario me quedaré sin cena o tendré que ir a casa». ¿Adónde iría? Ni por un momento se le ocurrió ir a un lugar elegante, menos aún cedió a la idea de caer en un tugurio. Los hostales y restaurantes tampoco le atraían aquella noche. Se decidió por una especie de comedor colectivo que estaba en la cercanía. Allá estaría acompañado por mucha gente, casi por tanta como la que constituía la muchedumbre del paseo. Además, por esta razón, la cena sería barata. Y él debía economizar lo más posible, ya que el negocio no podía producir beneficios en aquella época de crisis e iba consumiendo lenta pero seguramente el escaso capital heredado.

Atravesó dos o tres calles en dirección a aquel comedor. Por allá, no se obedecían las leyes que regulaban el horario de las tiendas; muchas de ellas estaban abiertas y todas tenían los escaparates iluminados, a pesar de que la general pobreza de su contenido no los hacía excesivamente atractivos. Es verdad que procuraban compensar tal pobreza desplegando un lujo de colores increíble, buscando con preferencia los efectos cursis y chillones que suelen advertirse en los trajes de las criadas de servicio. Hasta los pasteles y dulces de las confiterías tenían aquella gama de tonalidades rosas, malvas, escarlatas y violetas, que impregnaban toda clase de objetos comestibles, dándoles el aspecto de una caja de colores para pintar, mejor que el de un escaparate de golosinas. En otros sitios habían sido puestos objetos diversos para llamar la atención, aun cuando no tuvieran nada que ver con las mercancías que allí se vendían. En una zapatería, entre filas y filas de zapatillas, varias muñecas de cartón piedra miraban con sus ojos extáticos hacia la calle. En las pequeñas ortopedias y en las tiendas de profilaxis sexual se ponían muñecas más pequeñas, bailarinas con la falda resplandeciente, o gatos de peluche con un enorme rabo; junto a ellos se veían las inequívocas cajitas redondas, en cuya tapa estaban pintadas bellezas de hacía cincuenta años. Había tabernas que atraían a la clientela por la exposición de montones de chorizo, jamón, y otras cosas, pero lo importante es que, dentro de sus matices respectivos, todos los objetos de aquel barrio tenían la misma tonalidad, o un elemento de color común que, entrando a formar parte de la mezcla, les daba la uniformidad extraña que él comprobaba por milésima vez, relacionándola con el aspecto enfermizo de las gentes de por allá y su color gris amarillento.

A pesar de vivir muy cerca y de comer siempre por los alrededores, creía no haber adquirido aún aquel tinte distintivo y trágico. Era otra enfermedad distinta de la suya pero no menos cruel. Su carácter colectivo la hacía más temible y si alguna vez se insinuaban levemente en su imaginación ansias de riqueza, era para huir de aquel mundo que ostentaba el color maldito, el signo de pertenecer a una raza inferior, sometida por los dominadores que vivían en los otros barrios medios y altos de la ciudad. Repasaba lentamente los escaparates, olvidando de nuevo la urgencia de la cena. Relacionaba como un científico cada matiz y encontraba que el pan de un bar era semejante a la falda de una muñeca e idéntico a las mejillas surcadas de finísimas arrugas de una mendiga, procedente del sur del país, allá donde los restos de las más extrañas invasiones habían formado una capa social inferior que parecía siberiana, en medio de un clima de calor sofocante. Comparaba el violeta pálido de los dulces con la palabra pintada de la puerta de una tienda, el terroso tono de los zapatos, que parecían de cartón pintado, con los embutidos sórdidos que él mismo comía muchas veces, a pesar de sentir una inmensa repugnancia. Por un momento creyó comprender la razón de su permanencia en el lugar; para sentirse algo superior había de proseguir allí, entre miseria y pobreza, lejano a todo impulso de compasión y de pena. Hubiese querido ser el dueño de aquel pueblo miserable y hambriento y haberlo dirigido contra sus propietarios, pero en sus sueños jamás veía fusiles ni ametralladoras, sino espadas y lanzas, por eso se abstenía de mezclarse en problemas políticos del presente, y de acercarse remotamente a los dominios de la acción. Aparte de ello, sabía que nadie le hubiera seguido. La gente, o le desconocía o le odiaba. ¿Para qué pues ayudarla?

Ya se divisaba la calle donde estaba el comedor colectivo. Era muy estrecha y en ella había una tienda de objetos muy diversos, tales como globos para fiestas, faroles de papel, cosas para magia blanca, cabezudos de cartón para las procesiones, serpientes de madera que se movían, manos y antebrazos de pasta para las guanterías, piernas para las tiendas de medias, e incluso algún gran aparato para predecir el porvenir, parecido a un ataúd vertical, con un vidrio a través del cual se veía la cabeza de una sibila o de un faquir, y con un buzón donde arrojar monedas y retirar la correspondencia del destino. La visión de estos aparatos le recordó la época en que se había preocupado por conocer qué le esperaba en este mundo. Por todos los procedimientos imaginables intentó aclarar las brumas del futuro y saber en qué territorios podría moverse con esperanzas de éxito. Pero la voz de los oráculos era demasiado ambigua. Si hablaban de un «gran viaje», ya sabía él que se referían a la muerte; si citaban a tal o cual persona interesada por él, no dejaba de reconocer que podía haberla o realmente la había. Pero nunca le dijeron nada relativo a él mismo, a su vocación desconocida, a su enfermedad desconocida, ni al modo como podría solucionar aquel perpetuo conflicto. Contempló la figura de la falsa sibila como quien mira a un antiguo amigo, incluso se parecía su rostro al de una mujer que le había echado las cartas y mirado las rayas de la mano. Aquella fue, entre tantas otras

pruebas, la única algo afortunada, pues le advirtió que un gran cambio ocurriría en su existencia al entrar en la edad madura. No iba a vivir pendiente de ese cambio, cuya naturaleza y finalidad le parecían excesivamente problemáticas, pero al observar la expresión arcaica de la imagen de cartón, que le miraba desde su caja de madera, tuvo la sensación de estar en una iglesia, ante una representación sagrada en la que creyese como cuando era niño. Desde luego, no es que actualmente tuviera la convicción firme del absurdo de las religiones. Para decir la verdad, él no tenía convicciones sobre nada por la razón de que le parecían sustancialmente falsas e hijas siempre de la voluntad. La posición de la razón es la duda y él, que en este sentido no se desprendía del pesado lastre de su intelectualismo, pretendía conservarse en la pureza del que quiere lo verdadero y no puede renunciar a utilizar la razón como medio para conseguirlo. Por ello, se reía manifiestamente de las verdades religiosas, no solo de los dogmas y de los milagros de la religión en cuyo seno naciera, sino de la misma esencia de la religión e incluso de la vasta concepción teosófica, a la que admiró durante algún tiempo. Pero, en el fondo, sabíase siempre predispuesto a la oración y a la duplicidad. No era hipocresía, sino desorden. En él, la aparición de un estado mental, de un estilo de vida, con su sistema de opiniones y su constelación de juicios, no determinaba forzosamente la desaparición o superación de lo anterior, sino que se agregaba inorgánicamente, dando lugar a aquel trágico submundo ideológico y emocional que se concretaba en la visión de una laguna de fango.

Se despidió mentalmente del escaparate mágico y se acercó al comedor colectivo. Antes de entrar vaciló ligeramente, como dudando de sumirse en la multitud que, a aquellas horas, debía ocupar el local. Pero su instinto le decía que entrara y obedeció. Tras una puerta de cristales, cuya cortina blanca y sucia no permitía ver el interior de la casa, se hallaba una enorme sala atestada de mesas, con sus correspondientes bancos de madera, todos los cuales se hallaban ocupados de comensales que hablaban en voz baja e iban, en su mayoría, vestidos de negro, denotando en las tristes expresiones de sus rostros algún drama familiar que les empujaba a aquel local, mañana y tarde, y mostraban esa esmerada educación que tiene la clase de la sociedad que se encuentra en la zona inmediata a los proletarios, de quienes intenta diferenciarse a toda costa, como la roca se defiende mal del mar que la asalta y erosiona. Nadie levantó los ojos del plato para mirarle. Buscó vagamente un lugar vacío, al lado de la gran percha donde nunca se colgaba nada, pues aquellos parroquianos comían en invierno con los abrigos puestos por miedo a que alguien se los robara, tanto como por el frío que reinaba en la habitación a pesar de la intensa calefacción humana.

Avanzó entre la gente y fue a sentarse en el lugar que le habían señalado. Apartó la carta con un gesto mecánico y golpeó con los dedos el hule azul que servía de mantel. Pidió un cubierto, sin preguntar de qué estaba compuesto y esperó que se lo trajeran, volviendo a sus meditaciones. La idea de la contraposición fundamental entre la persona y la multitud le asaltó de nuevo. Ya no reprimía su sed de conocer y

una extraña alegría se iba apoderando de él, devolviéndole la euforia que conoció cuando se daba a la lectura desinteresada y mantenía la loca esperanza de llegar a saber algo por sí mismo del mundo, de su alma y de las cosas. Pensaba, si la persona es la verdad, ¿cómo puede estar en los números?, o sea, ¿qué significado puede tener la suma de dos almas, de cien almas, de mil millones de almas? Esa suma no es nada. Lo que no pueda conseguir un ser —por ejemplo, la felicidad, o la inmortalidad— nunca podrá ser conseguido por esa multiplicación incalculable. Y, si cada ser integra en sí todo lo infinito, ¿para qué la existencia de tantos infinitos? Lanzó una mirada a su vecino de la derecha; era un hombre gordo, sin afeitar, con nariz de borracho y pelo gris. Se acordó de un grabado con la imagen de Novalis. «¿Son iguales?», pensó. «No es posible». Y cayó en una de sus antiguas concepciones del mundo, la que se basaba en establecer castas espirituales, un método que le había aproximado a los conceptos hindúes sobre la evolución de la persona y la reencarnación. Siguiendo el hilo de sus pensamientos, no tuvo más remedio que llegar a darse cuenta de que también había superado aquella suposición orgullosa, en una ocasión en que, por una de esas ventanas que a veces abre la vida, había podido darse cuenta de cómo una persona, en apariencia superior, podía mostrar las lacras de la más terrible inhumanidad, mientras que un ser humilde y aparentemente desprovisto incluso de razón podía dar señales de un alto proceder humano y sentimental. Volvió a mirar al vecino de su derecha y le pareció notar un cambio extraordinario. «A este hombre se le ha muerto un ser querido hace poco», se dijo con la seguridad del que, por vivir en un perpetuo monólogo, no precisa la corroboración objetiva de sus descubrimientos. Una expresión de dolor inenarrable brillaba en los ojos del pobre hombre gordo que tal vez se moriría de pena sin llegar a adelgazar. Súbitamente, le golpeó en los oídos el susurro de todas las conversaciones. Parecía que rezaran el rosario. ¡Qué gente! Por un instante, rotas las preocupaciones intelectuales, solamente quiso acercarse a ellos, oír de uno en uno la narración de sus angustias y de sus penalidades. Consolarlos a todos como lo haría, algo más tarde, la presencia de la muerte. La sala del comedor le recordó una de aquellas prisiones, vistas en el cine, donde los nobles franceses esperaban el momento de ser guillotinado. Y se dio cuenta de que la cercanía de la muerte ennoblecía a todos. Aquel comedor estaba, por consiguiente, lleno de príncipes, de duques, de condes, de marquesas y de gentilhombres, porque en los trajes, en los gestos, en las mismas comidas de aquel pueblo acumulado en unos metros de terreno bajo techado, se notaba la inequívoca señal de la muerte. Menos mal que descansarían. No necesitarían beber vino, ni criticar, ni odiarse unos a otros. ¡Ah, los malos! ¡Qué bondad en ellos! Nadie puede ser malo verdaderamente, pues si eso quisiera, una potencia superior a él, inhumana, anticósmica, le poseería disculpándole para la eternidad. Al llegar a este punto de su discurso interior, se dio cuenta de que sus últimas consideraciones, más que brotar de los antecedentes planteados, le habían sido sugeridas por la conversación de los vecinos de la mesa de delante, un matrimonio ya de bastante edad, algo gruesa ella y tremendamente

delgado él, los cuales contaban a sus compañeros de mesa algo relativo a un crimen cometido por unos niños.

El camarero estaba ante él con la cena. Acostumbraban a traerla toda de una vez, pues, dado el escaso servicio para tantas mesas, hubiera sido imposible realizar los tres o cuatro viajes precisos para llevar cada plato separadamente. Por esto, en las mesas, que estaban ocupadas por seis comensales cada una, había una aglomeración de platos, vasos, botellas y comida, que parecía hervir y dilatarse, como deseosa de extenderse por todos los lugares vacíos de la habitación. Miró lo que le habían traído. Un plato de sopa transparente, donde flotaban cinco o seis muestras de pasta; un arroz muy seco, en relativa abundancia, entre el cual sobresalían algunos trozos de carne y de pescado, así como las pinzas de un bicho, cangrejo o algo parecido. Finalmente, un pequeño bistec con unas cuantas patatas. Había también una rebanada de pan, un vaso de vino y un trocito de queso. Lo suficiente. Casi demasiado. Empezó a tomar la sopa, pensando qué le estaría aguardando en casa. ¿Le habría hecho la mujer de la limpieza la comida? Sus axilas volvieron a acudirle. ¿Tendría ella la intención de atraerle mostrándoselas? No lo creía, pues era una beata, y además, para esa finalidad, hubiese podido elegir otros procedimientos, o enseñar cosas más seductoras. ¿Más seductoras? No se podía afirmar. En aquel reino era difícil establecer jerarquías, y todo dependía no de la cosa mostrada, sino de la intención y del juego de pensamiento, del macabro juego del pensamiento girando en torno a la exhibición. ¿Desearía ella casarse con él? Sí le conocía, e incluso le había dicho que en el barrio le consideraban un maniático. Pero ¿son tan extrañas las mujeres! ¿Cómo habría podido Dante contraer matrimonio después de haber conocido y amado a Beatriz de aquella manera infinita, que le había permitido crear la obra desesperante, inigualable? ¿Qué pensaría el autor de tantas frases dedicadas a la amada de nueve años, vestida de rojo, al oír a su mujer deambular por la casa, hablarle a él como si fuera un hombre mortal, un cualquiera, invadiendo su mente de cosas sin destino ni significación, arrancándole a las fatales incursiones por el único mundo donde él podía hallar a la otra, en el recuerdo? ¿Cómo se adaptaría a aquella persona, siempre grosera, aun cuando fuese un ángel, en comparación con aquella visión desaparecida? En sueños, Beatriz le hablaría triste al ver que su enamorado había cedido a los bajos impulsos que permiten advertir que existen axilas y muslos y labios, más allá de las altas murallas de cristal y de zafiros. ¿Qué derecho tenía Beatriz para quejarse de Dante? Sin embargo, ella no le perdonaría su matrimonio, como la muchacha del coche, la eterna, no le perdonaría que él pensara, ni por un momento, descender a unirse matrimonialmente con otra, fuere la que fuese.

La sopa estaba fría. Mejor, la terminó en tres o cuatro sorbos. Acercó el plato del arroz y cuidadosamente fue separando todos los trozos de pescado y de carne, arrojándolos al vacío plato de la sopa. Con repulsión y miedo hizo seguir al cangrejo la misma suerte y, cuando tuvo el arroz completamente limpio, empezó a tomarlo despacio, mientras mordía el queso. Podía gastar algo más. Pidió un vaso de cerveza

y dejó el de vino. La cerveza pertenecía al pasado. La había tomado en sus momentos felices y en compañía de las raras personas que despertaron por un momento su simpatía. Sobre todo, había bebido cerveza consigo mismo, para sentirse más próximo a los filósofos alemanes, cuando leía con pasión sus escritos, aun cuando muchos de aquellos autores habían abominado de aquella bebida espumosa y amarga. El arroz estaba algo crudo, eso le gustaba, y los granos crujían levemente al ser mordidos. Luego le tocó el turno a la carne. Comió primero las patatas, fritas según el barato procedimiento de hervirlas antes para no gastar tanto aceite. Se entretuvo todo lo que pudo al partir la carne, todo el bistec a trocitos antes de empezar a comerlo. Quería llegar tarde a casa. Generalmente se acostaba muy pronto porque siempre estaba cansado y sobrado de sueño, pero aquella noche no pensaba dormirse hasta tarde. Procuró poner atención en las conversaciones de los vecinos. En su mesa nadie hablaba. Los de enfrente, un hombre con dos niñas, acababan de levantarse y salir. Podía ver mejor a los de la otra mesa, a los que habían hablado de un crimen. El de su derecha estaba conversando con el que tenía al lado, un obrero en mangas de camisa que le preguntaba cosas sin importancia. Volvió a tener la sensación de que a él le era imposible ver realmente la realidad, que lo que veía era, siempre, una proyección de sí mismo, sobre los demás, transformándolos, adaptando hasta su aspecto físico, como si fuera cera, a las necesidades patéticas de su momento mental. Se esforzó; no ya en jugar, sino en mirar sencillamente al hombre aquel que, hacía unos instantes, le había parecido víctima de una gran desgracia. Vio a un tipo vulgar, sin ningún rasgo saliente en pro o en contra. En aquel momento respondía a una pregunta de su vecino, diciendo en tono perfectamente tranquilo que él no pensaba soportar la vejación de que le hacían objeto los dueños de la casa. Era portero, viudo desde hacía años.

De pronto, sus manos se crisparon sobre el hule y sintió deseos de gritar. ¿Qué hacía allí, rodeado de aquella gente que no le importaba nada, espionando sus conversaciones y sus vidas? Basta, tenía que volver a sus costumbres. Se iría en el acto, sin terminar la carne ni siquiera la cerveza. Pero, como azúcar en el agua, su intención se ablandó al oír, distintamente, la nueva mención del crimen infantil. Ahora, la mujer de la mesa de delante se lo contaba, en voz más alta, a los de al lado. Sucedió de la siguiente manera. Un niño, para vengarse de su padre, quemó vivo a su hermanito de cuatro años, encendiendo una hoguera en el monte.

Apuró la cerveza y, terminada esta, bebió el vaso de vino. Se puso en pie mientras hacía señas al camarero de que se acercara para pagarle la cuenta. Lo inverosímil de aquel suceso se complicaba con la tranquilidad con que aquella mujer lo contaba, exactamente como si se tratara de algo indiferente. La pasividad continuada que venía mostrando el género humano ante tales hechos era peor que su misma naturaleza de origen animal, horriblemente mezclado a todos los principios superiores con los que la persona creía poder dominar el mundo. El dolor tremendo del niño pequeño, ardiendo en medio del campo, por obra de su hermano, el dolor de aquel ser completamente inocente e indefenso le sublevaba contra todo, especialmente contra

el sistema de potencias en cuya realidad no creía pero tampoco dejaba de creer. ¿Cómo podía permitirse desde el cielo que hechos así ocurrieran? Abrió la puerta de la calle, una vez satisfecha su inmediata deuda, y esperó que el aire fresco de la noche le tranquilizara. Iría ya a casa, eligiendo las calles más solitarias. No quería encontrarse con más seres humanos, bastantes había visto durante el día. El descanso de la soledad le era necesario a tal extremo que prefería pasar los temores que muchas veces le asaltaban en su casa antigua, espaciosa, en la que dormía absolutamente solo, a tener que proseguir la comedia del trato social durante las últimas horas del día. Ya le era bastante penoso comer en la pensión. Cambiaba cada temporada de establecimiento, en el preciso instante en que algunos, considerando que le habían visto lo suficiente para poder entablar relaciones, se le acercaban pretendiendo conversación.

El niño quemado ponía en conmoción todo su ser y la vergüenza y odio que sentía se volvía contra sí mismo, como si él fuera el autor del crimen. Hubiera querido sufrir terriblemente para expiar aquello; en realidad, ya lo estaba haciendo, posiblemente su vida extraña y amarga le era impuesta por el enemigo que llevaba dentro con el único fin de que, por ese sufrimiento, pagara culpas de las que ni siquiera se acordaba, tal vez cometidas por sus antepasados. ¿Qué harían con el muchacho asesino? En el primer momento, deseó hallarse en plena Edad Media para poder hacerle padecer el mismo tormento que él había infligido a su hermano. Colgado de una horca por los pies, habrían encendido una hoguera bajo su cabeza y así hubiese muerto abrasado, pero ¿qué estaba pensando? Caía ya en el secular error de asimilarse al criminal por el llamado espíritu de justicia. Aquel muchacho era sin duda un anormal. Debería existir un vasto hospital donde recluir a los criminales, aun cuando la psicología no descubriera en ellos ningún rasgo de enfermedad verdadera. Tal vez la humanidad era excesivamente pobre para permitirse un lujo así, o había demasiadas vidas en el mundo. Una ley era infalible: a más abundancia y hacinamiento de personas, mayor crueldad sistemática en la justicia y en los métodos represivos. Recordó el libro, uno de los libros, que había leído sobre los procedimientos orientales para castigar a los culpables. Por robo, pena de muerte con torturas y así progresivamente, aplicando cada vez martirios más sutiles. Su imaginación se retorció pensando en ello, a causa de que no le era posible comprender esos grados de dolor; del mismo modo que la sonoridad, en una orquesta, se extiende entre un máximo de potencia y un mínimo, fuera de los cuales la intensidad sonora carece de relación con el arte y con la comprensión. Él, por su experiencia, debida a enfermedades o a accidentes, sabía la escala humana de dolor experimentable. Por ejemplo, llegaba a imaginar y a poder vivir el dolor de un crucificado, con las manos y los pies atados a la cruz y cosidos luego con gruesos clavos de hierro, o con astillas de madera. Imaginaba exactamente el dolor, como ante una partitura con las indicaciones de ritual, viendo los grupos de instrumentos que intervenían y la posición de las voces, podía reproducir mentalmente el grado de sonoridad que se alcanzaría en la ejecución. Pero el

sufrimiento del empalado ya no le era accesible. Las páginas primeras de *La Araucana* en las que, en verso, se narra el suplicio de Caupolicán y se explica cómo los españoles lo clavaron, haciéndole sentarse en una silla en la que había un poste aguzado, por lo que se había mareado y sudado, debatiéndose en una pesadilla para la que no necesitaba estar durmiendo. Asimismo, el martirio del fuego sobrepasaba la capacidad de su mente, y también era irracional la actitud psíquica de los verdugos. ¿Cómo podían? Y los que fríamente contemplaban la escena. Nada, ni las más sublimes obras de caridad de algunos santos, ni las obras de arte más perfectas, ni la misma existencia de los fundadores de religiones, podía compensar uno solo de esos martirios aplicados a personas o incluso a animales pacientes e indefensos. Si estuviera en su mano, acabaría con el universo. No profería amenazas vanas; era el punto final de sus meditaciones sobre el tema. Los libros que había tenido sobre tales cuestiones estaban llenos de anotaciones al efecto. Y estaba seguro de que uno de los ingredientes de su malestar continuo era el no poder desprenderse de la agobiante sensación que el dolor general del mundo le producía.

Menos mal que la muerte terminaba con todo. Esta esperanza le apartaba de la idea del suicidio. ¿Para qué anticipar lo que, por haber fatalmente de ser, ya era? Él se sentía muerto. Es más, podría decir incluso en qué día murió. Muchas veces, cuando miraba la caja de fotografías y recuerdos que guardaba en su mesa de despacho, esperaba encontrar su propia esquela. No la hallaba, pero cualquiera de las otras quedaba substituida mentalmente por aquella que, en un día no lejano, daría fe de la total terminación de su inútil padecimiento. La palabra inútil, al insinuarse en su pensamiento, tenía siempre un valor temático; era inconscientemente desarrollada en todas sus posibilidades negativas, pensaba, sin darse plena cuenta, en la inutilidad de cuanto había hecho, hacía y meditaba, en la inutilidad de su trabajo, de sus lecturas, de los escasos cariños que había sentido y de las raras relaciones que había anudado para luego desatar, acaso por ser fiel a esa noción de la suprema esterilidad de todo. Sin embargo, el dolor no era inútil. ¡Ah, basta ya de todas esas ideas! Carecían en absoluto de originalidad; no hacía sino rumiar lo que ya había sido dicho hasta la saciedad. ¿Qué otro significado tenía la doctrina de Buda? ¿Y qué había querido decir Schopenhauer sino aquello? Ni uno ni otro pensador le eran gratos. Los odiaba, pues la contradicción substancial de su alma era la mezcla de aquel elemento místico, redentorista, con otro que le asustaba. En el fondo, si no hubiera sido y querido ser, antes que nada, una persona buena, él se sentía secretamente nacido para ser un guerrero. Seguía en su triste existencia las normas de aquellos apóstoles de la renuncia y la resignación, pero su vocación hubiera sido la de Hannibal u otro caudillo más bárbaro aun. Algunos signos de su contextura física lo afirmaban. Si hubiera hecho cultura física, hubiese sido un hombre muy fuerte, o si su debilidad nerviosa no se transmitiera a los músculos. La forma dominante de su gesticulación instintiva, por otra parte, era apagada por su voluntad de esconderse, de humillarse, nacida del desprecio continuamente activo que sentía hacia sí mismo. ¿Cómo nació

aquel sentimiento? Ya no se acordaba; probablemente, cuando muchacho, se dio cuenta un día de que era un cobarde. La negación del amor espiritual que había deseado le confirmó en su juicio. Desde aquel instante se aplicó a destruirse y su historia no era sino la sucesión de hechos encaminados a tal finalidad, luchando con el instinto de conservación que se disfrazaba y resurgía bajo las formas más imprevistas.

La orientación definitiva de su pensamiento en orden a dirigir su vida negativamente cristalizó en la idea de la vida muerta. Consideraba que la muerte no era tan solo el cese de la vida, sino también la obra de los cortes que se producían en el seno de la misma, cuando afectaban a zonas importantes de la existencia personal y de su sensación de continuidad. Todo lo negativo era muerte. Muerte era la distancia, muerte la soledad, muerte la angustia, muerte la pérdida de algo, o de alguien, muerte era el tránsito más leve, en cuanto ese cambio alterara un proceso psíquico elementalmente necesario para el pensamiento. En aquellos momentos, en que él iba andando solo por las calles del barrio antiguo, todo lo que no estaba en él estaba muerto, muerto irremediabilmente. Y esa muerte entraba a formar parte de la vida, no como algo externo y adversario, sino como condición fundamental, ya que sin esa muerte constantemente acaecida no podía haber vida, recepción, llegada de nuevos factores y estímulos. Había objetos, canciones, trajes, personas, calles, días, especialmente aptos para impregnarse del sentido de esa muerte. Recordaba una canción que, muchos años antes de que el hecho ocurriera, le había hecho vivir, con absoluta realidad, la muerte de su madre. También había habido un traje de color terroso, el primero que llevó al entrar a trabajar en la oficina de su padre, cuya visión iba siempre acompañada de relámpagos sombríos; se había imaginado amortajado con aquel vestido muchas veces y todavía, en sueños, se le aparecía el traje, vagando por la orilla de un río gris, preso entre altísimas montañas transparentes.

Si esa muerte previa no existiera, nadie podría aceptar la muerte total y definitiva cuando esta llega. La felicidad infinita que integraría el alma humana, como centro de su naturaleza, la convertiría en algo indestructible y perfecto. Si nunca se hubiera sentido el acero de la separación cortando piezas y piezas de tela, en la inmensa sastrería del sentimiento, si jamás se hubiera sentido, mientras la piel se erizaba, cómo la substitución imperaba en todos los dominios interiores y exteriores del hombre, arrancando pensamientos gratos, terminando músicas maravillosas, sepultando imágenes en el barro, rompiendo momentos de felicidad y trayendo a cambio la caída en el plomo sordo de la continuidad existencial, la idea de la muerte sería impenetrable a la comprensión y ella misma resultaría ineficaz contra la fortaleza de la persona. Pero había la disgregación de todo lo querido, la amenaza de lo que por unos momentos se agregaba al yo, desde dentro o desde fuera, para hermosearlo y completar su figura, a la fuerza insuficiente. Y esa disgregación, ocurriendo continuamente, actuando sin cesar, acostumbraba al hombre a morir y le ponía un ritmo irregular en el corazón y una expresión de demencia en la mirada, la

misma expresión que los corderos tienen cuando el cuchillo del matarife les atraviesa el cuello blanco y obediente.

Estaba cerca de su domicilio. Allá vivieron sus padres y allá seguía viviendo él. Algunas habitaciones fueron quedando vacías; las ocupadas por ellos ya no albergaban más que unos muebles solitarios y una atmósfera contenida y agrietada por la persistencia de la memoria. En otras estancias habitaron sus dos hermanas, a las que nunca quiso. Una de ellas había muerto también; la otra, al casarse, se había ido de la ciudad para siempre. Sus cuartos permanecían cerrados con llave y solamente se abrían para hacer limpieza de tarde en tarde. Al llegar al portal vaciló como si dudara entre subir a casa o proseguir su marcha errante durante algún rato más. Le extrañaba sobremanera la intención secreta de su pensamiento, porque jamás dejaba de acostarse pronto y detestaba las salidas nocturnas. «Subiré», se dijo, «ya está bien por hoy». ¿Qué, de nuevo, podría conocer? Instantáneamente pasó por su imaginación la colección de revistas de desnudos femeninos y la imagen de la mujer a la que había seguido, pero sus meditaciones sobre la muerte habían sido lo bastante intensas como para cercenar la eficacia de todo aquello. Abrió la puerta, subió por la escalera y entró en el piso, dando la luz del recibidor, amueblado con rutinaria fidelidad a la imitación del estilo renacimiento. Penetró en la cocina y, sobre la mesa, advirtió que tenía la cena preparada, esperándole. Una verdura, una tortilla y un vaso de leche. «Para desayunar», pensó, dirigiéndose a su dormitorio. Pero al ir por el pasillo cambió de intención. Los libros que había visto en el mercado danzaban en su mente y quería ver los que le quedaban en la sala, en cuya pequeña estantería conservaba los restos de su antigua biblioteca, después de haberse vendido los de mayor valor a los libreros de lance. Abrió la puerta de la sala y encendió la luz. Estaba amueblada al gusto de principios de siglo, con muebles de regular riqueza, pero cuya tapicería pedía una restauración que nunca llegaba. Los objetos de adorno eran vulgaridades coleccionadas por su madre con el mismo afecto que si fueran piezas de museo. Sobre todo había muchas cajas; cajas de forma ovalada o cuadrada, de bronce, de laca, de loza imitando porcelana y una pequeña de plata. En esas cajas no se guardaba nada; estaban ahí hasta que una mano extraña deshiciera su silenciosa reunión y las mandase a los anticuarios para ser compradas de nuevo y proseguir eternamente esa ronda. Junto a un piano de exterior bastante bueno pero de sonoridad desafinada había una librería baja, cuya cortina de terciopelo amarillo levantó con cuidado, como si temiera que algo saliera volando de su interior o ensuciarse con un polvo que no existía, pues todo estaba perfectamente limpio.

Se sentó en el taburete del piano y empezó a mirar los libros, uno por uno. Casi todos estaban encuadernados y algunos llevaban un forro de papel encima. *Historia de la ciudad de Cartago*, le llamó la atención. Siempre se sintió atraído por el sino negativo de aquel pueblo del que muchos historiadores, sin duda equivocados en parte, se han obstinado en afirmar que no dejó tras de sí más que el recuerdo de los horrores cometidos. La imagen de los leones crucificados, de *Salambó*, de Flaubert,

se le acudió en el acto, mientras pensaba qué parentesco espiritual podría existir entre la ciudad destruida por Escipión y su propia vida, inútil para él mismo tanto como para los demás. Después, advirtió dos o tres volúmenes de Nietzsche, casi desencuadernados y sucios por efecto de una continuidad de uso abrumadora; los miró con asco, convencido de que en aquellas páginas se encontraba una situación vital semejante a la suya. Con mayor simpatía comprobó el Lao-tsé, pero una amarga sonrisa, más pensada que dibujada en sus rasgos, le recordó que la solución quietista del oriental no le había servido para nada, creyendo en su fuero interno que al propio Lao tampoco debió servirle de mucho. No era posible romper el interés existencial; lo más que se podía hacer era el silencio exterior, pero llevar esa actitud de indiferencia sincera al centro mismo del alma era algo tan imposible como inútil; era mejor el suicidio, en el caso de que las ideas religiosas no tuvieran el poder de impedirlo. Siendo el ser humano la imagen por excelencia del ser universal, cuya dilatación y multiplicación en las personas y en las cosas era incesante, ¿cómo aniquilar esa original semejanza para hacer del yo algo estático y contrario al inmenso movimiento que lo posee todo?

Había dos o tres libros de política, la *Utopía*, de Tomás Moro, la *Civitas Solis*, de Campanella, varios poetas romanos en latín, idioma que tenía casi olvidado después de haber podido leer en él largos pasajes. A su lado estaban dos tomos grandes que no recordaba de qué tratarían. Abrió uno de ellos y vio la imagen de un hombre atado a una cruz de San Andrés mientras a su derecha el verdugo iba cortando trozos de la carne de su muslo. Era una representación del tormento que se aplicaba en China a los parricidas. Cerró el libro de golpe, recordando aquella noche en que se despertó pensando en matar a su padre, mejor dicho, oyendo una voz, la voz de un alma gemela enterrada en él, que le mandaba cometer aquel acto. Recordaba haber pasado días de angustia infinita hasta que su obsesión alucinatoria hubo cesado y también se acordaba de que, durante aquellos días, ocho, diez o doce, se puso un escapulario, fue a las iglesias diariamente a rogar que se apartara de su alma el visitante que le conturbaba, llegando a creer en la verdad de su conversión, arrepintiéndose de sus pecados, en especial de su soberbia racionalista, y pidiendo a Dios que le permitiera perseverar en aquella actitud penitente. Pero, desaparecida la obsesión, desapareció asimismo la humildad. Insensiblemente recuperó su hosca indignación general contra sí, contra el mundo y contra su autor, trinidad que no era separable en unidades distintas para su juicio y que quedaba envuelta en el resentimiento inagotable que manaba de sus heridas interiores.

Siguió mirando libros. Quedaba uno de magia titulado *Los Secretos del Infierno*. En él se daban los nombres y se citaban las actividades de los principales demonios, explicando de qué manera se les podía evocar y utilizar, siempre, claro está, a cambio de la entrega del alma. ¿Cómo podía contratar en esas condiciones, hipotecando lo que estaba seguro de no poseer? En cambio, de la existencia del mundo infernal no le cabía duda alguna. Aun cuando todo el aquelarre dibujado en las ilustraciones del

libro fuera simple simbolismo, ¿cómo ocultarse así mismo la realidad terrible del principio del mal? De otra estantería sacó otro volumen que parecía continuar el tema en el punto que acababa de dejarlo. Era un tratado en el que se debatía la cuestión de si existía o no, en el universo, un germen de evolución salvadora. En el caso de que así fuera, el mal iría desapareciendo progresivamente. Desde el punto de vista ético, y de la adecuación del mundo a las esperanzas y contextura mental del ser humano, parecía probable la hipótesis. Contra ella, y con más valor científico, se alzaba la creencia desesperante en una inmutabilidad eterna de todo, en una mezcla substancial, equivalente, de factores de luz y factores de tinieblas, de bien y de mal. El movimiento que de ello resultaba tendía de continuo al equilibrio; no se podía decretar ni prever el triunfo definitivo de ninguno de los dos principios, los cuales permanecerían eternamente en interfusión activa, como el agua y la tierra de su pensamiento, unidos en un fango perenne.

Puso ese libro en su lugar con la actitud del que está tocando algo muy delicado, del que maneja una herida que, a la menor equivocación, puede remover dolores hondísimos. Había también algunas novelas allá; no las miró y su mano fue a tomar el último volumen que se apoyaba en la estantería inferior. Era un libro de medicina y no tenía ni la más remota idea de cómo pudo llegar allí. Ese tema le era más odioso que ningún otro. Nunca pudo admitir, en su fuero interno, que él fuera una máquina, ni quiso creer que, dentro de él, un complicado engranaje de órganos tuviera vida propia y pudiera emitir voces particulares e imponer solicitudes independientes de las de su pensamiento. El cerebro era otra cosa; por el hecho de quedar contenido en un exoesqueleto, desaparecía como víscera para existir como espacio. Era una forma geométrica, una idea, un reflector. Pasó dos o tres láminas en las que se veían síntomas de enfermedades vergonzosas y terribles. Se alegró de haber resistido la tentación, cuando pasaba al lado de tantas mujeres aparentemente seductoras aquella misma noche, no hacía aún un par de horas. No obstante, pensó que la existencia de la enfermedad dignificaba el placer, pues el riesgo daba trascendencia a lo que por otras vías no podía tenerla. Muchas veces, en sus fantasías infantiles que mantenía ya en la madurez, se veía a sí mismo luchando a espada contra un enemigo más fuerte para conquistar el amor de una dama, que esperaba al vencedor de aquel combate imaginario.

Dejó el tomo de medicina y volvió a tomar el que trataba de las interioridades del infierno. En una especie de tabla, de manera muy científica, estaban indicados los nombres de las altas jerarquías del submundo, con cita de los poderes peculiares que les estaban conferidos. Luzbel, Satanachia, Crararia, Nebiros, Aglipheret, etc. Cada demonio reinaba sobre un pecado capital, pero de Nebiros se decía que sus dominios consistían en un pecado que alude la Biblia, que no se puede nombrar o, mejor dicho, del cual se ignora la esencia. Al ver esta directa alusión, no pudo menos de estremecerse. ¿Cómo no había advertido nunca tal cosa? Si había un pecado desconocido, era equivalente a la enfermedad desconocida, a aquello por lo que él

sufría sin saber a ciencia cierta la razón y para llegar a la entraña de lo cual solamente había contado con el paralelismo establecido por la herida de Amfortas, en *Parsifal*. Nebiros. El gran demonio estaba representado con todos sus atributos; la cola era especialmente poderosa, provista de un garfio agudo como el de un alacrán. Nebiros era su dueño. El libro cayó de sus manos. Se puso en pie, avanzó dos pasos hacia el centro de la sala. El gran espejo mortecino que estaba sobre el sofá le mostraba su rostro, aquella faz inescrutable en la que había la clave de su destino y a la que solo se asomaba en las ocasiones solemnes de la vida, rehuyendo su contemplación *verdadera* en los momentos de lo cotidiano. Sin embargo, a pesar de la tensión de su voluntad, aquella noche no podía verse. O sus ojos no distinguían con claridad, o la visión que realmente contemplaban carecía de sentido, era como un conjunto de palabras dichas en un idioma incomprensible. Seguramente estaba muy cansado para tales pruebas. Lo mejor era que se fuera a acostar y diera por terminada la noche. Los presagios que tuvo ante las barracas del mercado de libros viejos eran erróneos; ni aquella noche ni nunca. ¿Cómo podía volver a la ingenuidad? No había esperanza. Apagó la luz de la sala y recorrió el largo pasillo alfombrado de extremo a extremo. Le gustaba sentir la propiedad de todo aquel espacio. Como vivía en un barrio que, próspero en otro tiempo, por la transición y el despliegue de la ciudad hacia otras zonas, había ido quedando cada vez más abandonado y mísero, la mayoría de sus vecinos y gentes de los alrededores tenían que compartir sus pisos con otras familias. Había casas en las que residía una población inverosímil para su aspecto y dimensiones. Sin embargo, él era dueño de un piso con más de siete habitaciones y causaba la envidia de la gente. Era lo único en lo que nunca pensó ahorrar. A menos que una necesidad absoluta le obligara, nunca admitiría realquilados, ni consagraría definitivamente su situación de hombre solitario que necesita de los demás, permitiendo que alguien viviera en su compañía. El espacio era lo único verdaderamente bello porque era el vacío, lo anterior a toda impureza, a toda creación, a todo objeto. Hasta en lo más raro o hermoso podían encontrarse estigmas. Nada en el espacio caía en ese pecado. Si en el infierno estaban las almas hacinadas en las llamas, peor sería el hacinamiento que el mismo fuego. No. Esto era una tontería, una de sus muchas exageraciones enfermizas. Después de todo, acaso se sintiera feliz, más feliz de lo que era, permitiendo a una o dos personas compartir su casa con él. Quisiera que fueran dos mejor que una; así podrían hablar entre sí y le dejarían en paz. Y lo mejor de todo sería que fuesen extranjeros, gente del norte de Europa, que hablaran en un lenguaje desconocido, que no pudiera entender. Los extranjeros y, en general, las personas rubias le parecían seres superiores, hijos del sol, cuyos rayos habían vivificado sus cabelleras dorándolas para siempre.

Al llegar a su habitación experimentó, como muchas otras noches, la sensación de que alguien le esperaba dentro de la estancia, sentado en el único sillón, ante la ventana, sin decir palabra. La persona que podía aguardarle variaba en su imaginación; era una especie de mendigo monstruoso, enfermo con llagas incurables,

su padre vestido de negro, con el traje con que fue enterrado, o él mismo. Esta última idea era la que le aterrizzaba más. ¡Si un día encontrara su cuerpo en su cuarto, sentado en el sillón o acostado ya en la cama! ¿Qué habría de pensar sobre sí mismo? Tendría completa justificación el que no se reconociera ante el espejo. Se pasó la mano por el rostro y, antes de abrir del todo la puerta, la introdujo por la ranura y encendió la luz. Nada en aquel dormitorio podía considerarse apto para desbocar la imaginación o dar miedo. Los muebles eran de madera clara, antiguos relativamente y diseñados siguiendo líneas suavemente onduladas. Al lado de la cama, muy ancha, casi matrimonial, estaba la mesilla de noche, con una lámpara y una jarra para el agua. Al otro extremo había una silla y enfrente, a la derecha, al lado de la pared, un ancho sillón tapizado de rojo, y a la izquierda, un armario de regulares dimensiones completaba el mobiliario. Un silencio denso reinaba en la casa, aquel silencio que le empujaba a buscar por bares y calles la sensación de vida que necesitaba para no creerse enterrado. Otras noches, el cansancio se transformaba en una precisión de sueño inmediato, lo cual le evitaba muchas divagaciones en torno a los temas que forzosamente habían de ocupar la mente de un solitario como él. Pero, a medida que pasaba el tiempo y se acercaba la medianoche, una excitación creciente le advertía que era inútil que se acostara pues no podría dormir. Pensó leer un rato y volvió a la sala en busca de algún libro. Repasó otra vez todos los que allí había sin encontrar nada que le pareciera conveniente. Entonces, como si se abriera una puerta disimulada en su imaginación, recordó que en el cuarto de su padre debía haber más libros, guardados en un arca, los cuales no había tocado desde hacía algunos años, cuando dejara las cosas el ausente sin tener a nadie que se considerara heredero en el sentido total del concepto. Claro está que aquellos libros serían seguramente de asuntos mercantiles, aranceles de Aduanas, obras sobre economía y matemáticas, etcétera, pero tal vez entre ellos hubiera alguno que él olvidase allí. A veces entraba en aquella estancia, la antigua habitación de forasteros de la casa, a la que su padre se trasladó al acaecer el fallecimiento de su esposa, pero siempre que realizaba una de aquellas visitas lo hacía en pleno día. No es posible separar el alma del primitivo de la del hombre contemporáneo como si fueran dos cosas distintas. El poderío de las tinieblas sigue actuando todavía, como cuando el ser humano erraba por las planicies nocturnas huyendo de los enormes animales a los que no podía combatir con simples piedras. La sombra de su padre no se había movido de los lugares donde su cuerpo estuviera cuando vivo; de esto estaba bien seguro. Podía conceptuarla como algo protector o como lo más terrible de todos los mundos, pero le era imposible dejar de considerarla como un poder cierto, cuya evidencia le era probada por miles de caminos, de actos de su vida exterior o de represiones y sentimientos de su conducta ante sí mismo. Unido a la esencia de su miedo, había aquella noche un factor de esperanza, pese a las razones que se daba para convencerse de la ingenuidad de tal cosa, para evitarse la decepción y la amarga vergüenza del día siguiente. Sin embargo, puso la mano sobre la falleba de la puerta y penetró en la estancia sin la

menor vacilación e incluso permaneció en ella unos segundos sin encender la luz, como desafiando al alma de su progenitor para que se manifestara o actuara en contra suya. Con un temblor imperceptible dio al conmutador y una luz débil y de tonalidad azulada se hizo en la habitación, más reducida que la suya. Sin mirar hacia el lecho, se dirigió en línea recta hacia uno de los rincones del cuarto, donde había una pequeña mesa de trabajo, de caoba como los demás muebles, y, a su lado, un arca cubierta con un tapete de damasco rojo. La abrió y, efectivamente, allí había acaso una veintena de libros, mezclados con algunos papeles cosidos como si fueran los originales de obras inéditas y varios efectos de escritorio. Apartó los libros y los fue considerando lentamente. Como había previsto, la mayoría de ellos trataban asuntos comerciales, pero había dos que no entraban en ese dominio. Era extraño que no recordara si aquellos volúmenes pertenecieron a su padre o a él mismo. Uno era los *Diálogos*, de Platón. El otro, que le pareció más interesante, versaba sobre el origen de la vida. Instantáneamente, todo cuanto había hecho aquella noche, desde su salida de la oficina, le pareció orientado hacia el contenido de aquel libro. Lo apretó contra su pecho, mirando azorado en torno suyo, como si estuviese robando y temiera ser sorprendido en el momento supremo. Cerró de golpe el arca, apagó la luz, entornó la puerta de aquella habitación y regresó a su dormitorio. Aquel libro era nuevo y estaba aún sin abrir. Tuvo que ir a la cocina a por un cuchillo y cortar las páginas unidas para poder hojearlo. Escrito para los profanos, era de ese tipo de obras que, dentro del ámbito científico, parecen hechas para servir de propaganda a principios desconocidos pero llenos de repercusiones prácticas e inmediatas. Fue leyendo algunas páginas, saltando de capítulo en capítulo, buscando la tesis esencial que, finalmente, quedó especificada ante sus ojos. Allí se afirmaba que la pluralidad de las personas es una mera ilusión y que la vida es una gran unidad. Se decía que existe una sola cosa y que lo que parece ser una pluralidad no es sino una serie de aspectos diferentes de esa misma cosa. Debía ser algo parecido a lo que sucedía con la luz eléctrica. Si cada lámpara estuviera dotada de pensamiento, creería ser la luz ella misma, cuando, en realidad, la esencia luminosa está por detrás y por debajo de la existencia de las lámparas. La destrucción de una de estas, de muchas, o aun de la totalidad de las que pueda haber en el mundo, no determinaría ni remotamente la aniquilación de la luz. Esto eran ideas nuevas. Consoladoras en verdad. Sin embargo, al leer estos conceptos, una vaga sensación de amenaza se le insinuó. Oyó distintamente unos lamentos extraños, cada vez más intensos; sonaban a intervalos casi regulares y debía de hacer rato que se oían, solo que él no se había apercibido de ello hasta aquel instante. Un escalofrío recorrió su piel y dejó el libro sobre la colcha de la cama. Se acercó a la ventana y la abrió, pero esto no originó un aumento en la intensidad de los quejidos. Salió al pasillo y abrió la ventana que daba al patio interior de la casa y entonces sí que los lamentos aumentaron de tono; parecían sonar a su lado y tenían el matiz inconfundible de proceder de alguien que sufriera profundamente. No consistían en palabras articuladas, sino en una especie de suspiro

que se transformaba en ronquido, seco y cortado. Era una voz de mujer. ¡Claro! ¿Cómo no había pensado en ello? La vecina del piso de abajo estaría dando a luz. No comprendía cómo las mujeres podían tener el valor de entrar en un proceso cuya salida era semejante martirio. En sus ensoñaciones heroicas, se creía capaz de morir con valentía, de recibir incluso heridas sin vacilar ni quejarse, cuando estas le fueran hechas en el calor de un combate, pero la sola idea de sufrir por enfermedad o por tortura, fríamente aplicada, le dejaba sin sangre. Hubiese traicionado todas las ideas del mundo por escapar del menor de esos sufrimientos. Y aquella mujer, aparentemente más débil que él, estaba allí, a pocos pasos, experimentando padecimientos indecibles para traer al mundo a otra criatura de dolor. «Quizás soy el hombre más cobarde del mundo», pensó. «O es que imagino demasiadas cosas. ¿Quién sabe si yo resistiría el dolor con la entereza de un Atilio Régulo? Pero habría algo, si me atormentasen, que no podría dejar de horrorizarme. Aun en el supuesto de que el dolor me pareciera soportable, la idea de que me estaban destruyendo parcialmente, de que rompían partes de mi cuerpo, miembros, órganos, aquello me sumiría en el más desesperado de los terrores y, antes de que el procedimiento continuara, yo diría cuanto quisieran saber y más aún».

Cerró la ventana del pasillo y se puso a pasear por este. Comprendía que la tónica de su vida era el miedo. Si continuaba en la oficina, a pesar de odiarla, si proseguía en aquel piso, en soledad, si había dejado de leer libros sobre asuntos trascendentales, si se constreñía a no pensar ni recordar determinadas cosas, era por miedo. El mismo miedo que le impulsaría dentro de unos instantes a salir de nuevo a la calle. Era una locura, lo advertía. Y el signo de aquella noche, que él tomó por iluminada, era acaso trágico. El gran cambio que le habían anunciado hacía años podía ser espantoso. Que él viviera mal no quería decir que no pudiera llegar a vivir peor. Por ejemplo, salud no le había faltado nunca gracias a Dios, estuvo tentado de agregar. Podía perderla lenta o repentinamente. Y, si enfermaba, solo como estaba, sin nadie que le atendiera y cuidara, el final habría de ser desastroso. Una excitación creciente le embargaba, devolviéndole al estado caótico que le era habitual, pero incomparablemente elevado de potencia. La dejadez interior que solía invadirle, y que al principio le molestaba por considerarla señal de inferioridad espiritual y mental, acabó por parecerle grata, ya que le evitaba el dolor de las grandes tensiones, de los anhelos exagerados, de las intenciones que fatalmente han de caer sobre sí mismas desprovistas de meta. En la época en que se esforzó por superar su destino, una imagen le servía de punto central a su pesimismo. Se veía a sí mismo, sentado en una pequeña barca, remando en medio de un océano de piedra. La inmovilidad absoluta del paisaje y de la barca se comunicaba a su rostro y a su cuerpo; solo sus brazos se movían rítmicamente para empujar los remos de hierro con los que inútilmente arañaba el pedernal.

La excitación de aquella noche, que iba transformándose según la intuición afirmativa o negativa de cada instante de la misma manera que se proyectaba alterando el aspecto visible de las cosas externas, dándole la impresión de una loca

alegría o de un funeral, sin términos medios, le inducía a pensar que, antes del amanecer, encontraría la solución de sus problemas o, por el contrario, que lo peor le esperaba aquella misma noche para apoderarse de él, como los demonios de las almas condenadas, en los grabados del libro del infierno. Bueno, tal suceso no era evitable metiéndose en cama y tapándose el rostro con las sábanas mientras contenía la respiración para tratar de oír si otra respiración sonaba en la estancia. Saldría otra vez a la calle. Si nada sucedía y volvía a casa al amanecer, cansado y deshecho, al día siguiente no iría a la oficina. Esperaba que sus empleados le disculparían; necesitaría, eso sí, inventar una indisposición o algo por el estilo. De lo contrario, le harían amistosas advertencias, no solo el que, a través de dos o tres cursos en una academia de comercio, hacía cuarenta años, había logrado la posibilidad de aprender a calcular y poder ser considerado como casi persona, sino hasta el mozo, que escribía haber sin hache, con una letra inmensa, peor que las de los niños. Esos dos hombres constituían la única relación humana que se veía obligado a tolerar de manera fija; despedirlos le hubiera costado mucho dinero de indemnización, por las leyes sociales y, además, hubiera sido una solución momentánea, pues hubiera necesitado otros. Bien que él llevara la contabilidad y la caja, pero no iba a cargar con paquetes, ni ir a hacer gestiones al muelle y a correos. Tales pensamientos, traídos por asociación de ideas, le distrajeron un instante del tema central de su cuidado. Hasta se dirigió a su cuarto preparado para desnudarse y acostarse, pero entonces fue cuando oyó la voz de su padre saliendo de la habitación de él, en la que había estado hacía unos momentos. La situación lo dejó helado, pero no le extrañaba, siempre había contado con la posibilidad de que esto sucediera y, como inevitable en él, la referencia literaria le había llevado a la cita de Hamlet y el rey muerto. Pero él era lo contrario de Hamlet, pues no quería a su padre; aun después de muerto seguía temiéndole y odiándole. Por esto, mientras el cúmulo de recuerdos que se relacionaban con ello se agolpaba en su imaginación y, simultáneamente, se decía a sí mismo con imperio que aquella alucinación era debida a la falta de sueño, fue retrocediendo, de espaldas, como los cortesanos ante el monarca, hasta la puerta que daba a la escalera. Buscó la llave y recordó que, cosa rara, no había cerrado la puerta por dentro con ella. Movié el pestillo y abrió la puerta de modo brusco. Ya en la escalera, permaneció un momento mirando hacia el interior de la casa, aguzando el oído por si la voz proseguía sonando. Reinaba un gran silencio. De repente sonó un lamento. «Es la mujer de abajo», se dijo. «Tal vez era ella antes y me confundí penosamente». Pero al pensar esta solución para el problema inmediato se avergonzó de sí mismo. Cerró la puerta de la casa, sin apagar la luz del pasillo y bajó rápidamente por la escalera. Realidad o sombra, le era necesaria la gente, aun como fondo para su monólogo. Andaría sin descanso hasta encontrar a alguien con quien hablar. Si su orgullo y su odio hacia su propia persona, actuando conjuntamente, llegaban a impedirle toda relación auténtica con los demás, no por eso dejaría, de cuando en cuando, de intentar una salida desesperada en busca de lo que necesitaba en el momento. No ya por ideal, ni con

finalidad lejana, sino tan solo por evitar el peligro inmediato que su tensión interior le creaba. Su vida no era tan horrible como pensaba, le sucedía que daba una preferencia inaudita a los factores negativos. Un solo rasguño pesaba en su ánimo más que innumerables horas de placer. Por encima de todo, le era difícil vivir en felicidad íntima; si carecía de sentimientos estables e incluso de horizonte espiritual definido, podía construir su vida a base de creer en la dicha elemental que deparan las cosas que estaban a su alcance. Tenía el espacio, su querido espacio, a su disposición. Podía transitar por él, bien por las grandes avenidas de la ciudad, por la escollera, al lado del mar, o por los campos próximos, que no distaban del centro de la ciudad mucho más que algunos puntos de esta. Si su tiempo tenía que estar dedicado, en general, al trabajo, no era menos cierto que ningún jefe inmediato tenía autoridad sobre él y que, por consiguiente, podía organizar su horario del modo que le pareciera conveniente, a fin de tener cada día unas horas para sí y para la contemplación de la indudable belleza del mundo. Si la tierra le disgustaba y los árboles mismos, que en otro tiempo le causaban gran placer, ya no le atraían, podía mirar el cielo. En la inmensidad azul, completamente nítida o cubierta de nubes, tenía un admirable lugar donde abismarse, dejándose ir hacia el tema exterior, como cuando lograba deshacer su desorden interior en beneficio de una labor tan objetiva como una suma. Por otra parte, existían los placeres físicos. Si pudiera evitar la exagerada atención al objeto de ellos y poner más interés en el resultado placentero, no solo no le causarían disgusto sino que encontraría una compensación en su práctica. La comida y la bebida no eran odiosas, sino agradables. Oír música, una música casual, no demasiado complicada, era otra satisfacción que podía gozar con frecuencia. Y, más allá de todo esto, tocando casi con la dicha infinita, estaba el placer supremo de los sentidos. Un dispendio no excesivo le permitiría ir en busca de mujeres jóvenes y bellas. Pagándolas no tendría necesidad de esforzarse en parecer simpático ni amable, no precisaría dominar su timidez ni intentar hablar de cosas superficiales. Como ellas no esperaban tal comedia de parte de los hombres, aun cuando la acogían de buena gana cuando estos la representaban, no se sentirían defraudadas y ningún sentimiento de inferioridad le poseería. Todo consistía en adquirir una decisión que constaba de varios aspectos. No tener prisa, no caer en manos de la primera que se presentara, buscar pacientemente los días que fuera preciso hasta encontrar aquella persona que le hubiera interesado de todos modos, huir de los lugares baratos y peligrosos y, en general, de los lupanares típicos, cediendo a la tentación de regresar paulatinamente a los sitios que, por derecho de nacimiento y clase social, le pertenecían. En los bares más lujosos de la ciudad, emplazados céntricamente, no a mucha distancia del barrio en el que su vida transcurría, había diarias concentraciones de aquellas muchachas, a las que miraba de lejos, sin atreverse a interpelar. Tenía que ir allí y hacer como los demás; nada de vacilaciones ni temores. Pero lo más importante de aquel programa era, como es natural, lo más difícil. Un momento, unos minutos, acaso media hora de dicha, cada quince o veinte días no representaban nada para impregnar de felicidad la masa

de su vida, tal como la sentía. En aquello mismo había estado pensando unas horas antes, frente al mar. Lo que debía hacer era mantener en el primer plano de su pensamiento la idea de que era feliz, puesto que, cuando quisiera, podía poseer lo máspreciado. Nada fundamental se les negaba a los hombres. La vida no era cruel, sino generosa. Aun con todas las torturas de la tierra, había que esforzarse en decretar la belleza de la vida. La prueba de ello estaba en que, aun para el mismo martirizado, el tiempo de su dolor, en comparación con el resto de su existencia, era insignificante. Basta, pues, de preocuparse por los demás y por sí mismo. Tenía que adquirir una nueva disciplina mental, que educarse en un sentido distinto del que había seguido hasta el instante. Su método anterior era puramente negativo; consistía en prohibirse cosas. Ahora empezaría un procedimiento afirmativo. Iría recordando todo lo que podía hacerle dichoso, no hipotéticamente, como la idea de aquel viaje a Extremo Oriente, o el ensueño de la mujer imposible, sino en la realidad, por los procedimientos más simples y sencillos. El inconveniente del dinero podía ser resuelto. De momento, aun tenía lo suficiente para aumentar algo el coste de sus gastos particulares. Sin duda, el efecto del cambio que se produjera en su pensamiento sería beneficioso para sus actividades profesionales. Encontraría ánimos para luchar contra los competidores y enderezar el rumbo de su negocio, imprimiéndole una marcha igual a la que llevara lustros atrás, en la época de mayor esplendor. Pondría más cuidado en su persona y se arreglaría esmeradamente. Si carecía de belleza física y su rostro era desagradable por la lividez constante que tenía y aquella indefinible sensación de blandura y debilidad que expresaba, esto no era inconveniente alguno para que procurase contrarrestar ese efecto vistiendo mejor, cambiándose más a menudo de camisa y de corbata. Se tocó instintivamente el nudo de la que llevaba y lo percibió arrugado y grasiento. Haría más de veinte días que no había terminado de deshacer aquel nudo, aflojándolo tan solo por la noche, para poder sacar por la cabeza la corbata, para volver a ajustarlo a la mañana siguiente.

En aquel repaso de sus costumbres, encontró que la única que podía considerarse buena era que no dejaba ni un día de afeitarse. Aun estando enfermo o en el día de mayor sufrimiento, por causas reales o imaginarias, no descuidaba aquel capítulo de su aseo. Era uno de los signos de su estoicismo, así como una prueba de que no toda esperanza había muerto en él. La decadencia que le dominaba poseía la zona exterior, así como la más profunda, de su persona, pero había un anillo intermedio en el cual conservaba las riendas de su carácter, mediante normas y hábitos inmutables, que respondían a principios que le habían sido impuestos de modo inadvertido, por lo cual su reacción habitual frente a las imposiciones de todo género dejó de producirse. Con tales resoluciones avanzaba hacia el paseo en el que estuvo antes de cenar. Su paso era más firme que entonces y le parecía haber transcurrido una eternidad desde el momento en que estuvo a punto de ser atropellado por el coche blanco y el instante en que formulaba magníficos planes para el futuro inmediato. Nada le parecía imposible o difícil y, en su fuero interno, ratificaba la opinión de que su habitual

estilo de vida era voluntario y no procedente de anormales condiciones de su mente. Había una separación clarísima entre lo moral y lo mental; se podían padecer graves enfermedades que afectaran la primera de tales zonas sin que la otra padeciera lo más mínimo. Tal vez la solución sería casarse. Si no quería tomarse el trabajo, el infinito trabajo de intentar encontrar una muchacha desconocida que llegara a quererle, cosa que le parecía tan extraña como un cielo de color amarillo, tenía a su disposición a la mujer de hacer limpieza, la cual estaba esperando que se decidiera. Si mostraba tantos sentimientos religiosos era acaso porque el instinto le decía que, para atraerle, había de ser justamente lo contrario de la máscara que él enseñaba cotidianamente. Pensó en su rostro moreno, surcado por algunas arrugas leves y firmes, en su boca ancha y plana, de comisuras bien dibujadas y agradables, en sus ojos grises y rasgados, contrastando con el negro intenso de las cejas, en su hirsuta cabellera apretada y en el contorno general de su cuerpo, delgado pero firme y regular. Tenía la ventaja de que era una persona triste, casi tan amargada como él, llena de recuerdos desagradables y que no gustaba de conversar demasiado. Se excitaba con frecuencia en el curso de los escasos diálogos que mantenían, a propósito de las cosas de la casa y de ciertos comentarios generales sobre la vida, tema que insinuaba al referirse a los asuntos concretos que él le encargaba.

Pensando en ella sin entusiasmo alguno, pero con la leve esperanza del que cree más allá de todo lo experimentado, precisamente porque ha visto convertirse en polvo las más caras ilusiones, iba subiendo otra vez por aquel paseo, recorrido tantísimas noches y atardeceres. Era la hora de la salida de los cines y casi todos los transeúntes iban aparejados. Raramente dos amigas o dos amigos; constantemente el grupo esencial de hombre y mujer, novios o matrimonio. Curiosidad por la vida matrimonial no sentía; tenía la evidencia de que el amor, como tal, era destruido inmediata o lentamente por la convivencia y, respecto a la sensación, no podía quedar mucho de ella cuando el roce fuera aniquilando la novedad y la sensación de hablar o tocar o acariciar a otro. El cónyuge terminaba por ser un doble de su oponente, y así se producía la trágica situación de algunas parejas que paseaban silenciosamente, denotando con su falta de atención mutua la lejanía astral que separaba sus mentes y sus cuerpos. No. No se casaría. Recordó que iba subiendo por el paseo, en dirección a un bar donde encontraría muchachas de aquellas que no iban a pedirle afecto, ni siquiera una elemental cortesía. Continuaban pasando parejas a su lado y él las miraba con una envidia inmensa, especialmente cuando veía brillar en sus ojos la expresión del entusiasmo. Algunos de aquellos jóvenes se detenían en las zonas menos iluminadas del paseo y allí permanecían abrazados, murmurando palabras que no acababa de entender. Prodigándose posiblemente las caricias más hondas. No comprendía la actitud de los moralistas en esta cuestión. Persona más alejada que él de la felicidad no podía haberla, ni tampoco existir ser más cargado de resentimiento; no obstante no odiaba a aquellos que tenían un sino diferente al suyo, ni, a causa de esa desgracia, deseaba que terminara para ellos la dicha de tenerse mutuamente, de

aquella manera incluso, exhibida en plena calle. Le consolaba ver como lo que él no tenía *existía realmente* y, más allá de las heladas murallas de su alma, alcanzaba una floración general y perfecta. Hacia el final del paseo encontró una pareja que le fue singularmente grata; él era un chico de altura regular, con los cabellos ensortijados y los labios finamente dibujados; ella tenía una tonalidad de oro viejo en la piel y en los cabellos y una armoniosa esbeltez en toda su figura. Caminaban cogidos de la mano sin mirarse, pero en los ojos de los dos estaba impresa una dicha sin límites. Los miró fijamente, aun cuando ellos ni se apercibieron de su presencia. Se volvió incluso para mirarlos, permaneciendo atento hasta que se perdieron de vista. Cuando se decidió a proseguir caminando, se encontró frente a frente con una pareja bien distinta. El hombre era ya maduro y más bien grueso, con el aire de ser una persona acomodada. Ella era muy joven y su escasa ropa permitía adivinar el contorno firme de su cuerpo. Una sensación de asco profundo le invadió ante aquellos dos cuya reunión era hija de lo mismo que él andaba buscando. La desigual pareja atravesó el paseo y se alejó por una calle adyacente. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, él se puso en su seguimiento, olvidando que abandonaba la dirección del bar donde creía poder encontrar las más bellas muchachas nocturnas.

Afortunadamente, a medida que pasaba el tiempo se sentía más ligero interiormente. No solo no sentía cansancio, sino que la agitación y el sentimiento de angustia o de inquietud que normalmente le poseían iban desapareciendo gradualmente. Era como si la noche fuera un baño de serenidad desconocida. Su mente estaba limpia de toda mención interior y preparada para pensar nítidamente sobre cualquier cosa. Comprendió que seguía al viejo y a su compañera para alejarse de aquel bar, visto muchas veces de lejos, pero en el que no se atrevía a entrar por miedo al ridículo. No solo era eso. La indignación inicial que experimentara frente al hecho de que un hombre como aquel, que caminaba delante suyo, pudiera hacerse acompañar de una joven tan bella continuaba insinuándose en su ánimo, pero habiendo perdido su acritud. Los miraba como lo que realmente eran para él: dos desconocidos en cuyo destino no tenía por qué meterse y cuyas acciones debían tenerle sin cuidado. Poco a poco fue desviando la mirada del grupo compuesto por los dos para fijarse exclusivamente en ella. Llevaba una falda roja y una blusa blanca. Sus zapatos de tacón alto eran rojos también. No llevaba monedero, cosa extraña en una chica de su profesión y parecía estar contenta de su pareja. A no ser por algo indefinible, él se hubiera guardado de clasificarla como instantáneamente lo hizo, pero aquel signo extraño, que a veces se manifestaba en la manera de andar, otras en el gesto de la boca o de los ojos, sin que se pudiera precisar dónde aparecía con mayor claridad, no faltaba en ella. Deseó acercarse más y verla por delante. Seguramente tenía bellos los senos y la ligera blusa permitiría advertirlo. Fue acelerando el paso, según la costumbre, hasta situarse a la izquierda de la pareja. Ambos se dieron cuenta de la maniobra y le miraron con indignación. Él enrojeció y se detuvo. Pero al cabo de unos momentos prosiguió andando detrás de ellos. Sabía

que su persecución terminaría pronto, en cuanto ellos subieran al primer hotel que encontraran en su camino, hotel en el que no permanecerían más allá de una hora. También sabía que saldrían separados y que, si tenía paciencia para esperar, podría acercarse a ella cuando estuviese sola. Pero la paciencia era algo que estaba absolutamente reñido con su modo de ser. Una hora de espera era un tormento infinitamente mayor que la felicidad que pudiera constituir el premio.

En cuanto hubo llegado a esta noción, perdió el interés por la muchacha; desvió la dirección de sus pasos y fue entrando en un laberinto de calles cada vez más estrechas y sucias. Ropa tendida colgaba de las cuerdas tendidas en las ventanas y la basura se acumulaba en los rincones. Aquel barrio era todavía peor que el otro donde él residía. Sus habitantes tenían un aspecto borroso, sus casas parecían de cartón arrugado y un sonido como de llanto se confundía con una música de piano que nunca se podía saber de dónde procedía. Sin embargo, aquella miseria no era tan triste como la del otro lugar, pues se acercaba ya a la plena realización de un carácter, similar al de las ciudades africanas, y la gente que allí vivía era alegre, a pesar de su desgracia, y producía la impresión de no desear nada mejor, ni creer siquiera que ello existiese en el mundo. En su barrio, hombres y mujeres vivían como al borde de una sima; en este habitaban dentro de ella. La sensación de dolor colectivo que se manifestaba como un gran llanto no estaba en la realidad, sino que se formaba por contraste en el alma del visitante. En cambio, al otro lado del paseo, la gente estaba muy triste casi siempre. Vivían pensando en otras calles con sol, en casas fragantes como jardines, en trajes elegantes y en un mundo de relaciones cordiales y correctas. Él era un producto de aquel ambiente, no de este. Aquí se aceptaba íntegramente la miseria como algo fatalmente integrante de la vida, sin intentar romper las cadenas invisibles que ligan a las capas inferiores de la sociedad. Un individualismo absoluto educaba de tal modo que quien se sentía inquieto se dirigía en línea recta a la delincuencia para solucionar sus problemas, solamente los suyos. Si triunfaba, fuera como fuese, se volvía un déspota insensible a la tragedia de donde él había salido. El terror y el hambre que, desde niños, había pesado sobre los hombres y mujeres del lugar, eran olvidados para pensar solamente en la maldad de aquella gente infeliz, hija de las circunstancias. El que lograba salir de aquel barrio hubiera sido capaz de volver para arrasarlo a sangre y fuego, despreciando el racimo de vidas inútiles, excesivas, apiladas como montones de detritus entre el cerco que contenía aquella fuerza sin esperanzas y la impedía derramarse por la ciudad.

De pronto, le pareció ver a unos metros al hombre del coche blanco. Iba solo y a pie, caminando por la otra acera. Desapareció tan súbitamente como había surgido, en la penumbra azulada. Mirando fijamente en aquella dirección, se dio cuenta de que, entre dos escaparates cerrados, había un espejo. ¿Sería posible que hubiera confundido su propia imagen con la de aquel hombre procedente del mundo superior? La sola conjetura le hizo reír, pero la claridad de la imagen no ofrecía lugar a dudas. ¿En qué se parecían? En la estatura tal vez; respecto al color del traje, aquel hombre

vestía de blanco y él de gris oscuro, pero acaso no fuese tan grande la diferencia como a primera vista le pareció. Siempre propendía a desestimarse para elevar exageradamente a los demás. Cogió un extremo de su chaqueta y lo alzó hasta pocos centímetros de sus ojos, que se esforzaban en aumentar la visibilidad del claro de luna. A aquella luz no parecía ser gris oscuro el matiz de la tela, sino gris claro, y bastante claro. Acaso el hombre del coche no vestía de blanco sino también de gris claro. Lo vio en un momento de excitación y su juicio pudo ser precipitado. Pero la semejanza terminaba en la estatura y el color del vestido. La complexión atlética y la sensación de elasticidad que daba aquel desconocido era todo lo contrario a su constante derrumbamiento. Esta diferencia se plasmaba en la expresión de ambos rostros; si él hubiera endurecido sus rasgos y estuviera moreno, posiblemente se hubiese comprendido la confusión. Pero, en fin, ¿a qué venían todas aquellas cosas? No era el exterior lo que contaba, ni tampoco la calidad del alma, que acababa siempre por traslucirse a lo externo, modelando los rasgos de la faz y del cuerpo. Aun cuando aquel hombre y él fueran exactos, más aun que podrían serlo dos hermanos gemelos, y aun cuando sus mentalidades fueran idénticas, siempre quedaría la diferencia de destinos. Ahí radicaba todo. De las *Confesiones*, de San Agustín, solo dos pasajes le habían conmovido con la profundidad suficiente para tornarse imborrables. Uno era la afirmación, hecha por el santo, de que el latín le parecía incomparablemente más hermoso que el griego. Sí, era verdad, pese a las glosas de tantos enloquecidos por las bellezas de la lengua de Homero. En el griego había algo putrefacto, una calidad submarina, un contacto viscoso, como de pez o calamar. En el latín, en el idioma romano, había contrariamente un peso, una turgencia constante, parecida a la de un collar de cuentas regulares, de oro, de cristal o de bronce. La segunda afirmación del «hombre de Cartago», que le había impresionado, era su refutación de la astrología, cuando dice que dos seres nacidos en el mismo instante y lugar podían tener los destinos más diversos, si el uno era el hijo de los señores de la casa y el otro había nacido de una esclava, acaso sin saber de qué padre. Él añadía más. La diversidad de destinos podía darse aun cuando los dos fueran hijos de la esclava o de la señora. Un germen de movimiento, el mismo que, con su continuidad, creaba la fantasmagoría de la persona, se ponía en marcha de un modo único para cada ser, asignándole una separada manera de gozar y de sufrir, de surgir de las tinieblas o de perderse en ellas. Aquel hombre del coche iba con ella. Él estaba desterrado de su lado por toda la eternidad.

Se dio cuenta de que avanzaba hacia el centro del barrio. Una animación creciente lo anunciaba así. Por la calle que ahora recorría, bastante más ancha que las anteriores, había prostitutas de lo más bajo, paradas en las esquinas y a la puerta de algunos bares. Dos o tres le hicieron signo de que se acercara, pero otra que estaba a su lado comentó en voz alta que no se cansaran, diciendo algo alusivo a su aspecto de desenterrado. Hizo una mueca para alegrar su cara e infundirle un aire diferente, si no de alegría por lo menos de vitalidad. Procuró dar agilidad a su paso y siguió andando.

Empezaba a tener sed, pero esta sensación le agradaba y decidió no beber todavía, hasta que le fuera difícil resistir la tentación. En algunas casas de aquella calle, la puerta estaba abierta y había personas que estaban sentadas allí, contemplando el comercio humano y esperando que los borrachos empezaran a hacer su aparición, cantando como pájaros. Dio la vuelta a una esquina y se encontró repentinamente ante un pasaje sombrío, cuyo suelo estaba cubierto de pedruscos enormes, de trozos de hierro oxidado y retorcido. Volvió sobre sus pasos y se dirigió por una calle cuyas casas tenían relativo buen aspecto, aunque algunas estaban en ruinas, con los terrados sostenidos por vigas de madera para evitar su total derrumbe. Había más gente por allí. Y algunas personas se dedicaban a vender las cosas más diversas, desde zapatos usados a panes o relojes. A medida que adelantaba, en dirección al invisible mar, iban apareciendo más y más vendedores, los cuales caminaban arriba y abajo, exhibiendo montones de ropas viejas, o cortes de telas de pésima calidad. Era extraña su procesión, pues, evidentemente, había muchos más vendedores que gente para comprar. Sin duda estaban allí por vocación, más que en espera del beneficio o, mejor dicho, su sobriedad era tal que les bastaba realizar una venta cada ocho días o más para poder vivir y bajar cada noche allí, sabiendo que solo de tarde en tarde encontrarían al cliente necesario. Eran hombres casi todos aquellos comerciantes privados. Tipos morenos y sucios, en mangas de camisa y con sandalias; sus cabelleras enmarañadas hacían pensar en los negros sudaneses y su gesticulación era también extraordinaria. Hablaban en una lengua casi incomprensible por el acento y la monotonía de las ofertas. Un poco más lejos, aquello se convertía ya en un verdadero mercado; a ambos lados de la calle había mujeres, sentadas en taburetes o en el suelo, las cuales vendían ropa interior de señora, cintas, productos de mercería, algunos objetos de adorno, viejos, descompuestos, e incluso llaves, trozos de lápiz, plumillas, gafas, cadenas, platos de loza desportillados, etc. constituyendo colecciones aptas para formar el museo del futuro, exponente no de la riqueza moral de la humanidad, ni de sus amplios patrimonios espirituales, desde la *Novena Sinfonía*, de Beethoven, al *Juicio Final*, de Miguel Ángel, sino de lo que tal vez sería más útil e interesante, su desgarradora pobreza fundamental.

En la siguiente calle, el mercado de utensilios se transformaba en otro de alimentos. Hicieron su aparición grandes cestas de pescados baratos, montones de frutas, de embutidos, de galletas y, sobre todo, pan. Aquella comida parecía inagotable; ni el hambre del barrio, ni el apetito de toda la ciudad podrían consumirla. Esta impresión quedaba reforzada por el aspecto desagradable de todo. No solo el color sino la forma estaban alterados. Nada de aquello era igual a las mismas cosas puestas en otro sitio de la ciudad. O verdaderamente tenían algo diferente en su substancia. Aquel color de enfermedad, que él había observado hasta la náusea ya en su barrio, tomaba allí una virulencia aterradora. Una harina surgida del fondo de la tierra y un agua sucia concentrada parecían ser los orígenes de tales alimentos, guardados por una tribu obesa, lívida, manchada. Las mujeres que vendían semejante

comida permanecían inmóviles, con sus grandes faldas blancas con topos encarnados y verdes. Algunas ancianas vestidas de negro aparecían en los portales de las casas, detrás de las vendedoras y no se veía comprar a nadie, a pesar de que una incierta multitud invadía la calle, hablando de cosas que no se podían entender. Un olor a pescado y a carne lo inundaba todo; las mismas frutas, vistas a través de ese olor, quedaban transformadas en vísceras viscosas, en algo obscuro y repugnante. Avanzando difícilmente entre aquella gente desprovista en absoluto de belleza, pues hasta las muchachas jóvenes tenían un aire marchito que inspiraba horror, se acercó a un gran bar iluminado, cuyas luces se reflejaban en la pintura naranja que lo teñía uniformemente. Dentro de él había bastantes personas, en especial chicos y viejos; estos últimos estaban sentados en torno a las mesas de mármol y jugaban a las cartas silenciosamente, mientras los muchachos se hostigaban y se insultaban con las peores palabras, entre las copas de aguardiente y las tazas de café con coñac que ingerían. El tumulto no era exagerado, de todas formas. Se mantenía en un grado intermedio, como si la costumbre de repetir diariamente aquella fiesta hubiese educado a los que la vivían a conservar cierta moderación, sin la cual el barrio hubiera terminado en una crisis de furia. También era fácil comprobar que la sexualidad era cosa desterrada de aquellos lugares. No solo no se veía ni a una prostituta entre las mujeres, sino que estas, incluyendo las adolescentes, mantenían una triste compostura y un halo de frialdad en torno a sus cuerpos, raramente bien formados y deseables, impregnados del olor a pescado e inmersos en la tonalidad amarillenta y lívida del conjunto.

¿Qué hacía allí toda aquella gente? ¿Eran seres humanos? Sin darse cuenta, él iba enderezando su figura, adquiriendo un tinte de orgullo en la expresión de su rostro, accionando con manos y codos para apartar la masa humana con gestos que parecían los de un patricio apretujado entre esclavos. Nada de ello estaba adecuado a sus principios o, mejor dicho, a su deseo de creer en una radical igualdad humana. Pese al desprecio que sentía por sí mismo, le parecía ser un dios al lado de una muchedumbre semejante. Si otros días aquella sensación de altura le había sido grata, aquella noche le era odiosa. Bien que viviera en su piso, solo, sin ceder un palmo de terreno a sus «semejantes», pero de eso a creerse por encima de ellos había un abismo. ¿Quién era más cobarde que él? ¿Más pobre de espíritu? ¿Más incapaz de toda acción, de toda generosidad verdadera? ¿Quién había leído más y más inútilmente? ¿Quién podía estar tan enfermo como él? Entre aquellos seres que, a través de su actitud hierática, mostraban fidelidad a un antiquísimo sentido de la vida, él transitaba como el único muerto. Muerto por haber aprendido ciencias matemáticas, por haber matado en sí la pureza del tiempo, por haber atendido con exceso a su espacio interior, sin preocuparse de los demás, no ya con altruismo general o espíritu humanitario, sino ni siquiera como lo hacía la mayoría de las personas, compartiendo su destino, bueno o malo y su dinero, poco o mucho, con alguien a quien perdonar su pobreza original, sus defectos, sus virtudes y su apego irracional a su persona. Había llegado a molestarle la solicitud, especialmente porque conducía a inquirir y él no podía

permitir que se le hicieran preguntas. Cuando alguien, un antiguo conocido, un amigo de otros tiempos, un familiar olvidado, le encontraba de repente en la calle y le hacía la inevitable pregunta «¿cómo estás?» o «¿qué haces?», sentía la tentación de volverle la espalda e irse en silencio, o de contestarle cínicamente que se había equivocado y que él no era la persona que el otro creía.

Al llegar a la encrucijada siguiente, donde terminaba el mercado callejero, se asombró de encontrar un grupo formado por dos o tres mendigos, uno de los cuales debía ser ciego. ¿Era posible que, al lado de tanta comida que no compraba nadie, hubiese mendigos en espera de un mendrugo de pan? Dio unas monedas a cada uno, esperando que se levantaran del suelo, donde estaban echados como perros, y se dirigieran a la taberna más cercana para beber. Había gente que se extrañaba de ello. Los «buenos», los que se llamaban de este modo a sí mismos, se horrorizaban de que los mendigos bebieran vino. Darles comida sí, pero no dinero. No se puede mantener el vicio. ¿El vicio? ¡Perros! Mucho más perros que los mendigos tirados en plena calle eran los que creían que, llegando a cierto grado extremo de necesidad, los hombres no tenían ya derecho al placer. Los que se escandalizaban de la existencia de las tabernas iban a las terrazas de los bares elegantes a tomar el aperitivo, o se sentaban en las amplias y bien decoradas salas de sus casas. Y los pobres ¿qué salas, qué clubs, qué centros de reunión y de placer poseen? Una vez oyó contar que un mendigo, después de haber estado toda una tarde a la puerta de un iglesia recibiendo limosnas que imploraba por el amor de Dios, cuando tuvo cierta cantidad acumulada, a pesar de ser un anciano de muchos años, se fue a un antro donde se reunían prostitutas y dio el dinero a una mujer para que se dejara levantar las faldas y tocar las caderas y los muslos. Esa anécdota que, al parecer, asustaba al muchacho que se la contaba, le hizo pensar en el viejo rey David, a quien le fue concedido casarse en su ancianidad, para que una mujer joven le calentase el lecho. Imaginaba al miserable rey, empobrecido por la vejez, tendiendo las manos de mendigo hacia la riqueza inaudita del cuerpo joven y veía las llamas que debían arder, no solo en la ropa blanca de aquella cama de piedra, sino en el alma y en la imaginación del hombre que recordaría su juventud, más la pérdida que la vivida, y se pegaría tembloroso como un niño al regazo de la Gran Madre. Deseaba que aquellos mendigos fueran a beber con su dinero. Para comida ya les darían los otros. Él les hacía limosna para que mantuvieran su vicio más querido, lo que daba sentido a sus existencias rotas y disgregadas, lo único que podía hacer aparecer todavía una sonrisa en sus caras acartonadas.

Prosiguió avanzando y al llegar a una esquina tomó por la calle que conducía a la salida del barrio. Siguiendo luego por la que empezaba a la derecha llegaría a una plaza que hubiera preferido no ver, pues parecía hecha exprefeso para las ejecuciones públicas. Cuadrada, maciza, de terreno irregular, sin empedrar, los siglos parecían no haber pasado por aquel espacio en el que resonaban aún los aullidos de la muchedumbre y los lamentos de los moribundos, atados al poste del garrote, o al

nudo corredizo de la horca. Pero tenía que pasar por allí si quería visitar la serie de tres o cuatro prostíbulos que había al final de la calle. Sin saber la causa acababa siempre por caer en ellos. Eran como el comedor colectivo; ni el tugurio definitivamente miserable, ni el falso aspecto de lo que se presentaba cómoda y alegremente. Estaban pintados de colores chillones y oscuros, en los que predominaba el rojo sangre buey. Una substancial atmósfera se había remansado en tales interiores, los cuales le parecían conservar toda la primitividad de aquella institución eterna. Claro está que había decidido no volver más a lugares semejantes, no por miedo, ni por repugnancia, sino para mejorar la sensación ulterior. Tenía que esforzarse en tolerar la claridad de los lugares superiores. Alguna vez había entrado en casas de prostitución de las caras y el ambiente era totalmente distinto al de los lupanares que se obstinaba en frecuentar. Allí las mujeres iban en traje de calle, entraban una a una en la sala de espera, bien amueblada, donde se las aguardaba y eran presentadas por su nombre al cliente, el cual tenía apenas tiempo para estrechar su mano y lanzar una rápida ojeada a sus encantos. Luego aparecía sola la dueña a la cual se le pedía la que había interesado. Más difícil debía ser la cosa en los grandes bares del centro de la ciudad. A ellos acudían las mujeres más seguras de su éxito, las que habían adquirido la práctica de la conversación y, por su trato continuo con hombres de clase social acomodada, alcanzaban cierta educación superficial de la que hacían gala, sentadas ante los veladores, fumando con boquilla y enseñando disimuladamente las ligas. Nunca se hubiese atrevido a interpelar a una mujer de aquellas; estaba seguro de que se hubiese reído de él, aparte de la vergüenza que habría experimentado al pensar que los camareros y los parroquianos del bar se daban cuenta de que hablaba con una desconocida y luego salían juntos de allí. Pero no solo era eso, ni tampoco la necesidad de economizar. Era fácil comprender que un régimen de gastos puede ser montado sobre determinada repetición de un pago, o sobre la mitad del doble de ese mismo desembolso. Lo que le sucedía era que, aun cuando no quisiera confesárselo, en la comunicación sexual, él buscaba un elemento más poderoso y sutil que el placer y aun la reunión con una mujer. Él no sabía que el factor social era el determinante de su actitud. El resentimiento inmenso que le separaba de la clase superior y media de la sociedad, que le correspondían por nacimiento y a las cuales pertenecían también el hombre y la muchacha del coche, le inspiraban un odio y también una inconsciente atracción invencibles. En cambio, las desgraciadas mujeres de los prostíbulos baratos le emocionaban al extremo de creer que realizaba una buena acción cuando alquilaba sus servicios por un rato.

Atravesó la plaza lúgubre sin mirar los macizos muros de las casas de color terroso que la formaban. Era preferible posar la vista en el suelo, aun cuando estuviera sembrado de cáscaras de frutas, de trozos de papel manchado, de barro y grasa y de montones de basura y excrementos de caballo. Había mucha gente por allí; era increíble que tantos trasnocharan. De ordinario, él visitaba aquel lugar al anochecer, nunca hasta aquella noche después de cenar. ¿Hasta qué hora estarían

abiertos los establecimientos que buscaba? Se abrían una hora o dos después del mediodía. Su pensamiento se detuvo ante la consecuencia que surgió espontáneamente de su comprobación. Si las mismas mujeres estaban allí, tarde y noche, trabajando catorce o dieciséis horas diarias, era terrible la cifra de veces que podían subir acompañadas a la habitación, en la que permanecían escasamente diez minutos, siendo reclamadas a gritos cuando dejaban pasar más tiempo. Debían ganar mucho dinero, aun cobrando poco por cada vez. Consideraba estas cuestiones con una duplicidad mental muy lúcida. Por una parte, reaccionaba con asco ante la situación y se extrañaba de verse avanzando hacia el centro de la calle, donde se abrían los portales de esas casas. Por otro lado, no solo no le daba repugnancia nada de ello, sino que le parecía perfectamente natural y se extrañaba no ya de que una mujer pudiera acostarse en un día con veinte o treinta hombres, sino de que hubiesen algunas que no lo hicieran, más todavía, de que los seres humanos pudieran andar separados por las calles, cuando deberían formar una inmensa montaña de carne, indiferenciada, infinita. Un grupo de soldados le empujó al pasar en dirección contraria. ¿Lo habrían hecho intencionadamente? No valía la pena preocuparse por ello. Hacía años que había matado en sí el sentimiento de la dignidad. Como era constante en él, no admitía términos medios para nada. La dignidad le hubiese llevado directamente no ya al crimen, sino a un sistema de vida en la que el asesinato estaría organizado. Pensaba en las épocas pasadas, cuando los hombres llevaban espada y podían matar a quien les insultara, o les empujara al pasar por la calle, aunque fuese sin intención. Debía ser estupenda la euforia continua del espadachín, sabiendo que a su izquierda, a pocos dedos de su corazón, latía el puño de su arma, siempre preparada para el desquite, para la revalidación de la independencia y el orgullo humanos. Pero no debía pensar así. Este orden de ideas conducía a los martirios chinos que le horrorizaban; era una cadena de acontecimientos cada vez más crueles y detestables y, finalmente, el hombre parecía espiritualmente anegado en sangre. El esplendor de Roma, que tanto le sugestionaba, ¿qué era sino la hermosura exterior, arquitectónica, de una inmensa prisión? Lo horroroso del mundo era la contradicción interior que se alojaba en cada cosa. Por ejemplo, la vida militar conducía al crimen, por lo menos al homicidio, a las heridas dolorosas, los inmensos cementerios y hospitales, a las mutilaciones, a la demencia colectiva de ensañarse unos con otros y destruir no solo vidas cegadas por la pasión del odio, sino también las de seres inocentes mezclados en el tumulto. Niños pequeños, mujeres que deseaban la paz y la tranquilidad, muchachas con los cabellos cerrados aún para la caricia, llevando en los ojos el futuro de la tierra, caían triturados y machacados por la destrucción. Pero la renuncia a la vida militar traía consigo la desaparición del espíritu militar y de las elevadas cualidades espirituales que este trae siempre consigo. Desaparecido el valor, la abnegación, la fe en la objetividad de verdades como religión, patria, tradiciones, acababa por morir la elemental dignidad, como a él le había pasado, y el hombre degeneraba hasta convertirse en lo que era, un despojo

harapiento, mal reunido por ciertas inquietudes crónicas. ¿Qué desear? ¿Cómo pedir a la humanidad que supiera equilibrar esas fuerzas opuestas, en el interior de las cuales yace siempre la desintegración?

Se hallaba frente a un prostíbulo, cuyo nombre estaba escrito en un gran cartel azul, a la entrada. Tras un pasillo ancho y sombrío, se veía una puerta de madera, cuyas hojas se movían continuamente al ser empujadas por los que entraban y salían. Antes de pensar en ello se vio en el interior de la sala, poseído del inmediato impulso de huir. Pero la curiosidad le hizo quedarse. Era extraño que algo tan conocido para él tuviera siempre la sugestión de lo nuevo. La impresión que experimentara el primer día que entró en uno de aquellos antros, se reproducía virginalmente en su ánimo cada una de las veces en que volvía a ellos. Al fondo estaban las mujeres, completamente desnudas, de pie o sentadas sobre una alta tarima de madera, que daba realce a sus cuerpos, unos jóvenes, otros deformados por los años. Lo primero que le llamaba la atención era que pudieran estar juntas mujeres de tan diverso valor, por las que se pagaba el mismo precio. Esta observación, repetida por él cientos de veces, tenía siempre la misma respuesta. De la obscura muchedumbre de hombres que se agolpaba en la sala, uno o varios se destacaban e iban en busca indistintamente de las muchachas más jóvenes y bien formadas o de las que inspiraban compasión y miedo. En especial, había una raza de prostitutas, ya de mediana edad, gordas y de carne muy blanca, marcada con extrañas cicatrices o con manchas violáceas o terrosas, a las que inevitablemente se dirigían los hombres silenciosos, los delgados, los que empezaban a tener el pelo canoso o mostraban en la boca delgada un signo de tristeza o de desesperación. La fealdad de aquellas mujeres debía atraer a los hombres que se sentían en un mismo plano vital que ellas; fuera de este equilibrio no había sino timidez y vergüenza. Acaso esta verdad tampoco era nueva, pero creía que nunca había visto tan claramente cómo él mismo obedecía a aquella ley, descendiendo a los sitios aquellos, sin atreverse a buscar la satisfacción a sus anhelos en lugares más bellos y ordenados. Le gustaba el caos, aquella gente sucia y tétrica que se apretaba buscando calor. Él mismo fue acercándose a la gente, como solicitando protección y, por una rara transferencia, tenía la impresión de estar desnudo y entregado a la curiosidad de todos, que podrían comprarlo o alquilarlo, como a aquellas mujeres.

Pensó elegir una y subir a la habitación, pero no se acababa de decidir. A veces, muchas veces, había permanecido indeciso, durante rato y rato frente a aquel escaparate vivo, viendo como en sueños las risas de las mujeres y oyendo sus palabras provocativas o insultantes. Finalmente, había salido de la casa y se había ido a la de al lado, donde ya entraba resuelto y, sin elegir, se dirigía en línea recta a la caja, pagaba y, desde allí, hacía señas a una de las mujeres más jóvenes de la reunión. La nota dominante en aquella vasta sala, de paredes pintadas de rojo oscuro, con guirnaldas azules y rosas, era la de una verdadera y gran tristeza. Esto no era proyección de su mente. Él había entrado allí con indiferencia real, y su estado de ánimo no solo no se había impuesto al espectáculo, sino que era hijo de él. La tétrica

actitud de quien sabe va a tomar un remedio que no es tal, sino descanso transitorio lo llenaba todo. Los hombres, el público, estaban más tristes que las mujeres, las cuales incluso bromeaban, mordían manzanas o fumaban cigarrillos, sin pensar en absoluto en su completa carencia de vestidos. Los hombres estaban tensos y muy pálidos, acaso tanto como él mismo. Se sintió tentado de arrodillarse y rezar, al comprender qué infinita labor benéfica realizaban aquellas mujeres, al ofrecerse de ese modo, por un dinero que siempre era poco, a la voracidad reseca de aquellos hombres, algunos de los cuales buscaban placer, otros calor sentimental, o compañía, o contacto simple con aquellos seres blandos y blancos, distintos a ellos, rugosos y endurecidos por todos los trabajos que, hechos sin placer ni vocación, eran a la postre tan prostitución como la de las hembras del lupanar. Se veía allí a hombres que jamás hubieran sido capaces de atraer por sí mismos la atención de una mujer, a menos que esta hubiera sido un monstruo de fealdad. Y aquellos hombres con aspecto enfermizo, sucios, miserables, alcoholizados, podían experimentar el éxtasis de las altas cumbres del mundo solamente por el jornal de uno de sus días de labor. En los instantes que siguieran a los contactos iniciales, debían de ser tan felices como los amantes de las leyendas cuando, después de dificultades sin fin, lograban reunirse en las cámaras secretas de los palacios para hundirse en ese amor confuso que no sabe dónde termina el alma y empieza el cuerpo.

Uno de sus recuerdos más preciados, en el que ni remotamente podía pensar unos instantes antes, le hizo sonreír con beatitud. Era un motivo musical, el tema más importante de una obra que jamás se daba en los conciertos, pero que él había tenido en disco hacía muchos años, perdiéndolo para no volver a encontrarlo jamás. El *Prometeo*, de Scriabin, sonaba tan intensamente en su cerebro como si diez orquestas sinfónicas reunidas lo estuvieran interpretando. Vio la delgada cara del compositor ruso apoyada en la de su amante Tatiana. No sabía si ellos estaban en un salón de principios de siglo, lleno de cortinas con encajes blanquísimos, o entre las cimas nevadas de una montaña, cerca de un lago azul y transparente que reflejaba la felicidad de los dos. Sintió las lágrimas a punto de brotar. Una de aquellas mujeres había descendido de su estrado y estaba ante él, escasamente a un paso; tan cerca estaba que, alargando la mano, se puso a tocarle lúbricamente. No experimentó ni vergüenza, ni pena por sí mismo. La escena que vibraba en su imaginación no había desaparecido enteramente y simultáneamente a ella y al sonido continuo de la música, que también se expresaba en halos de colores ígneos, veía el rostro pálido de la prostituta detenida ante él y su cuerpo blanquecino. «No», dijo, haciendo un gran esfuerzo para que su voz resultara perceptible. La visión de antes se transformó rápidamente; ahora estaba contemplando una escena no inventada sino producto de una de las últimas películas que había visto. Se trataba de un entierro y la alusión simbólica le fue aclarada desde el mismo instante en que vio el largo ataúd subido al coche fúnebre por tres enterradores. Oyó que pronunciaban su nombre y creyó que había algún conocido en la sala. Hizo un gesto con la cabeza para volver a la realidad

exterior, retrocedió un paso y miró hacia la derecha. A unos pasos, cerca de la puerta, había alguien que le estaba mirando, y cuyo rostro le era vagamente familiar. Esta sugestión le hizo recobrar el dominio de sus nervios. Dio media vuelta y se dirigió a la salida, empujando a los hombres que continuamente entraban.

En la calle respiró profundamente. ¿Cómo podía otras veces abandonarse a aquella ignominia? Una gran alegría llenaba su pecho. Había superado el deseo. Esta era otra de sus esperanzas continuamente mantenidas e inutilizadas por su vida. Era natural que el cansancio le abrumara. De ordinario, los hombres, intentan formar su carácter durante la juventud primera y, entrando en la siguiente edad, se aceptan tal cual son, sin intentar corregir los defectos que forman parte indisoluble de su ser. En cambio, él había proseguido luchando contra sí mismo, constantemente, y lo raro es que no lo hacía por fidelidad a un determinado principio moral o religioso, ni siquiera para mejorar su opinión de sí mismo o porque creyera en la perfección como finalidad digna de ser perseguida. Era simplemente un instinto. Un oscuro inclinarse a negar el valor de cuanto le atraía. En sus períodos de meditación, ¿cuántas veces no había pasado horas y horas intentando hallar la ley en virtud de la cual se sentía atraído hacia tales o cuales formas físicas? Se decía: «No es racional que yo abandone mis posiciones espirituales, mi lejanía de todas las cosas inmediatas, para satisfacer esa necesidad. ¿Por qué no puedo dejar de reconocer que algo en ello me atrae de modo irresistible, tan victorioso que rompe mis hábitos de indiferencia y alejamiento, impulsándome a lugares malditos, en los que mujeres desconocidas me acarician hasta dejarme extenuado?». Reconocer la potencia de ese factor ignorado equivalía a crear un dios, fuera el que fuese; por esta causa se obstinaba en creer que si cedía al deseo era por su propia voluntad, la cual, escindida, servía por una parte a su precisión de lejanía y, por otra, seguía perteneciendo al mundo de las personas y de las cosas, llena de anhelos de fusión con todo, en especial con lo que, por contextura misma de la esencia del mundo, era el destino humano. Por este camino volvía otra vez al eterno punto de arribada de sus pensamientos. Esa contradicción se realizaba porque él vivía como si la persona fuera algo, como si su soledad corporal fuese signo de una completa capacidad de apartamiento. Pero no era así y, dentro de él, lo universal reclamaba sus derechos. Por esto se experimentaba aquella suave alegría al ser abrazado y abrazar, al tocar con las manos palpitantes el cielo de un cuerpo desnudo. Pero, si esto era verdad, ¿de dónde procedía la otra alegría, la que sentía en aquel mismo instante por haberse podido apartar de las prostitutas, negándose el placer conocido? Lo sabía, aquella alegría era sentida por su parte individual, continuamente en lucha con la otra, queriendo imponérsele hasta destruir los menores acentos humanos en su vida, desgarrando los ligamentos que le unían a los demás, sea en el aspecto erótico, en el social, o en otro cualquiera. Por consiguiente, la pureza era un mal y no un bien. Era una dicha egoísta y orgullosa. Solamente de este modo se hacía comprensible lo que había observado algunas veces, que las personas muy sensuales solían ser compasivas y llenas de cordialidad, mientras que, de los que

eran capaces de reprimir sus más hondos instintos, se podía esperar todo, especialmente el fuego de las hogueras y la visión del infierno. La frialdad de esos seres ¡cómo se solazaba ante la idea de las llamas! ¡Qué dicha poder alojar en ella a sus enemigos, a los que no habían tenido la «voluntad» de superar sus pasiones! Recordaba la fruición con que algunas beatas hablaban de la «condenación eterna» reservada a aquellas mujeres valientes que, despreciando todas las normas morales y sociales, habían tenido el atrevimiento de entregarse a sus amantes, para hacerlos felices y serlo ellas mismas. Realmente, el infierno era el complemento de sus vidas truncadas por la frialdad o la cobardía. Y él mismo, que se había liberado de las cadenas de todos los prejuicios, falsos o verdaderos, corría el peligro de ser vencido por aquella glacial concepción del mundo, que rechazaba como impuros los sagrados contactos por los que las personas, trozos rotos de algo originalmente unido, procuraban el infinito placer de sentirse, por un instante solo, reintegradas a su destino inicial, que esperaban volver a alcanzar al final de los tiempos. Claro está que la sensación era un medio rudo. ¿Pero qué iban a hacer los que no tenían cultivado su sentimiento ni su espíritu? Todos quisieran ser como Santa Teresa y vivir en comunión continua con un Dios que absorbiera la grandeza espantosa del vacío del mundo, pero tal cosa estaba vedada a casi todos los seres humanos. Y no ya el alcanzar una cumbre semejante del pensar y del sentir, sino también, muchas veces, los aspectos más vulgares y cotidianos de esas facetas de la acción humana tampoco les eran accesibles. ¿Por qué tanto vicio? Sencillamente porque el contacto carnal se puede lograr cuando se quiere y el sentimental o espiritual no. Muchos que, al salir de su casa, pueden decirse «voy a buscar a una muchacha con la cual acostarme» tal vez no lo harían si, en lugar de ello pudieran alcanzar, con la misma facilidad y seguridad, una vivencia de alto amor espiritual. Pero tal cosa no es posible, los grados elevados del amor no se pueden comprar, ni alquilar, ni siquiera buscar. Se dan a algunos privilegiados, mientras la multitud tiene que consolarse con el placer, como substitutivo inmediato. ¿Abstención? Entonces, la humanidad de los trabajadores sería idéntica al carro de esclavos ciegos que, atados a un molino, van dando vueltas alrededor de él hasta que el cansancio los agota y caen, entre los golpes del amo, y el hambre y la sed desgarradora que los consumen. No se puede poner un bozal a los hombres como si fueran perros porque no lo son. Y, en el fondo, tampoco los animales deberían ser obligados a realizar lo que no desean. En una ocasión, él había visto a un carretero martirizar a su caballo; para hacerle cesar en una excitación sexual que la pobre bestia no podía dominar, la emprendió a patadas contra su vientre y sus testículos, al extremo de que el caballo mordía los palos entre los que estaba atado, temblando y con los ojos desorbitados por el sufrimiento y el terror. Aquello era el infierno; el caballo había pecado y había que castigarle. Como en otras ocasiones le acaecía, mientras pensaba cosas semejantes, una inmensa sensación de culpabilidad se apoderaba de su ánimo. Pensaba en las enseñanzas religiosas que había recibido en su infancia, en el colegio de los Padres Jesuitas. Se acordaba de

que, durante un año, decía siempre al confesor que quería morir para ir al cielo y que, si vivía más y llegaba a crecer y ser mayor, no estaba seguro de poder alcanzar la gloria. Giraba vertiginosamente en su mente la imagen del altar mayor de la capilla de aquel colegio en el que fue feliz, siendo excelente estudiante, querido de los sacerdotes profesores y de algunos muchachos a los que no volvió a ver nunca más. Si hubiera alguna iglesia abierta se acercaría a ella y vagaría en derredor un buen rato sin atreverse a entrar. O penetraría súbitamente en su interior e iría en busca de la imagen de Cristo, para arrodillarse y pedir perdón por sus monstruosas herejías. ¿Quién era él para atreverse a pensar por su cuenta, a dictaminar qué era bueno, qué era malo, qué verdadero y qué falso? Sus dientes rechinaban de impotencia y su faz se contraía horrorosamente, como si fuese a darle un ataque. Como en todo, se apercibía de que su alma no era una fuerza sino un campo donde las fuerzas combatían ciegamente. Por un lado tenía la seguridad de que lo que había pensado momentos antes era verdad, una absoluta verdad humana. Por otro lado, experimentaba el pavor que deben sentir los condenados a muerte cuando ven que se acerca el momento de la ejecución, y salen de la prisión entre un grupo armado y van por la calle, a la tremenda luz del amanecer, hacia la plaza donde les espera el patíbulo. Su patíbulo era su propio juicio. Desde hacía tiempo sabía que, por la evolución gradual de sus principios y por la contextura de su alma, tenía que acabar separándose definitivamente de cuanto le rodeara espiritualmente en el círculo familiar que formó sus primeros años. No le satisfacía ese cambio, pero no estaba en su mano traicionar su autenticidad. No amaba ninguno de los postulados que emitía su pensamiento y su boca, a veces sin dominio de la censura de su conciencia, pero una fuerza secreta y colectiva, pensaba en su lugar y expresaba su energía, su insaciable sed de libertad, su vocación destructora de normas y leyes. También sabía que su inquietud no tenía nada de original, ni podía ser llamada precursora. Estaba cansado de leer en la prensa y en libros de vulgarización que el tiempo en que vivía era una época de transición. Aunque así fuese, se repetía demasiado el estribillo con el peligro de excitar más los ánimos y de cultivar aquel exceso de movimiento mental, crítico y estéril, que no acababa de traer la nueva era. Sentía que la lucha que se desarrollaba en su mente era, en cierto modo, una lucha política, por más que él detestara todas las formas de organización pública, pero no dejaba de advertir que su situación era inútil para la sociedad y que debían venir tras él hombres que no tuvieran miedo de sus pensamientos y de sus juicios y que, en un sentido o en otro, unificaran la evolución de las cosas hasta aclarar el sentido general de lo humano, tan confuso todavía. Muchas veces, ante su conciencia, aparecía como un niño desvalido. Su mala costumbre de compadecerse a sí mismo exageraba el tono de la afectividad y poco le faltaba para llorar largamente, al borde de sus conflictos continuos. Su infantilidad se manifestaba, sobre todo, por una perenne duda ante las cosas y las ideas. Nacido en una época de intensa vida política, aun durante los años en que se imponía la diaria lectura de la prensa y la información complementaria relativa a la

filosofía de las diversas tendencias que se debatían combatiéndose con todas las armas, no se podía resolver a formar en las filas de ninguna. No solo era a causa de que, sentimentalmente, todas le parecían idénticas, con la misma dureza substancial, iguales o parecidos procedimientos, sino que la fuerza que hubiera podido decidirle, o sea la simpatía irracional por tal o cual partido, estaba escindida dentro de su pensamiento y cada trozo tiraba por su cuenta, neutralizando el conjunto. Unas teorías le parecían efectivamente nuevas, pero su innato sentido de la propiedad y del orden, como instrumentos para poder verificar el aislamiento, le apartaban de aceptarlas. Otras le convenían más, por su posición social, pero le repugnaban por la gala de retroceso que hacían y por su impotencia para renovarse profundamente. Cuando se encontraba ante un dilema, no podía quedarse con una de las partes, en contra de la otra u otras. Se sentía fatalmente ligado al todo, a pesar del sufrimiento que le causaba esa destrucción interior, el tener que integrar dentro de su alma ese dualismo o pluralismo de fuerzas, de opiniones y de estilos de vida. Él aplicaba al presente la norma que casi todos, inconscientemente, juzgaban buena y justa para el pasado. Ningún historiador, crítico o simplemente lector, tomaría partido por una nación cualquiera, contra otra, en luchas mantenidas hacía cientos o miles de años. Esta imparcialidad, nacida de la indiferencia o de la justicia, era tanto más poderosa cuanto aumentaba la lejanía. Para él, el presente se hallaba tan distante como la prehistoria. No paraba ahí la contradicción; ese modo de ser y de pensar le parecía superior e inferior al de los demás. Creía estar muy por encima de sus rencillas y miserias; de la falta de espíritu que impulsaba a la inmensa mayoría a juzgar según su corto criterio, no sometido a estudio, y a elegir según las conveniencias inmediatas de su persona, familia o clase social. Pero, por otro lado, se daba cuenta de la violencia acumulada en aquella masa de instintos que por todas partes se congregaba en la gran lucha, decidida a mantener cuantas guerras fuera preciso, para lograr la victoria final. Él carecía de tal violencia. Su cerebro era como un cliché fotográfico en el que se han impreso por error varias fotografías distintas y todas aparecen con igual nitidez, generando un conjunto incoherente, emotivo y extraño.

Volvía a estar en la gran plaza de las ejecuciones. La escasa iluminación eléctrica de que gozaba le permitía ver las estrellas, reunidas en falsas constelaciones creadas por la perspectiva. Una noche había soñado estar en una habitación pintada de blanco, sin muebles, puertas ni ventanas. A lo largo de las cuatro paredes corría una ancha cinta de signos pintados con tinta negra. Lo raro era que aquella visión, al parecer sin importancia y sin nada horripilante, le hizo despertar gritando de pavor. Más tarde había leído una obra sobre grafismos primitivos en la que se demostraba que los alfabetos y signos de todo orden habían nacido de la visión nocturna del cielo. Según eso tenían sentido las estrellas y no era romanticismo inútil el pretender escudriñar la esencia de su mensaje. También había leído un poema de un autor inglés, titulado *El caballero Roland sube a la torre sombría*, en el que se aludía a esa peregrinación en busca del núcleo fundamental de las cosas. Pero ese centro no existía. Todo era una

superficie interminable, una forma que se enroscaba hacia dentro, como los dragones orientales. En aquella plaza comprendía y aprobaba las grandes cremaciones de libros y de bibliotecas. Imaginaba ya el efecto de las fantásticas hogueras en las que se consumirían todas las inútiles elucubraciones de la humanidad, cuando volvió a oír la voz de su padre. Le decía algo relativo a sus pensamientos y parecía reírse de que él hubiese llegado a sus mismas conclusiones. Tras una sacudida, volvió a sumirse en el sentido de lo exterior. Allí, en medio de la calle, no tenía miedo a las sombras. Se rió de su tontería y pensó que confundía excesivamente el sonido verdadero de una voz con la imagen de la misma actuando en su mente. En casa le había sucedido lo mismo, pero el ambiente impregnado de recuerdos rechazados había podido más que su discernimiento entre sensación y alucinación.

Dio media vuelta y volvió a remontar la calle de los prostíbulos, por la que acababa de descender. Frecuentemente deambulaba de este modo por las calles, no paseando ordenadamente, sino yendo y viniendo de modo brusco, obedeciendo a las órdenes interiores o a los reflejos que sentía ante algunos estímulos, los cuales se traducían en ese ir y venir, aparentemente desprovisto de sentido pero encaminado, en realidad, a dar desahogo a la tensión del ánimo, facilitándole vías simbólicas de acción y esparcimiento. Pensaba ahora recorrer la calle hasta su final y salir por la que daba a la derecha de nuevo hasta el paseo. Bajaría por él hasta el puerto, daría una última mirada al mar, sumido en la obscuridad de la noche, y se iría finalmente a casa, cuando estuviera lo bastante cansado como para suponer que el sueño no le abandonaría mucho tiempo a sus divagaciones. En ello no invertiría más allá de una hora u hora y media. Ni se acordaba ya de sus presentimientos de liberación referidos precisamente a aquella noche y monologaba con la paz espiritual de un rondador nocturno cualquiera. El ritmo de las variaciones de su ánimo no daba una regularidad que pudiera compensarle. Entre horas de angustia y extensos lapsos de tiempo consumidos en una pasividad sonámbula o indiferencia ante todo, los instantes de éxtasis eran rarísimos e ineficaces para contener la pasión morbosa que, cada vez con mayor intensidad, actuaba en contra suya. En algunos momentos creía que, más que faltarle, lo que le sucedía era que le sobraba alguna cualidad. Cuando lograba caer en la lasitud que parecía ser el mejor patrimonio de todos se sentía feliz. Feliz como ahora, cuando volvía a subir calle arriba en dirección a las casas de prostitución que no había visitado. Iba mirando con expresión alegre a los que paseaban por allá y llenaban los muchos bares y tabernas, similares en la iluminación y en la algazara, como también en la pobreza de la decoración y del ambiente. En alguno se tocaba el piano y se bailaba. Las parejas estaban formadas por obreros y empleados y las criadas de los establecimientos o algunas prostitutas que preferían buscar su clientela entre el coñac y la naranjada a tener que soportar la disciplina del lupanar, aun cuando fuera más lucrativo este procedimiento. Él miraba de soslayo al interior de los bares e intentaba captar algo indefinible en el conjunto, utilizando las líneas y las formas como el grafólogo hace en la palma de la mano, para tratar de encontrar qué

era aquello, en esencia, y por qué estaba allí toda aquella gente mal vestida, intentando hallar una felicidad momentánea. Había tabernas enormes, cuyo aspecto recordaba las vastas salas de bebida de pasadas épocas, donde, junto a los toneles de vino y de cerveza, se reunía una muchedumbre, en la que predominaban los marineros. Otras tabernas eran grises y lúgubres, como creadas para reuniones de viejas haciendo calzetín. Los dueños atendían a la clientela sin intentar mostrarse amables, dejaban con un golpe sobre el mostrador el vaso de vino y conversaban con acritud sobre diversos temas, en los cuales predominaba lo político. Los bares distinguíanse por las grandes cafeteras automáticas, de color de cobre o niqueladas, así como por un tono internacional ratificado por pequeñas banderas puestas entre las botellas y casi todos esos bares eran de dimensiones más bien reducidas, a diferencia de las tabernas de los grandes cafés del paseo y de los otros barrios de la ciudad, montados lujosamente y dotados de un aspecto distinguido. Iba pensando de este modo, dándose cuenta de que se asimilaba a la visión de la pobre gente que se movía obscuramente de un lado para otro, aquella y todas las noches. Llegaba a pensar y a hablar como ellos, mediante esos juicios que denotan una humildad original, que él estaba muy lejos de poseer, ni material ni espiritualmente. Muchas veces imaginaba lo que haría si tuviera mucho dinero. Se contrataría como obrero para desempedrar las calles y pasaría ocho, diez, quince o veinte días en aquel mísero oficio, dando mazazos a las piedras y manejando las grandes barras de hierro para separar los adoquines. Seguramente sus compañeros se burlarían de él, de su escasa preparación para aquel trabajo, acaso le insultarían y le colmarían de mofas, llegando a ser el hazmerreír del grupo. Hasta el capataz tomaría gustoso parte en la broma, amenazándole con el despido inmediato si no mejoraba la calidad y cantidad de su tarea diaria. Él lo soportaría todo con paciencia inaudita y, en alguna ocasión, les diría que no era lo que pensaban, sino un hombre muy rico, un millonario en todo diferente a ellos, pobres y tristes bestias de carga. Claro está que la cosa sería algo cruel, pero no importa. Quién sabe si alguno de sus camaradas, convencido ante la emanación de algo inexpresable que brotara de su personalidad, creería verdadero lo que aseguraba, pero era difícil que esto sucediera y prefería que todos le despreciaran y le escarneciesen. Entonces, un buen día, les avisaría que al mediodía siguiente, cuando todos sacaran su comida para tomarla allí sentados, en medio del arroyo, a él le vendría a buscar un coche, con su chofer, para llevarle a cambiarse de ropa y a comer en el mejor restaurante de la ciudad. Las risas serían inenarrables; tal vez le pegarían, entre bromas y veras y le dirían que estaba loco. A las doce en punto de la mañana siguiente, cuando dejaran el trabajo para comer, su magnífico coche se aproximaría al grupo de hombres sentados en el suelo bajo el calor del mediodía, se abriría una portezuela y el chofer, gorra en mano, le diría: «Señor, aquí estoy cumpliendo sus órdenes. Cuando Vd. desee». ¡Qué expresión de estupidez infinita la de aquellos desgraciados, los cuales iban a continuar, durante toda su vida, enfangados en un oficio al cual él solo perteneció por placer durante unos días! ¡Cómo lamentarían no

haber creído en sus palabras! No haber visto la distinción innata de su frente, de sus ademanes y de su voz. Apolo había vivido entre pastores y había tenido que desollar vivo a Marsias para que creyeran que era un dios. Este hecho se había repetido en otra ocasión, de manera completamente distinta, valía más no pensar en ello. Pero en el fondo, él era, no el millonario que podía permitirse el lujo de descender a disfrazarse de paria, sino el descreído miserable que no tenía fe en la visitación de nadie superior. Pero, bueno, no iba a caer otra vez en la desesperación. Era curioso que todos sus pensamientos, aun los aparentemente más divertidos, le condujeran a la situación de tener que despreciarse a sí mismo, haciendo exhibición del odio que se profesaba.

Los bares iban pasando ante su mirada. Eran como islas en las que cantaba la alegría, no por fugaz, vulgar y monótona, menos verdadera. Él hubiera deseado matar al vigilante apostado en su interior para impedirle sumarse a todos, perderse entre ellos. ¡Qué importaba el placer sexual ante la simple felicidad de aproximarse a alguien, de ser sentido por alguien! Él pensaba que nunca podría dilucidar si lo que sentía en el fondo de su corazón hacia los hombres, como en otro tiempo hacia su padre, era amor u odio. La misma satisfacción le producía verse entre ellos, repartiendo beneficios, que al frente de un regimiento de lanceros atacando a la multitud. El caso era romper el hierro de la soledad, colaborar con el mundo, en bien o en mal. Lo único realmente espantoso era la nada, ser una sombra, transitar en silencio sin ser visto por la gente, sin ser querido ni aborrecido, sin sentir el beso ni el golpe de los demás, de aquella masa incierta que le atraía y rechazaba como una marea continuamente presente en su pensamiento. Su vida había sido una desesperada prueba de construir una persona, tanto en el sentido económico, en el que se había procurado un equilibrio entre el interés y la posibilidad de dirigir un pequeño mundo, sin servir a nadie, como en el familiar, en el que, negativamente, se había obstinado en prohibírsele todo para no ser poseído, como si tuviera miedo de deshacerse en el círculo de la afectividad que, sin embargo, necesitaba imperiosamente. ¡Cuánto había sacrificado a ese dios sombrío de su orgullo personal! Especialmente, en cuanto a la cultura, a la vida de su espíritu, donde una lenta educación le había permitido, en primer lugar, buscar y encontrar ideas que creía propias para responder a todas las preguntas, sin plantearse con excesiva autenticidad por el valor de tales respuestas, para luego ir dejando el lastre de esos conocimientos que parecían querer también poseer su alma y repartirla entre ellos. Todo para, al final, darse cuenta de que la persona, sin inmortalidad, no era nada; simple brizna de yerba que tenía que llorar tanto más cuanto mayores tesoros hubiese acumulado, en cualquier orden, encima del muro de la muerte. Automáticamente, alzó ambos brazos, como si quisiera estrechar entre ellos algo que se le escapaba; sus dedos crujieron y se repitió que pensaba demasiado. Como cuando se quiere ver en la obscuridad, volvió otra vez a esforzarse por atender al exterior. Allí, ante él, estaba la puerta abierta de una taberna que, cosa rara, estaba vacía al parecer. Sin concederse tiempo

para vacilar, entró en ella y se sentó ante una mesa redonda, al lado de la pared que daba a la calle. Recorrió la estrecha y larga sala con la vista y advirtió que, hacia el fondo, en la penumbra, había un hombre sentado, apoyado contra la pared. Encima de la mesa que tenía ante él había un vaso y una botella. Seguía mirándole cuando el que despachaba, un chico rubio con dientes de oro y camisa a cuadros, se le acercó preguntándole lo que quería tomar. Pidió un vaso de vino, aun cuando detestaba esa bebida; lo pidió porque era lo más barato y porque su timidez le advertía que en aquel ambiente lo mejor era pasar desapercibido en todos sentidos. Transcurrió un instante y el muchacho volvió con el vaso lleno, yendo después a sentarse tras el mostrador donde se puso a leer una novela. Nada anormal había en el ambiente de aquella taberna, tan tranquila en una calle caldeada de agitación. El tiempo transcurría con dulzura y una sensación de beatitud le invadía gradualmente, como heraldo predecesor del sueño. De pronto, oyó algo que le sobresaltó; era un gemido y provenía del lugar donde estaba sentado el hombre silencioso. Se había movido ligeramente y algo de luz caía sobre su perfil y sus cabellos, escasos y canosos. Debía ser bastante viejo y en sus ojos no parecía brillar luz alguna. Volvió a gemir tenuemente y murmuró cosas confusas agitando las manos. Debía estar borracho. Iba muy mal vestido, con un traje negro más arrugado que el suyo. Con gestos lentísimos vertió en el vaso que tenía ante él el resto de la botella y bebió aquel líquido blanco, que solo podía ser aguardiente o ginebra. ¿A quién se parecía aquel solitario bebedor? Cada noche debía estar allí, aplicado a la tarea de beber como otros se ponen al servicio de sus ideales o de sus trabajos intelectuales. Beber de aquella manera era una especie de trabajo también. Un trabajo más penoso que sumar largas columnas de cifras o realizar cálculos complicados. Porque se bebía para sufrir, mientras el tiempo se tornaba algo corpóreo, que entraba dentro del alma como un enorme rosario de hierro, recorriéndola de punta a punta hasta que el horizonte se convertía en algo diminuto que caía al suelo y rodaba sin forma ni destino. Volvió la cabeza hacia la calle y vio a una confusa muchedumbre agolpada detrás de los cristales; había mujeres y hombres, jóvenes y viejos. ¿A quién mirarían?, ¿a él o al borracho? Quiso llamar al muchacho del mostrador para pagar su vino y marcharse, pero su voz quedó estrangulada al ver que, en lugar de aquel mozo con aire estúpido e insolente, estaba una joven bellísima, alta, de formas armoniosas que no se cuidaba de esconder, pues su único vestido consistía en una falda de tela azul, muy ceñida a las caderas. Sus redondos brazos y sus pesados pechos de carne muy blanca y piel resplandeciente eran iluminados por la bombilla que pendía justamente un poco delante de su cabeza, vuelta hacia el interior de la taberna.

Por un momento, creyó que el borracho del fondo no existía más que en su imaginación y que él mismo era quien había estado allí, durante horas, bebiendo alcohol y soñando con la visión que acababa de tener de modo inesperado. Se restregó los ojos con los puños, imaginando haber cedido por un momento al sueño, y volvió a mirar. En primer lugar, contempló al hombre silencioso del fondo, que, a la

sazón, parecía dormir profundamente, mientras la sonrisa que se dibujaba en su rostro le decía con claridad cuál era la semejanza que justamente había advertido antes. Si no hubiera estado en el entierro, hacía años, y no hubiese visto dentro del ataúd, a través del cristal emplomado, el rostro casi descompuesto del cadáver de su padre, se hubiese levantado para abrazar al desconocido, pues sus rasgos eran idénticos. Lo más extraño era que una inmensa gratitud llenaba su pecho, al mirar a aquel hombre que, solo con su imagen, realizaba un milagro. La sonrisa de perdón que el borracho mantenía fija en su boca le liberaba de todo temor. ¡Oh, tenía que volar a su casa y entrar en el cuarto de su padre, mirando hacia el lecho, sin miedo, con la alegría del que va a encontrar, no a un enemigo, sino al más querido de todos los seres! Sus pensamientos fueron instantáneamente cortados por el recuerdo de la mujer semidesnuda que acababa de ver. ¡Cómo pudo haberse olvidado de ella por una semejanza fortuita! Dirigió su mirada hacia el mostrador, pero no pudo ver nada con claridad. La gente que se había agolpado en el exterior, u otra parecida, había penetrado en la sala sin hacer ruido y se interponía entre él y la mujer aquella.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta con intención de irse sin pagar. Había atravesado el umbral cuando el muchacho de los dientes de oro le hizo señas de que volviese a entrar dentro. Parecía como si hubiera estado espíandole a la puerta, acechando que intentara huir, para avergonzarle. Volvió a entrar en la taberna e introdujo su mano derecha en el bolsillo del pantalón para sacar dinero con que pagarle la consumición. La mujer del mostrador ya no estaba y la gente que había penetrado en el local se había sentado formando grupos. Entonces, se dio cuenta de que aquella reunión ya no proseguía en silencio, sino que todos hablaban, conversando con sus compañeros de mesa, alabando o criticando la bebida, el régimen político del momento, o ensalzando el partido al que pertenecía cada uno. Habría como unos doce o catorce hombres y solo tres o cuatro mujeres, de bastante edad y con aspecto de ser las esposas de los que las acompañaban. Detrás del muro formado por todos ellos estaba aún el borracho, durmiendo en su paz infinita. La semejanza con su padre no era tan acusada como antes creyó. Tal vez le recordaba, además, a otra persona. Sí, no cabía duda, aquel era el hombre que había visto no hacía media hora en el prostíbulo, cuando oyó que le llamaban por su nombre y salió siguiendo a quien clasificó como conocido, sin inquirir más profundamente. Era necesario que pensara con calma. Lo que acababa de descubrir era imposible. Aquel hombre no podía haber estado fuera de la taberna hacía tan poco tiempo, pues todo en su aspecto denotaba una larga estancia allí, en aquella mesa, frente a la botella y bajo los efectos de su contenido. Racionalizando lo acaecido, llegó a la conclusión de que tanto la asimilación de aquel viejo con su padre como su identificación con el conocido que, a la postre, también era el mismo, debió ser producto de su imaginación, excitada por sus luchas internas. Aparte de ello, siempre que frecuentaba tabernas, lupanares y sitios semejantes tenía la sensación de que su padre le perseguía para echarle en cara su conducta. Angustiado se pasó la mano por la cara

varias veces y, dando media vuelta en su silla, se quedó mirando hacia la calle. Pasaba poca gente ya; se acercaba la hora de cerrar todos aquellos lugares. Repasó el establecimiento, pensando que no le había dedicado suficiente atención. Las paredes estaban pintadas de verde claro, con un zócalo violeta, y los marcos de puertas y ventanas eran de color azul intenso. En el cristal del dintel estaba escrito con grandes letras negras el nombre de la taberna. Las letras se veían al revés, pero, por esto mismo, se esforzó en leer el rótulo, mientras procuraba abstraerse del ruido general de las conversaciones que sonaba en la sala. Las últimas palabras que oyó correspondían al título de una película que uno de los de la mesa de al lado contaba a sus vecinos. *Mañana estarás libre*, era el nombre en cuestión. Y esta frase, primero oída como mero susurro, se fue precisando y agigantando en su imaginación, mientras, paralelamente, se dedicaba a interpretar el rótulo invertido de la puerta. No era muy fácil hacerlo, pues la débil luz exterior no transparentaba con gran relieve cada una de las letras; por otra parte, su vista había dejado de ser la de su juventud. «Mañana estarás libre, mañana estarás libre», se repetía mientras se estremecía al leer el nombre de la taberna, nombre que jamás había advertido hasta aquel momento, aunque la casa le fuera vagamente familiar. NEBIROS, decían las letras negras pintadas sobre el cristal. Sus ojos se movieron en todas direcciones mientras mantenía inmóvil la cabeza como suelen hacer los que se sienten cercados, o dominados por un intenso miedo. La voz que había dicho «mañana estarás libre» continuaba sonando en sus oídos, y su sonido era doble pues repetía mecánicamente la frase y proseguía la narración de la película. En aquel preciso instante, el narrador transmitía a sus oyentes, literalmente, una frase del protagonista de la cinta, la cual especificaba: «Todo lo que hagas a partir de este momento está bien hecho, aun cuando solo mañana lo comprenderás». Quiso levantarse y salir de allí, pero presintió que debía permanecer aún. Algunas personas empezaban a mirarle sorprendidas y no sabía porqué. A buen seguro, ni su actitud ni su gesto dejaban traslucir lo que ocurría en su interior. Los pensamientos eran secretos, nadie podía saber lo que estaba sucediéndole. Esto le infundió confianza e hizo una mueca que quería ser una sonrisa dirigida a sí mismo. El que sí le estaba sonriendo, como con sorna, era el muchacho del mostrador. Poco a poco, fue mirando a la gente de alrededor; casi todos habían cesado de hablar y le miraban. ¿Se habrían dado cuenta de que él era un enemigo? ¿Lo era, realmente? ¿Desde cuándo empezó aquel odio mutuo? Se acordó de su niñez, cuando algunos rasgos extraños de su persona atraían inevitablemente las burlas de sus compañeros, cuando refugiaba en lecturas inaccesibles para los demás su amargura y su desilusión, al sentirse sin confianza para dirigirse a todos, hablarles de igual a igual y saberse querido en la medida que podía querer. Luego recordó el momento en que ella, la muchacha del coche, le había dado su negativa eterna. Era a la salida de un cine, en el que, por rara fortuna, merced a una inspiración ignorada que le salió Dios sabe de dónde, había logrado conmoverla algo, logrando que ella abandonara su mano en la suya durante algunos momentos. No obstante, ella decía

fríamente que no. A la noche siguiente, había soñado que estaba vestida de novia, al lado de una ventana que daba a la obscuridad helada del vacío. Tenía la frente y el traje blanquísimo manchado de sangre. Sus pensamientos se cortaron en el acto al oír cómo, en medio del espectral silencio que reinaba a la sazón en la taberna, solo roto por el tímido golpear de algún vaso de vidrio contra el mármol de una mesa, una mujer decía: «Ellos también mueren. Los ricos nos hacen sufrir, pero también sufren. Y también mueren. No hace todavía dos horas hemos visto un automóvil de esos de gran lujo destrozado en medio de la calle. Tanto el hombre como la mujer estaban muertos. De nada les sirvió su dinero cuando el camión se les echó encima». Aquella afirmación solicitó su atención, pero no experimentó extrañeza alguna al oírla, ni siquiera reaccionó sufriendo ante la idea de que aquella muchacha de ojos verdes, que él había visto aquella misma noche, ya no existía. Tampoco volvió a relacionarla con ella, la que se le parecía en la figura, en el gesto indiferente, en la mirada esmeralda, en la riqueza inútil. Pensaba febrilmente en algo muy distinto. En la confluencia de acontecimientos. Aquella cita de cosas que surgían ante él, en aquel local que mañana sería tan vulgar y desprovisto de misterio, y que parecían ofrecidas, una tras otra, por la generosidad técnica de un prestidigitador oculto que posiblemente estaba en su propia imaginación, le probaban hasta la saciedad que había un orden, que existía un destino. Como el jugador que ve transcurrir las nueve décimas partes de la noche en la desgracia, teniendo continuamente en sus manos conjuntos de cartas inarmónicos, que no le permiten ligar ninguna jugada, se siente transfigurado en el postrer momento, al advertir que la suerte cambia y todo se organiza milagrosamente para él, así comprobaba sin exaltarse, sin concederse aun la alegría de creer en la realidad objetiva de aquel proceso psíquico que se le manifestaba simbólicamente, la indudable semilla de verdad que yacía en todo ello. Claro está que aún no estaba curado; su enfermedad le hacía proyectar de tal modo sus vivencias en torno suyo que acaso una serie de alucinaciones había ocupado el lugar del mundo exterior, en su mente sobrecitada. Pero lo evidente era que aquella serie alucinatoria *venía cargada de acento positivo*, como encargada de revelarle que la salvación era posible, aun la salvación relativa que habría de permitirle vivir en paz con su alma y con sus semejantes.

¡Sus semejantes! Otra vez la difícil palabra, clavada ante sus ojos, desprovista de toda significación. Alguna vez probó de romper el muro, de pasar el estrecho puente que le separaba de aquella zona confusa, en la que se hablaba, se gesticulaba, se expresaba de manera similar a la suya propia, pero sin que nada de ello tuviera la evidencia de realidad de sus pensamientos e impulsos, sino que más bien aparecía como algo indeciblemente lejano, esfumado, débil, sin posible relación ni explicación eficiente. Si ahora mismo se pusiera en pie y se acercara al grupo que estaba en la mesa de su izquierda, en el cual se hablaba de lentas enfermedades incurables, o a la gente que conversaba tras él, refiriéndose a diversiones y a motivos de alegría; si les interpelara y se ofreciera como un hermano, para lo que pudieran necesitar, a buen

seguro le contemplarían pasmados, creyendo estar ante un loco. En este instante lo comprendía. Él se separaba de los demás no por su culpa, sino por la de ellos. No era él el enfermo, sino los otros. No solamente no era egoísta, sino que era en extremo generoso, tanto que huía de todos por adivinar que no iban a comprender ni a tolerar su actitud, absolutamente directa, abierta, franqueada en la autenticidad. La masa se refugiaba en unas relaciones falsas. Lo social no era simple producto de una clase refinada y acostumbrada a la hipocresía; esa lacra de lo convencional, de lo embustero, era patrimonio de todos los hombres, en todas las clases sociales. Se trataban entre sí como dentro de las reglas de un juego; abrir los sentimientos bruscamente, pedir lo que se necesitaba u ofrecerlo a quien no lo pedía, eran trampas. Por lo visto, él era un tramposo nato, pero desde luego no estaba dispuesto a reconocer los formalismos de cualquier tipo de sociedad. Su norma era la claridad, la expresión directa de la verdad del momento, fuera cruel, amable, pura o miserable. Cuando él hablaba lo hacía sin ambages, diciendo las cosas que estaban en el fondo de todos, cuidadosamente envueltas en vendajes para que no les tocara la luz; por eso se apartaba de los demás, quienes no necesitaban oírle. Parecían presentir la clase de persona que era y silenciosamente le abrían paso, sin intentar atraerle a sus vidas, a sus problemas, a sus inquietudes. ¡Ah! Gritaría cuanto iba pensando a toda aquella gente. Se plantaría ante ellos y haría una especie de confesión general. Le gustaría ver cómo reaccionaban ante un hombre que les pidiera un poco de silencio y de atención. Le costaría un gran esfuerzo hacerlo, pero sería beneficioso. Ante todo, les pediría perdón por los largos odios incubados, por su falta de fe en la realidad de sus personas, les pediría perdón por el resentimiento conservado desde su infancia y luego les diría que estaba dispuesto para hacer por ellos cuanto le pidieran. Seguramente, un coro de risas le respondería. Tanto las mujeres como los hombres, los jóvenes y los ancianos, no podrían resistir la tentación de mofarse de aquel infeliz, más desgraciado que ellos mismos, y prorrumpirían en una carcajada inmensa ante la desatinada narración de sus ilusorias angustias. Claro está que aquella gente era también resentida, por lo cual era de esperar semejante reacción. Su pobreza, los malos tratos o desprecios de que eran objeto por parte de sus jefes y patronos los habituaban a tratarse sin delicadeza, a bajar la cabeza ante los que podían herirles y a castigar a su vez sin compasión a quienes sabían más débiles que ellos. Era imposible superar la etapa natural del hombre; lo mismo sucedía entre las personas que en el fondo de los mares y de las selvas. Y, por propia experiencia, conocía que ni los que habían dedicado muchas horas de su vida a los más arduos estudios podían creerse libres del mal original. Por otra parte, tampoco sería prudente esperar comprensión de los que no tenían motivos para odiar. Ellos también estaban obscuramente amargados y disfrutaban haciendo daño o, cuando menos, prescindiendo de sentirse responsables de las necesidades más imperiosas de sus conocidos, en inferior situación. Pero ¿a qué venía esta inútil crítica? Lo que debía hacer era no ser brusco ni extraño, intentar conducirse con normalidad. Si se levantara y, en vez de dirigirse con ademán

profético a la gente, procurase buscar un pretexto para trabar conversación con ellos, a buen seguro que lograría entablar relaciones amistosas con alguien de allí. Pero no era eso lo que buscaba. Necesitaba el desencadenamiento súbito de grandes presiones interiores. Si Beethoven había escrito aquellas páginas cargadas de enorme cordialidad humana era porque vivía voluntariamente separado de todos, sin hablarles ni mirarles siquiera. Él no pretendía ser un genio, ni lo hubiese sido, con su escasa inteligencia, aun pretendiéndolo, pero sí sentía análogos movimientos espirituales, y comprendía inciertamente que sus anhelos íntimos eran de una tonalidad mucho más poderosa que los de la multitud. A veces, cuando un limpiabotas arrodillado humildemente ante sus pies, le había limpiado los zapatos por una cantidad miserable, se sentía traspasado de deseos extraños. Hubiera querido incorporar a aquel hombre, estrechar su mano manchada de tinte y de betún, sentarle a su mesa, hablar con él de igual a igual y, finalmente, despedirse abrazándole enternecido. Pero, como es lógico, advertía que, de hacer tal cosa, el limpiabotas huiría aterrorizado o le golpearía creyéndole loco o invertido.

Sus pensamientos se detuvieron al llegar a este punto, en el que se interfirió la imagen de los dos muchachos que había visto al salir de la oficina. No aprobaba aquello, pero lo comprendía. En parte, porque uno de sus postulados fundamentales era comprenderlo todo para disculparlo todo. Si había otras razones para que no le molestaran las anomalías de toda índole, estas yacían en su interior, conviviendo en las profundidades psíquicas con el mar fangoso al cual pertenecía, sin poder hacer claridad definitiva en nada. Sus pensamientos le condujeron a la música y entonces se apercibió de que realmente sonaba dentro del local una música que nunca había oído. Un mendigo, sentado en una silla al lado de la puerta, tocaba un violín colocado verticalmente entre su barbilla y sus rodillas y, simultáneamente, hacía sonar una armónica que su mano izquierda pasaba ante su boca. La confusa sonoridad que surgía de esa mezcla tenía algo de maravilloso, a pesar de su desafinación y de su monotonía. No se podía afirmar que alegrara el ánimo, pero tampoco lo entristecía. Facilitaba la entrada a un mundo de sublime indiferencia, próximo al limbo en el que Schopenhauer colocó la naturaleza del arte. Sugestionaba como una bebida cristalina, algo amarga, cuya continuidad asegura la paz durante unas horas, en medio de la agitación continua. El mendigo tocaba sin preocuparse de pedir; ni siquiera había dejado su gorra en el suelo para que se arrojaran allí las limosnas. La sensación que tenía acerca de su incómoda situación entre toda aquella gente, a la que jamás podría salvar de sus desdichas ni de sí misma, se volvió contra el ambiente tiñéndolo de un contenido lúgubre. Progresivamente iba obscureciéndose el local, como si las bombillas fueran perdiendo la energía que las hacía brillar. Antes de que se hiciera la noche completa tenía que salir de allí, tenía que levantarse y huir antes de que, a pesar de la brillante luz de las inmutables bombillas, creyera que la oscuridad total se había hecho en derredor de su persona. Pensó que moverse le costaría un esfuerzo del que no era capaz; además, todos le mirarían en aquel instante. ¿Cómo podría

soportar su muda acusación? A ráfagas, sentía escalofríos por todo su cuerpo y le dolía la nuca. Pensó que se estaba poniendo enfermo, que tenía que levantarse, salir de aquel lugar, aunque en él se hubiesen pronunciado frases misteriosas en aparente conexión con su destino, y aunque el mismo nombre de Nebiros prestara una significación definitiva al local. Se incorporó y, sin mirar hacia atrás, se puso en pie despacio. Al terminar la operación, cuando deseaba echar a correr hacia la puerta abierta, cruzarla y desaparecer en el exterior, advirtió con asombro que, lejos de hacer eso, se dirigía al mostrador y pedía una copa de aguardiente al mozo. Este se la sirvió en silencio, sin sonreír ya para nada. Una especie de complicidad le unía al hombre aquel que parecía tan asustado, sin tener motivos para ello. Con su mirada le indicó que dirigiera la vista hacia el interior de la casa; prosiguiendo en línea recta la del mostrador, se veía, después de un corto pasillo oscuro, una pequeña habitación alumbrada. Allí, sentada en una silla, estaba la mujer que antes estuviera donde el mozo. Como antes, llevaba desnuda la parte superior del cuerpo, desde la cintura y, como si aquello no tuviera nada de extraordinario y se encontrara así en su traje normal, cosía tranquilamente una gran tela roja, sobre la cual destacaban sus blancos brazos y sus pechos macizos como el mármol. El muchacho la contemplaba con expresión de dulzura. Después se volvió hacia el desconocido y le dio las buenas noches, como indicándole que ya podía irse. Él salió a la calle; lo primero que hizo fue asegurarse de que todo no había sido un sueño. Por lo menos, el nombre del bar era verdaderamente el que había leído de través. La palabra NEBIROS destacaba débil pero seguramente a la luz que brotaba de los locales próximos. ¡Era extraño que nunca se hubiese dado cuenta de aquel nombre! Claro está que, hasta su revisión de libros de aquella noche, en que volvió a enterarse de la existencia del demonio del desorden y del pecado desconocido, la palabra aquella flotaría ante su atención desprovista de sentido, por lo cual no le dio ninguna importancia, al extremo de ignorar su condición de rótulo tutelar de un establecimiento situado en una calle a la que se acercaba periódicamente.

Transitaba poca gente. Algunos de los que rondaban por allí habían bebido más de la cuenta y el alcohol no les daba por sentirse nostálgicos. Se insultaban a grandes gritos entre ellos, después de gastarse las bromas más procaces y de hacer salir las familias respectivas en trágico vocabulario. Se tuvo que apartar rápidamente para no recibir un puñetazo. La pelea se hizo colectiva en un momento y se formó un grupo confuso que parecía un nudo de fieras dispuestas a devorarse, llenas de un hambre incomprensible, que encontraba su alimento en el dolor del que había sido hasta el instante un amigo o un compañero. Aun queriendo apartarse de allí a toda prisa, no pudo hacerlo; le retenía el interés más urgente. Cosa anómala y sin duda producto también de aquella noche excepcional, pues siempre mostraba una glacial indiferencia ante lo que los diarios llaman sucesos y, aun cuando en la calle se encontrara con uno de esos acontecimientos fortuitos, nunca se detenía ni formaba corro con los curiosos ni, menos, mucho menos, se preparaba para ayudar a quienes

podrían sufrir por causa del accidente. No obstante, estaba allí, cerca del jadeante grupo entrelazado, oyendo sus insultos y sus amenazas mutuas, sin poder alejarse, como si en aquel tumulto se debatiera algo que le era necesario conocer o todas aquellas personas le interesaran de un modo muy particular. Finalmente, tres o cuatro hombres se apartaron y se alejaron velozmente, mientras proferían aún soeces insultos contra los que se quedaban; estos se hallaban en torno a uno de ellos, que estaba extendido en el suelo, al parecer, pues solo se veían sus pies, agitándose convulsos. Al cabo de poco rato se levantó y, sostenido por sus amigos, se alejó calle arriba, mientras le procuraban animar dándole la razón y diciéndole que se había portado como un valiente. Cuando el grupo estuvo a unos metros de distancia, él se inclinó sobre el bordillo de la acera y advirtió que estaba manchada de sangre húmeda. Sintió deseos de inclinarse y tocarla, pero no se atrevió y avanzó unos pasos hacia la zona más oscura de la calle. ¿Cómo era posible ayudar a quienes estaban tan fácilmente dispuestos a destruirse entre sí? ¿Qué sentido podía tener la palabra «ayuda»? Hubiese llorado de pena al advertir cómo no era posible hacer nada en favor de nadie. Se acordó de la imagen de Cristo crucificado, la misma que aparecía en la esquila mortuoria de su padre. ¿Valía la pena salvar a unos, dejando que otros se condenasen? Repitió mentalmente la parábola de la semilla. Unos granos caían en terreno fértil, otros sobre pedruscos, a otros se los llevaba el viento. ¿Qué culpa podían tener los granos destinados a la inutilidad? ¿Por qué no era todo un inmenso campo fértil en el que el calor del sol levantara un incendio rosa, cálido como la música y como el amor? Naturalmente que la culpa era suya por volver a atreverse a pensar por su cuenta. El hombre había sido hecho libre, para que así su bondad y su justicia tuvieran un valor positivo. Pero la bondad de los justos ¿valía lo bastante como para compensar de la existencia de las abominaciones de los malos? De nuevo cruzó por su imaginación la visión del niño quemado por su hermano en lo alto del monte. ¿No hubiera sido preferible que se extinguieran mil momentos de felicidad antes de que unas horas de dolor semejante martirizaran a un inocente? Si hubiese creído verdaderamente en Dios, hubiese caído de rodillas, al lado de aquella mancha de sangre de la acera para pedir que se acabara el mundo y terminara el tormento estéril de todos, pero se reía de sus intenciones. ¿Rezar al vacío? Bien que lo hiciera cuando su mente se rebelaba contra la luz de la razón, cayendo en aquellas crisis sentimentales que le sumían a veces en la inconsciencia, pero no podía implorar en aquel momento, cuando todo en su ser y en el ambiente le hablaba de un substancial desamparo humano. Aparte de ello, en su confusión constitucional, elegía intuitivamente el camino del ateísmo para así alcanzar la fe, pues sabía que en su interior se tornaba auténtico por el camino de la contradicción; esto es, bastaba que se dijera a sí mismo creyente para sentirse incrédulo, e inversamente. Si Dios, a fin de cuentas, existía, tendría compasión de su caso que, afortunadamente para los demás, no era el de todos.

Varias prostitutas estaban a ambos lados de la calle; habían salido de sus cubiles y

se acercaban allí, para hacer la competencia a las que estaban encerradas, robándoles los últimos clientes de la noche. Dos o tres le llamaron silbándole o diciéndole cosas procaces. Él irguió orgullosamente la cabeza y les hizo un leve signo negativo. Qué hermoso era esto de sentirse superior, aunque fuera a aquellas desgraciadas. Sentir que alguien le buscaba, le iba detrás, suplicándole casi que se acercase, que no pasara de largo, y tener la posibilidad inmediata de negarse, de hacer notar su indiferencia, su desdén hacia tales peticiones insinuadas. Comprendió una vez más que nunca existía igualdad respecto a él; o se hallaba por encima de las cosas, o a indecible distancia por debajo. Bastaba que alguien pidiera para que negara el otro. Este era el comercio de la vida y no había ni una posibilidad abierta en él para la nobleza, para el ruego franco y la acogida sincera, establecida sobre unos principios de camaradería y amistad. Las mujeres se hallaban a insondable lejanía del hombre, odiándole, gozosas de poder ofenderle con su negativa, o con sus súplicas obscenas, las cuales eran tan molestas como la constante indiferencia de las que no necesitaban venderse para vivir. Hubiese vuelto sobre sus pasos y dado quince o veinte vueltas por aquella calle en la que se advertía su presencia al extremo de solicitarla, no solo para una charla inocente en plena obscuridad, sino para realizar el más misterioso de todos los viajes, subiendo a la primera casa donde alquilaran habitaciones y dejando hacer a la mujer, la cual pondría toda su ciencia en conseguir hacerle olvidarse de sí mismo por unos momentos y regresar a una juventud que nunca había tenido.

Pensaba en las muchachas con las que se cruzaba por las calles a la hora de ir a la oficina, por la mañana y después de comer. A algunas las veía una sola vez en la vida, o dos o tres veces; a otras las podía tener al alcance de la vista casi cada día, pues debían ir a lugares de trabajo próximos al suyo. Entre aquella selva femenina, había tres o cuatro chicas que le habían gustado. No eran nada extraordinario ni siquiera verdaderamente bellas. En especial, él rehuía fijarse en las muchachas que expresaban cierta espiritualidad en el rostro, o que tenían ademanes distinguidos, a pesar de sus vidas de empleadas y de sus trajes baratos. No podía tolerar ni remotamente que alguna infeliz de aquellas pretendiera parecerse a ella y lo curioso es que su amor hacia la ausente, si así podía llamarse, era puramente negativo; producto de un pasado que le compelió solamente al odio, al apartamiento. Nada más erróneo que creerle capaz de mantener un culto interior a la amada perdida, ni de intentar vivir poéticamente aquel desastre, ligado a la decadencia económica de su casa y a la muerte de sus padres. Pensaba en aquellas chicas que andaban apresuradamente para no llegar tarde y sufrir las reprimendas de los jefes. Las había delgadas y morenas, otras con el pelo castaño y los ojos azules, con un aire infantil que inspiraba más compasión que otra cosa y había también las que soportaban el secreto estigma que imprime la posesión de uno de sus cuerpos rollizos, poderosos, ardientes de vitalidad, que devoran la expresión del alma y reducen a la persona, ante la gente, al aspecto de una potencia casi animal, seductora dentro de ese alcance. Recordaba una de estas chicas, a la que durante varios años vio diariamente y que

luego se perdió sin dejar rastro. Sus cabellos crespos y rizados como los de una muñeca inspiraban risa, así como su cara redonda y muy pintada, en la que brillaban apenas dos pequeños ojos claros. Su cuerpo, sin embargo, producía terror y él se sentía tentado a recitarle el Cantar de los Cantares cuando tropezaba con sus perfectas caderas y sus claras piernas de estatua, surgiendo bajo unas faldas siempre demasiado cortas. Durante todo el tiempo en que la estuvo viendo, deseó acercarse a ella y decirle algo. Tal vez, que se casara con él. Pero nunca se atrevió. Tenía la seguridad de ser rechazado a pesar de que, al principio de verla, él era aún relativamente joven y no del todo desagradable.

Luego hubo otras que le sugirieron idénticos anhelos; su reacción no había variado. De acercarse a ellas, lo habría hecho como lo hace el mendigo, con la mano extendida, solicitando la misma caridad que ahora le pedían las mujeres que estaban a ambos lados de la calle. ¿Por qué no estarían allí, mezcladas a las prostitutas, todas aquellas jóvenes? ¿Qué es lo que le interesaba?, ¿su condición social, distinta de la de aquellas que ahora le miraban con ojos que pretendían inspirar deseo, o su juventud sana y poderosa? Si era lo último, podía ir a buscar mujeres jóvenes en otros lugares. Si lo primero, tenía a la mujer que hacía la limpieza de su piso, la cual estaba dispuesta a casarse con él a la primera indicación. Sería lo mejor, que se decidiera de una vez, enterrara el pasado poniéndole grandes piedras encima, y empezara una nueva vida, coronando con la normalidad y la decencia lo que había empezado con esperanzas desordenadas y excesivas. Nebiros le había aconsejado hacía un rato que empezara de nuevo; que rompiera con toda su vida anterior y tuviera confianza en sí mismo y en su capacidad para iniciar un período, si no triunfante, por lo menos basado en la seguridad interior y en la progresiva fe en todos los órdenes humanos. De momento, no tenía derecho para ser pesimista; conservaba la salud que hubiera podido perder en sus crisis espirituales, o en los lupanares como el que iba a visitar. Carecía de motivos para quejarse respecto al dolor físico. Como algo que le extrañaba profundamente, pero que no podía negar, estaba el hecho de que sus grandes trastornos morales no habían afectado jamás a su salud casi inalterable. Si se atrevía a abandonar la loca fe en el valor absoluto de la cultura y de la filosofía, y tomaba estas lecturas como lo que realmente eran, un consuelo para el pensamiento y una ocupación para disolver el exceso de tiempo que siempre amenaza al hombre, aun encontraría libros que leer con sosiego. Se veía a sí mismo en su casa, abierta de par en par a la brisa primaveral, llena de plantas y macetas con flores, alegrada con telas de dibujos modernos y colores que contrastaran vivamente. Él estaba sentado en un sillón recién tapizado y tenía un libro entre las manos; su mujer, que era la encargada de la limpieza, era joven y atractiva. Iba bien peinada y su larga bata de color dorado se entreabría permitiendo ver sus piernas de tonalidad blanca algo grisácea, recubiertas de un fino vello.

Con su mano derecha reconoció el bolsillo de la chaqueta donde guardaba el dinero, mientras con la izquierda apretaba el timbre. La casa estaba ya cerrada, pero

seguramente habría mujeres dentro todavía. Mientras pensaba en la reconstrucción de su torcida existencia, había caminado a toda prisa, dirigiéndose al lugar donde siempre solían terminar sus rondas por los contornos; ahora estaba allí, esperando que le permitieran entrar, mientras se obligaba a pensar febrilmente en otras cosas para no darse cuenta de su fracaso. «Nada variará nunca», le decía una voz interior. Ni aquel bar se llamaba Nebiros, ni él había tenido intuición alguna aquella noche, ni siquiera la mujer de la limpieza, triste y desgarrada, estaba dispuesta a contraer matrimonio con un tipo como él, al que solo le quedaba el prostíbulo, ante el cual precisamente estaba, mientras el corazón le latía con la misma violencia que la primera vez que subió a un lugar parecido. Oyó pasos en el interior y el ruido de unas voces. La puerta se abrió, permitiendo ver un recibidor semejante al de una casa particular. Siguió a la criada que le había franqueado la entrada y llegó al comedor que le era tan conocido. Hubiese podido ser el de su propia casa, pero era todavía más viejo y de aspecto más miserable. La lámpara imitaba un bronce del que estaba a increíble distancia. El tapete de terciopelo marrón estaba raído y en las cinco o seis sillas que se hallaban cerca de la mesa estaban sentadas varias mujeres, dos o tres de ellas en camisa y otras vestidas con trajes de noche tan ridículos como absurdos, pero que, sin embargo, resultaban eróticos. El que primeramente le llamó la atención era una especie de túnica griega, de color rosa, con cintas y frisos azules. La mujer que lo llevaba, de unos cuarenta y cinco años de edad, había anudado otra cinta azul a sus cabellos teñidos de rubio. Al verle entrar se puso en pie y se contoneó, mostrándole sus pesadas redondeces, cuya apariencia enfermiza y obscena inspiraba deseo y espanto. Él se apercibió de que, si seguía guardando silencio, se reirían de su aspecto que debía ser trágico. Procuró adoptar una grave compostura e incluso sonreír con afectada superioridad. Aun cuando conocía bien el lugar y él era perfectamente conocido de casi todas aquellas mujeres, tenía la impresión acostumbrada de hallarse allí por primera vez. Posiblemente, aunque la dueña de la casa y sus pupilas tuviesen el deseo de tratarle con más confianza, no lo hacían por esa intuición que permite adivinar al buen comerciante cómo debe recibir en todo momento a su cliente para que no le abandone por la tienda de al lado. Estarían tan habituadas a tener que aceptar excentricidades y rarezas que su seriedad era un mal menor solamente.

Como el domador que comprueba la perfección de movimientos de todos sus animales amaestrados, la dueña iba mirando una tras otra a sus mujeres, con la intención de guiar la mirada de él y descubrir qué tipo de encantos era el preferido de aquella noche. De poder ser, él se hubiese marchado en el acto, huyendo de aquella reunión tétrica, que hacía más deseable la luminosa presencia de las muchachas que paseaban por la calle. No lo hizo y no fue por timidez. Sabía que tenía que pasar por allí para que, luego, la soledad no le fuese tan penosa. Desde hacía mucho tiempo, practicaba la sexualidad no como placer positivo, sino como curación del abismo proceloso que se cebaba en él. Procuraba espaciar lo más posible sus visitas a esos lugares, pero le era absolutamente imposible prescindir totalmente de aquel desahogo

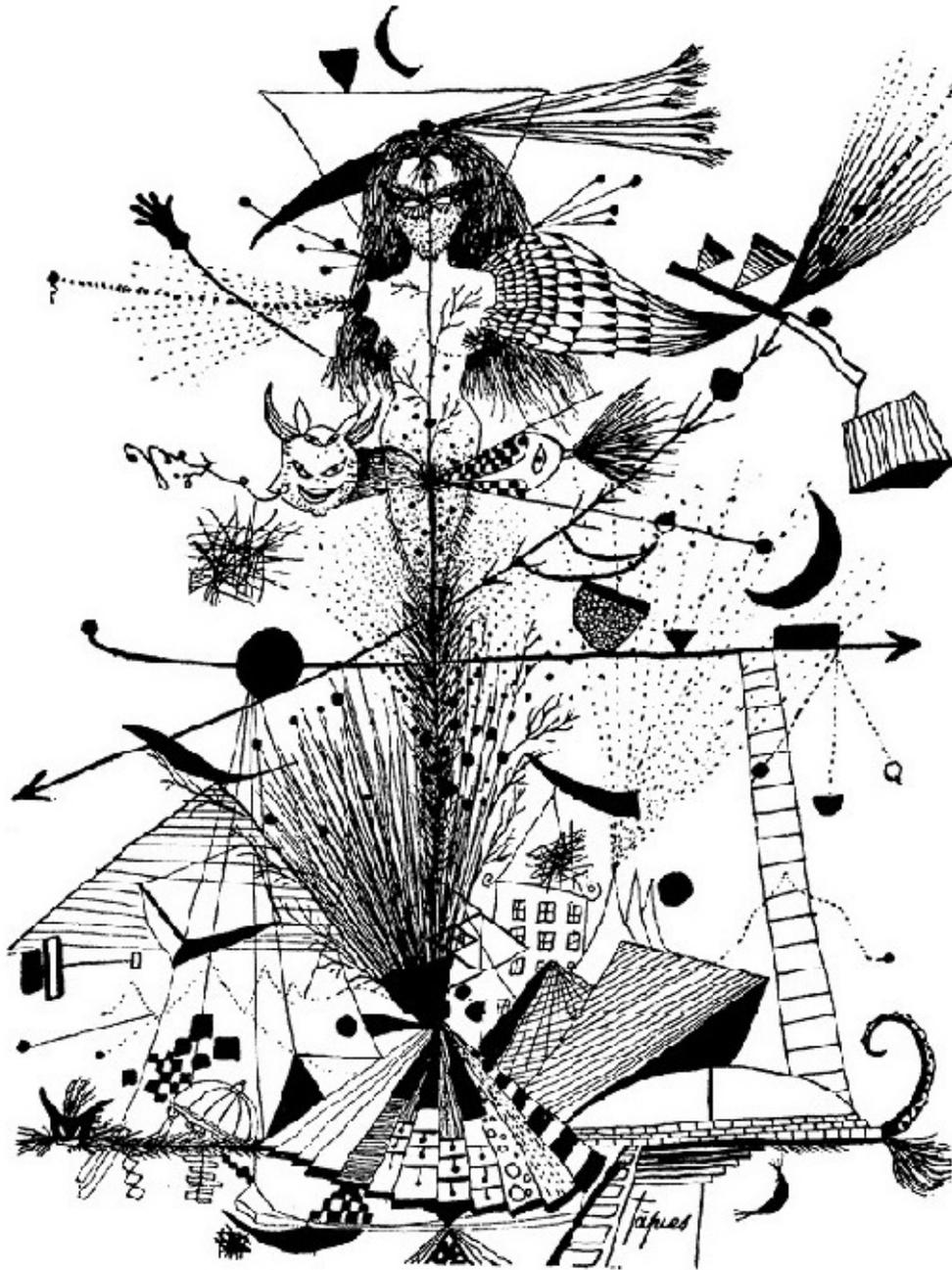
de sus nervios, tensos como la atmósfera antes de la tempestad. Dejó de contemplar un almanaque de cartón plateado en el que sus miradas se habían refugiado para no advertir la inspección de que era objeto y fue repasando sucesivamente a todas aquellas mujeres que estaban allí, a su lado, dispuestas a permitirle todo contra el pago de una cantidad insignificante. Se acordó de que muchos hombres preferían las más feas, aun cuando por el mismo precio pudieran tener mujeres más atractivas y decidió que aquella noche él haría lo mismo. Sería un sacrificio, un sacrificio más en honor a su enfermedad desconocida. Las dos primeras mujeres que miró le parecieron indiferentes; estaban jugando a cartas y sus brazos carnosos y deformes salían de unos trajes de noche, largos pero abiertos de arriba abajo. La siguiente era la de la túnica griega. La otra que estaba a su lado iba vestida de calle, como si se hubiera preparado para marcharse, y tenía cierta armonía en su figura y en el peinado. Luego venía otra mujer con aspecto hombruno y cicatrices en el cuello. Enfrente estaban las dos últimas, en camisa y sentadas de tal modo que solo podía verlas desde la altura de los senos; ambas las tenían flácidos y pequeños. La que estaba al lado de la dueña era de facciones bastante puras y tenía los cabellos de un color rubio que parecía verdadero. La otra iba peinada con dos pequeños moños, los cuales recogían una pelambre lacia, sin brillo, de tonalidad marrón oscuro. Su rostro era muy pálido e irregular y sus dientes, entrevistos fugazmente, aunque eran blancos se alineaban de modo abrupto y desagradable. Por su gusto, hubiese solicitado a la muchacha de al lado, pero se levantó y pidió a la última. Sin manifestar asombro, ni hacer aspaviento alguno, la aludida se puso en pie y, mientras él pagaba por adelantado, recogió un diminuto y sucio monedero. La pareja comenzó a caminar por un corredor y, al llegar a la segunda puerta a la derecha, ella dio la luz, entraron y la puerta se cerró con pestillo.

Más que lo que tenía que hacer, a él le preocupaba lo que debía dejar de hacer, cuando se encontraba en situación parecida. Como un criminal que piensa cuidadosamente en no dejar sus huellas ni pista alguna por las que su identidad pueda descubrirse, él repasaba las reglas de aquel juego, de modo que no pudiera coger ninguna enfermedad, sin tener que practicar molestas profilaxias ulteriores. Cuando decidió que casi se abstendría de todo, ella ya estaba desnuda y le preguntaba por qué no hacía lo mismo. Contestó que no era necesario y se sentó a su lado sobre la cama. Al mirarla se asombró de la constitución de aquel ser que acababa de elegir y se dio cuenta de que era nueva en la casa. La forma de su cuerpo era casi monstruosa, pues, de la cintura para arriba, era delgadísima, su piel carecía de vida y de color, siendo casi lívida como la tonalidad de su rostro, mientras, por el contrario, la parte inferior de su cuerpo adquiriría progresivamente al llegar a las caderas un grueso insospechado y, lo que era más extraño, su piel cambiaba allí de color tornándose morena y áspera. Asimismo, su pubis participaba de aquella vitalidad furiosa y mostraba un remolino de pelos largos y erizados. Instantáneamente, le vino a la memoria la imagen de la mujer del bar en el que había estado. Aquella era la «otra mitad» de este ser anónimo

y desigual como el grifo de los cuentos infantiles. Un sudor frío empezó a correr por su cuello al pensar que algo o alguien dirigían todo lo que le acontecía aquella noche. Ahora «le daban» el resto de lo que había sido ofrecido a su contemplación una hora antes. A toda velocidad, su pensamiento retrocedió en la noche hasta el momento que se halló frente al mercado de libros hojeando aquel tratado de *Magia sexual*. ¿No quería vivir lo que leía? En una de las páginas centrales de la obra estaba reproducida la figura de una mujer semejante a la que estaba a su lado, mirándole con expresión de pasmo. Su nombre era Lilith. Le era muy conocido; hacía tiempo que sabía la existencia de aquel ser, el cual podía aparecerse por medio de las personas más diversas, pero siempre como compensación a la pérdida de la primera mujer, Eva, que había sido asignada por Dios al primer hombre. Enseguida, relacionó la aparición de Lilith con la muerte por accidente de la muchacha del coche. Como solía acontecerle, un mismo suceso le conmovía de las maneras más opuestas; por esto, tras el primer momento de miedo, se habituó a la situación y con una fe de la que se hubiese creído incapaz creyó que la prostituta que permanecía a su lado era la personificación de la legendaria serpiente. Sonrió con cierta gracia y se acercó a la pared sin mirarse en el espejo que había frente a la cama, sobre el lavabo de rigor. Apagó la luz blanca y encendió una lucecita encarnada que brillaba sobre la cabecera del lecho. Sin prisas, se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa y la camiseta. No prosiguió desnudándose pues debía adoptar un aspecto todo lo parecido que fuese al de su compañera de placer. Ella le miraba ya más tranquila e incluso hizo ademán de levantarse para ir a lavarse, pero él la detuvo con el gesto. Luego se arrodilló frente a aquel ser extraño y empezó a acariciarle las piernas, con la misma ternura que si tocara a alguien muy amado. Sus ojos se transfiguraron y grandes paisajes azules y blancos tomaron el lugar de la habitación desvencijada y sucia. La cama se licuó como el hielo sobre las brasas y el lavabo se convirtió en una enorme bahía llena de luz y de barcos antiguos, con velas de colores y remos de plata. Las piernas de aquella mujer ascendían hasta el cielo convirtiéndose en el eje del universo, en el alma del mundo. Solamente el sexo permanecía allí como una alusión infernal, como un grabado mágico en el que cada rasgo fuera el ideograma de un alfabeto oculto. Su mirada iba de aquel receptáculo teñido de rojo a la infinita espacialidad que se había abierto en la habitación, mientras las manos de ella correspondían a su caricia con la más enervante de todas. Su ardor sagrado se había comunicado a la pobre mujer, cuya cabeza sufría sacudidas espasmódicas y en cuyos ojos apagados y tristes se reflejaban dos ciudades lejanas o dos puertos parecidos al que ardía a su lado derecho, mientras la bombilla roja, como una luna desconocida, de otro sistema planetario, parecía transitar por el aire, avanzando y retrocediendo rítmicamente hasta obscurecerse y confundirse con la noche total.

«Lilith», llamaba él, sin atreverse a pronunciar en voz alta la palabra. En su dilatada vida, cuya irreal extensión se originaba de la falta de historia, de trabazón organizada de acontecimientos y de planes, nunca había tenido una visión tan pura de

la realidad de la serpiente bíblica. Por eso no volvería nunca más a aquella casa, a la que se acercaría solo de día, mirándola de lejos, como los peregrinos más devotos o incrédulos hacen con los muros de la ciudad santa a la que han acudido desde los más remotos parajes. Presentía que la repetición de todo aquello acarrearía su inevitable destrucción. Pensaba en que su vida no era tan sórdida ni desgraciada como creía, puesto que podía gozar de cosas como aquella. Cambiaba de parecer y se decía que volvería a la noche siguiente, o al cabo de tres o cuatro noches. Lo que no se le ocurrió ni por un instante fue hablar de cosas normales con aquella mujer triste que se vestía o, mejor dicho, se ponía de nuevo su camisa negra, ni proyectar salir con ella, convidarla a beber o nada parecido. Las mujeres no eran personas, eran cosas. No se anudó la corbata, la guardó en el bolsillo del que había sacado el dinero. Cuando la prostituta pareció aludir a una propina, él abrió la puerta silenciosamente y sin decirle ni una palabra de respuesta salió al comedor, mirando ansiosamente en dirección a la salida. Como un grito de ave fue su despedida y, sin mirar atrás, dio un portazo saliendo a la calle en la que, de repente, notó frío. En aquel corto intervalo de tiempo, el panorama había cambiado totalmente. No quedaba ni un solo establecimiento abierto en toda la calle ni posiblemente en el barrio. Tan solo unas luces muy espaciadas alumbraban y en lo alto brillaban las estrellas con fulgor, entre los nubarrones que se repartían a trechos la bóveda del cielo. Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y empezó a andar calle abajo. Lo primero que hizo fue repasar mentalmente todos sus movimientos desde que entró en la habitación con la mujer aquella. No hizo nada que pudiera acarrearle un disgusto. No hubo ni un beso en los labios, a pesar de que ella parecía pedirlo con los gestos de su cara, ni la tocó donde pudieran esconderse los gérmenes de la enfermedad. Ella tampoco le había besado por el cuerpo, por lo cual podía considerarse a salvo. Dio un suspiro de alivio al pensar que todo había terminado y avanzó sintiéndose más ligero. Pasaba por delante del bar de las revelaciones. Se había bajado una cortina de hierro ondulado y no se podía ver el rótulo de la entrada. Era igual; estaba seguro de que no ponía Nebiros ni cosa semejante. Era imbécil creer que a una gente vulgar se le hubiese ocurrido un título semejante para un establecimiento cuyos clientes eran obreros y no intelectuales.



Dibujo de Antoni Tàpies para *Lilith* de Juan Eduardo Cirlot, 1949

No volvió a pensar en la idea de casarse, ni tampoco se puso a recordar lo que, de agradable, había tenido la experiencia que acababa de dejar. Estaba libre de una de sus principales obsesiones. En cambio, le asaltaba ahora el recuerdo de todas sus aficiones puramente espirituales. Pensaba en su colección de monedas, reunidas durante su primera juventud, las cuales habían sido vendidas a una décima parte de su valor, una tras otra, para procurarse placeres como el que terminaba de abandonar. Crecían desmesuradamente en su imaginación, como algunas veces en sueños, los perfiles de los cuños griegos, ibéricos y romanos. Los rostros de los dioses y de los emperadores, las imágenes de la victoria, de los símbolos de poder y felicidad, los epígrafes en latín y en griego, con sus declinaciones tan bellas, todo eso ocupaba ahora su mente, mientras caminaba rápidamente en dirección al paseo, para atravesarlo y dirigirse a su casa. Pero, de pronto, una idea cambió el tono ya que no el tema de sus pensamientos. Si había vendido las monedas no fue por necesitar dinero, sino porque había perdido la fe en ellas. Cuando las adquiría creía fanáticamente en su autenticidad, pero, poco a poco, la duda se insinuaba en su ánimo. Comprendía que era morboso su proceder, pero no podía evitar la noción, indecisa primero, y segura después, de que todas aquellas piezas de plata y de bronce, teñidas las segundas por la pátina de los siglos, con perfecta conservación unas y otras corroídas por los ácidos y los seculares contagios de la materia sorda y amorfa, eran falsas; esto es, acabadas de fabricar por alguien que se dedicaba a la maldita tarea de embaucar a los ingenuos como él. No una ni varias de sus monedas pertenecían a esa radical potencia negativa; todas sin excepción eran producto de hábiles mixtificadores. No eran invenciones; se sabía que especialmente en Italia se habían hecho ingentes cantidades de denarios y de dracmas con el fin de proveer las colecciones del mundo entero de monedas que no estaban al alcance de nadie, en su original verdad. Y como con las monedas sucedía con todo. El mundo entero, en sus parciales teorías y realizaciones, religiosas, sociales, políticas y económicas, era el producto combinado de la falsificación colectiva. Incluso los sistemas metafísicos eran falsos. Esto antes que ninguna otra cosa. Recordaba haber leído varias historias de la filosofía. En cada capítulo se decía algo diferente, y siempre en un orden idéntico y trascendental. ¿Por qué el historiador no dictaminaba cuál era la verdad y cuál la mentira? ¿Por qué los filósofos no probaban la autenticidad absoluta de sus doctrinas? Él mismo acababa de portarse aquella noche como un falsificador notable, al inventar toda una serie de fábulas con respecto a su destino; al creer que era excepcional que se acercara a mirar la barraca de libros viejos, cuando *lo hacía cada día*, al haber creído oír la voz de su padre, cuando el pobre estaba enterrado hacía años, etcétera, ¿para qué proseguir? ¿Qué perseguía con aquel intento de engañarse a sí mismo? ¿Se estaría volviendo loco? Entraba dentro de lo factible que su ánimo, conturbado por los reveses económicos, por la soledad substancial de su vida, por el sentimiento de persecución que provenía de su infancia y de su miedo al mundo y a los hombres, se estuviese ya resquebrajando definitivamente. Sintió un nudo en la garganta y deseos de gritar

desesperadamente, pero se dio perfecta cuenta de que tales gritos serían una solemne hipocresía y una simulación inútil. No podía ponerse en manos de nadie, dejándole la dirección de su vida. Se sentía con fuerzas capaces para llevar la interpretación de su sino hasta las últimas consecuencias, resistiendo el sufrimiento continuo a que se veía sometido, hasta la muerte. Aminoró la rapidez de su marcha y aspiró a pleno pulmón el aire de la noche; soplaban un viento intermitente húmedo y fresco, pero le era agradable en aquellos momentos aun cuando, por lo general, rehuía las menores corrientes temeroso de enfermar. Las grandes masas de los edificios recortaban su negra silueta contra el cielo, cada vez más cuajado de nubarrones grises. Algunos transeúntes pasaban por las calles de regreso hacia sus casas. A medida que transcurría el tiempo, se sentía menos cansado y más deseoso de que aquella noche no terminara jamás. Otras veces, al sobrepasar la cima de sus deseos amorosos, en la triste y reducida escala a que podía moverse, solamente una necesidad le poseía; la de volver pronto a casa. El camino de regreso le parecía interminablemente largo y se sentía atemorizado y sucio, lleno de horror hacia lo que acababa de hacer, con peligro para su salud, invadido de ansias de sentirse en el hogar familiar, aun cuando ese hogar fueran unas habitaciones vacías. Contrariamente, aquella noche le parecía de una belleza extraordinaria, aun dentro de las alternativas de esperanza y de angustia que le habían sacudido. Levantó la cabeza hacia lo alto y buscó denodadamente un hueco entre las nubes por el que se pudieran ver las estrellas. Sonreía sin darse cuenta y andaba balanceando mucho los brazos, como si fuese un niño. Insensiblemente iba transformándose en una persona más sencilla, más joven y más pura. De todas maneras, no dejaba de tener la seguridad de que la mañana siguiente sería horrorosa, bajo el cansancio acumulado y teniendo que inventar un pretexto para no ir a la oficina. Al llegar a este punto, sus pensamientos se detuvieron y desarrollaron el tema. ¿No era ya hora de terminar con sus ridículas aprensiones? Tenía que gastar algo en renovar los muebles del despacho; hacer arrancar el viejo papel, que no se había tocado de las paredes en más de treinta años, pintarlo todo y abrir las ventanas. Luego aumentaría el sueldo a sus empleados y pondría todo su empeño en olvidar que eran los dependientes de su padre. Perdonaría al mozo la lentitud increíble con que pasaba el paño del polvo sobre los muebles, la tardanza en los recados, las contestaciones irrespetuosas, la mirada de desafío que a veces advertía en sus ojos. Disculparía al otro sus pequeños robos de sellos de correo, de lápices, plumillas y otras cosas. Volvería a permitirle que llevara la caja e hiciera la relación de gastos menores, aun cuando esto le permitiese distraer algunas mínimas cantidades. Él se dedicaría a hacer visitas a los clientes, a buscar otros nuevos; haría un fichero y catalogaría a todos los posibles comerciantes con los que pudiera relacionarse. Ganaría más dinero y volvería a comprar libros que le gustaran; cada año haría un viaje y se tomaría unas vacaciones, lo que no hacía desde la muerte de su padre. Defendería hasta el último grado todo lo que constituía su patrimonio espiritual, económico y material. Estaba seguro de que, si era capaz de cumplir esta parte de su

programa, otras cosas le serían dadas por añadidura. Ya no era joven, pero esta era una razón importante para que procurase compensar la falta de atractivo de su rostro con la elegancia de su vestido y calzado. Tenía que cuidarse más de ello. Entonces, no necesitaría pensar en casarse con la mujer de la limpieza como recurso desesperado. Algunas muchachas de la vecindad le querrían como marido y el resto de su existencia transcurriría a salvo, perfectamente libre y con una organización ejemplar, que habría nacido de su íntima experiencia del caos.

Para empezar, debía volver a ejercitar su mente en el trabajo especulativo. No era cierto que una distancia infinita separase la filosofía del comercio. Por medio de las matemáticas y de la estadística, esas dos ramas tan distintas de la actividad humana se reunían en la lógica. Además, lo importante era ser y conservarse inteligente y para ello había que hacer gimnasia mental, sin miedo a la fatiga ni al desánimo. Debía plantearse problemas y no parar hasta resolverlos. En esto sí que debía poner la mayor atención, en no abandonar jamás algo emprendido voluntariamente. Dejar de hacerlo así era preparar el camino del fracaso, volver al fango revuelto en el pensamiento. Iba a empezar a ejercitarse en aquel mismo instante; trataría de llegar a conclusiones claras sobre algún tema; por ejemplo, el de la esencia de la persona. Si en esta consistía la única realidad, la totalidad practicable para el ser humano, ¿qué hacía el mundo frente a él? Evidentemente, las demás personas podían existir como cosas cuando menos y su presencia no era accidental sino necesaria, pues, ¿sería concebible un universo constituido por una sola persona y aun desprovista de cuanto no fuese puro yo, soledad absoluta? Por otra parte, si sus pensamientos y su modo de vivir sintiéndose a sí mismo como realidad fundamental habían de tener un valor objetivo, era indudable que la interna experimentación de cada uno estaba basada en verdad igual a la suya. ¿Qué era entonces lo personal? ¿Era un fragmento del todo? ¿Formaban las personas una especie de mosaico inmenso en el que cada ser tuviese asignado un puesto esencialmente dependiente de los demás? Semejante idea parecía cierta desde determinado punto de vista, el histórico principalmente, pero en lo real, en la total inmersión de la conciencia en el alma se advertía que esta poseía un carácter claramente autónomo. Por consiguiente, lo que sucedía era que las personas eran multiplicaciones reducidísimas del ser, espejos a través de los cuales aquel brotaba y se pensaba a sí mismo. Una grandiosa unidad lo abarcaba todo y el sistema perfecto de las reproducciones del espíritu universal no tenía la menor probabilidad de ser impugnado. Pero, entonces, ¿a qué la discontinuidad y la repetición de algo originalmente único? No podía haber otra respuesta que la tradicional de la caída en la libertad, para que cada persona pudiera realizar en sí el destino del conjunto, viviendo en su soledad como si esta fuera su substancia. Cosa extraña, lo era en cuanto a la finalidad, pero no en cuanto al origen. Esto creaba una contradicción penosa e insuperable, que no se sentía capaz de explicar. Al llegar a esta conclusión desalentadora, se acordó de su casa, de sus libros abandonados, de la amargura con que tantas otras veces había renunciado a pensar, sintiéndose vencido por su propia

impotencia, a la vez que por una radical desconfianza en las posibilidades del conocimiento. Vio con relieve cruel su propio rostro contraído y pálido; su habitación abandonada en la que jamás flotaba un ambiente de felicidad. Reaccionó instantáneamente y pensó que no debía sucumbir de nuevo, mientras repasaba a una celeridad agónica cuanto había traído y llevado en su mente durante toda aquella noche. Finalmente, vio el libro que había dejado sobre la colcha de su cama, aquel libro que hablaba de los orígenes de la vida y que decretaba la unidad real de la misma, en contra de la escisión aparente de las criaturas. «¿Por qué habré aceptado tan pronto y sin crítica esa teoría?», se decía, presintiendo algo doloroso al acecho. «Si la vida lo es todo y yo no soy nada ¿por qué soy yo quien sufre? Y eso que no puedo quejarme», prosiguió, hablando en voz alta. «Hay gente que sufre mucho más todavía». Por su imaginación pasaron la parturienta del piso de abajo, el borracho del bar, el niño quemado por su hermano, el caballo martirizado por su dueño, luego recordó las estampas de torturas que le obsesionaban y tuvo la fría lucidez de considerarlas lentamente. Fue pensando en las mazmorras húmedas, en las cadenas gigantescas, en el hambre y la sed, en los garfios de acero desgarrando la carne, rompiendo venas y músculos, en las llamas aplicadas por todos los procedimientos, en hogueras grandes o pequeñas, con hierros candentes, con materias en ignición o plomo derretido. Tuvo la visión de la inmensidad de personas a las que se había hecho pasar por tan horribles pruebas, causándoles heridas graves, destrucción de órganos vitales, y finalmente la muerte. Seguidamente, se le acudieron los martirios morales que debían preceder, acompañar y seguir a los físicos; el dolor monstruoso del padre que supiera que uno de sus hijos, tal vez el único, había sido tratado de ese modo; el de la esposa que viera atormentar a su marido. Y todo aquello no distaba en absoluto de ser imaginaciones suyas o creación literaria. Era tan real como los oscuros bloques de edificios que se recortaban contra el cielo nublado, como las piedras que pisaba apresuradamente. Esa suma de sufrimientos se agregaba a los que pesaban sobre el mundo, sin ser impuestos voluntariamente. Tantas muertes imprevistas, con entierros negros o blancos transitando por la calle más concurrida camino del cementerio. Tantas enfermedades que acometían bruscamente a las personas queridas, dejándolas estigmatizadas para siempre, o que se insertaban en la vida del organismo, desarrollando allí en él su propia existencia de monstruo abisal, hecho de garras y pinzas agudas. Pero él estaba libre, libre de todo ello. Nunca se mezclaría en política, ni diría una palabra que pudiera comprometerle, ni opinaría ante la gente sobre moral, religión, filosofía u otra cosa alguna. Procuraría no pelearse con nadie, no ser odiado ni querido. Sobre todo, pondría su mayor empeño en no querer; jamás se casaría, ni tendría hijos, ni visitaría a sus parientes, ni se interesaría por nada ni nadie. Podía ser víctima de sus propios pensamientos, porque eso no le era posible evitarlo, pero en ese círculo insalvable estarían los límites de su dolor. Pensando así se fue excitando progresivamente y una gran alegría le hizo sentir deseos de gritar, por causa opuesta a lo que, momentos antes, había promovido en él

idéntico anhelo. Comenzaba a caer una lluvia fina e irregular; ni la percibió siquiera. Había llegado al paseo y descendía por él en dirección al puerto, siguiendo tal camino por costumbre, sin saber adónde se dirigía.

Súbitamente se detuvo, permaneciendo inmóvil. Una idea enloquecedora había aparecido en medio de sus pensamientos optimistas, brillando como un relámpago. Si la vida era una gran unidad, él no podía considerarse a salvo, aunque se abstuviera de todo, aunque ningún dolor le acometiera personalmente, aun cuando, incluso, tuviera motivos para considerarse feliz. La discontinuidad que separaba a las personas entre sí era lo único que impedía a los unos darse cuenta del dolor de los otros, sufriendolo en su propia carne. Pero si esta separación no era real, sino aparente, en todo instante y en todo lugar del espacio sería alcanzado por la inmensa oleada de dolor. Sintió que sus rodillas se doblaban y que un mareo intenso le hacía tambalearse. Se acercó a un banco de piedra y se sentó allí volviendo al punto de partida de sus conclusiones e intentando vislumbrar cómo se le había ocurrido tal afirmación cuyas consecuencias serían incalculables para la humanidad entera. No se trataba ya de ser hermanos, sino de ser el mismo hombre, todos los hombres. No se trataba de que la muerte pudiera acabar con todo ni, menos, que pudiera haber la transmigración de un alma personal a otro cuerpo personal. Al sobrevenir la muerte, el ser dejaba de sentir a través de la persona que moría, pero proseguía sintiendo y viviendo en todas las demás; esto equivalía a negar la realidad de la muerte. Desde este punto de vista nadie podría gozar de sus riquezas si había otros que no las tuvieran, ni de su salud no compartida por todos. Él mismo, un huído de la vida, por temor a sufrir por muchas razones, no evitaría que el dolor se propagase por encima de él, alcanzándole cuando la muerte terminara con su persona. Comprendía ahora aquellas doctrinas que hacían pagar el mal cometido, la felicidad gozada incluso, en otra vida, bien en un más allá imaginario, o en el curso de nuevas existencias humanas; tales teorías nacían del sentimiento indeterminado del equilibrio general de todo y de la secreta unidad que enlazaba las cosas y las almas. Advertía que solo para tal revelación había estado aquella noche sin dormir, inquieto de acá para allá, intentando negarse a sí mismo la posibilidad de descubrir algo profundo y grave, y acumulando datos que le permitieran seguir en el error de considerar a la persona, a su persona, como el centro del universo.

Llovía dulcemente, cada vez con mayor intensidad y el agua empapaba la noche transformándola en un inmenso acuario. Parecía como si el mundo anterior hubiese terminado y comenzara otra era, fundamentada en principios diametralmente opuestos a los que habían imperado desde siempre. El egoísmo y la ley de la fuerza debían ser desterrados del mundo sin perder tiempo; lo contrario era una automutilación. No era posible que los hombres siguieran martirizándose unos a otros y, sin embargo, una dificultad insuperable se alzaba ante la nueva tarea, la de probar que el vacío que separa los destinos personales carece de importancia ante la evidencia del sino común. Llovía demasiado para permanecer allí, dejando que el

agua resbalara por su rostro y por el cuello entreabierto de su camisa. No se veía a nadie en todo el paseo; debía ser bastante tarde. Lo mejor era irse enseguida a casa. Se puso en pie y empezó a atravesar la calle lateral por la que llegaría pronto a su domicilio. Algo en su interior le gritaba que no retrocediera, que era cobardía ceder a una idea y a una lluvia pasajera. Giró sobre sí mismo y volvió a bajar por el paseo en dirección al puerto. Paulatinamente la lluvia fue aclarándose y esparciendo su gotear hasta que cesó, mientras se levantaba un aire húmedo y frío. Algunas luces señalaban la proximidad del muelle. Al verlas recordó la expresión del rostro de los que se marchaban para un viaje de placer; antes le habían parecido muñecos mecánicos. ¿No eran, mejor, moribundos despidiéndose de los familiares congregados a la cabecera de su lecho? En todo caso eran personas, malditas personas. ¡Ah! Si pudiera disgregarlo todo y refundirlo de otra manera. Parecía que la ruptura, la discontinuidad del mundo pedía un herrero que hiciera como Sigfrido con la espada partida de su padre; limarla hasta deshacerla, fundirla de nuevo y extraerla del fuego en una sola pieza. Esa eternidad unida sería inmortal, feliz en un éxtasis inefable. El amor no era más que un descanso brevísimo en la separación y era preciso superar ese estadio de la creación para hacer constante y general el amor. Lo difícil era conseguir que los hombres, educados desastrosamente por su vida rigurosamente personal y por la falsa creencia de que la suerte de los demás no debía importarles, se hubiesen compenetrado con esa noción hasta tal punto que sería casi imposible convencerles de lo contrario. Era como cuando Copérnico probó que la tierra se movía en torno al sol. Sin embargo, la humanidad llegó a admitir tal idea y a fundamentar en ella muchos de sus principios científicos y aun metafísicos. No era él el llamado, pero alguien vendría, acaso el Mesías que esperaban aún los judíos, el cual, sin necesidad de ser dios, conseguiría atraer a los hombres a la íntima y verdadera unión entre sí, aun cuando fuera convenciéndoles de la utilidad que a ellos les reportaba tal concepción del mundo, en vistas a no multiplicar la acción del dolor, ya tan poderosa y eficaz, por la absurda pretensión egoísta de que solo puede herirnos lo que afecta a nuestra persona actual.

Estas ideas significaban el derrumbamiento definitivo de sus principios y de sus hábitos celosamente mantenidos. Era inútil que conservara en su poder un piso en el que cabían dos familias cómodamente instaladas, que olvidara sus deberes en la oficina frente al negocio, que prescindiera de unirse a lo que podía causarle molestias y sufrimientos. Aun cuando él no fuese instrumento directo para traer seres al mundo, otros lo harían y esos otros no eran una sombra como había creído, sino que eran la continuación de su ser, al extremo de que los hijos de ellos eran sus propios hijos. Naturalmente, no podría acercarse a los hombres y explicarles por qué había cambiado de actitud frente a ellos; ni tan solo podría aludir a la base de su doctrina porque se reirían de él. Sin embargo, calladamente, iría transformando sus costumbres y aumentando su cordialidad hacia todos. Sonreiría como el que se siente poseedor de un gran secreto y dejaría que la verdad fuera impregnándole y

manifestándose en sus actos. Una vez había leído algo que le pareció hondamente verdadero. Y es que los pensamientos no permanecen ocultos, sino que se hacen visibles por cristalizar en gestos, en actos, en expresiones. Esta era la causa de que sus muchos impulsos de odio le hubieran creado esa atmósfera que repelía y le separaba de todos, aun de los que le veían por vez primera. Pero, en adelante, cambiaría y, convencido de que la misión inmediata del hombre era deshacer el monstruoso equívoco que duraba miles de años, se manifestaría afable con todos los que se le acercaran, evitando cuidadosamente causarles el menor daño, aun moral.

Quedaba por resolver el gran misterio del porqué de esa multiplicación indefinida, de ese espejismo inmenso que repetía en las personas el drama esencial del ser. Se daba cuenta de que, cuando a veces se había detenido frente a las casas de la ciudad, con sus numerosas ventanas que le producían inquietud y miedo, la causa de su reacción no era otra que la que ahora le estaba preocupando. Todo lo que multiplicaba algo original era misterioso, aparentemente inútil y nocivo. En la extensión yacía la esencia de la separación, esto es, de las rupturas que lo disgregaban todo y corrompían la unidad purísima del principio eterno. Tales ideas no procedían de un misticismo aprendido en los libros o intelectualmente sostenido más allá de la vida; eran fruto de su dolorosa experiencia cotidiana, de su timidez ante los demás, de su orgullo, del odio y del amor que sentía hacia ellos, hombres y mujeres, de la tentación de poseer y dominar, de huir y de acercarse que regía su conducta y le marcaba con aquel signo extraño que era inútil intentar borrar, porque había sido impreso con fuego en todas las líneas de su rostro. Acaso habría sido conveniente que cediera a la tentación de hablar a la multitud; querría reunir a una gran muchedumbre allí, en el puerto, y hablarles desde una barca. Se pondría en pie y todos le mirarían. Sobre su frente brillaría una luz intensa que irradiaría sobre la gente congregada. Empezaría a hablar y todos le escucharían con atención reverente; sus palabras explicarían a la multitud todo cuanto había aprendido en aquella larga noche y en el tormento de toda su vida. Les pediría que obraran bien, que nunca cedieran al infierno que llevaban dentro, que rechazaran el resentimiento ancestral, clavado en el fondo de todos como un patrimonio maligno del que siempre se podía echar mano al menor estímulo y que se considerasen como partes de un mismo todo. Les exhortaría a que no creyeran en los límites falsos de sus personas, destinados a caer consumidos en la hora de la muerte y les diría que la gran tranquilidad solo podría hacerse en sus espíritus cuando supieran que el bienestar reinaba en todas las casas y en todos los corazones. De este modo, no habría por qué temer a la muerte; la vida sería feliz en su totalidad y las extinciones de cada uno de sus reflejos no podrían perturbar la armonía del conjunto.

En todas las miradas de quienes le escucharan brillaría la promesa de aquella calma sublime que les prometía. Los hombres se ayudarían en sus empresas y nadie ocultaría a los otros sus propósitos y pensamientos más íntimos. En el momento de pensar todo esto se daba cuenta de que era por tal finalidad, inconscientemente

madurada a lo largo de su vida, que había reunido y leído los libros de autores de utopías, desde *La República*, de Platón, al *Erewhon*, de Butler. En aquellos hombres latía el presentimiento, pero no habían logrado la clara revelación de la causa. Él sabía perfectamente que no era por bondad, ni por altruismo, ni por fidelidad a los principios éticos, que había que ser bueno, no causar daño a nadie, antes favorecer a cuantos se pudiera, sino por esa dilatación del egoísmo que, inevitablemente, se produciría en cuanto se extendieran los dominios del yo, anulando las fronteras entre las personas, convirtiéndolas en algo esencialmente único. El día en que los ricos temieran morir y pensarán en que, a partir del instante de su defunción, pasarían a *la fosa común de la vida*, a participar de la vida triste de sus empleados y obreros, de los parias y de los mendigos, se acabaría su voluntad de poder y su vocación para acumular propiedades personales. Y el día en que los resentidos creyeran hasta el terror de la superstición en que el dolor que causaban en sus momentos de arrebatos se lo hacían a sí mismos y a sus hijos, en la persona a la que hirieran, cesaría toda la lucha en el mundo y comenzaría la tercera época, después de la prehistórica y de la historia.

Una animación creciente le poseía al alimentar estas ideas morbosas y equivocadas. Renunciaba a llevar más adelante sus análisis y se contentaba con el orgullo superficial que le producían sus pobres descubrimientos, basados en la fugaz lectura de una obra de física y biología escrita por un autor judío probablemente. Se paseaba por la orilla del puerto, al lado de los barcos remansados, cuyas bajas cubiertas estaban tapadas con grandes lonas y de cuyos mástiles colgaban las velas recogidas y anudadas por multitud de cordajes. A trechos se veía algún vapor de carga, con nombres extranjeros escritos en la popa. La superficie del agua estaba débilmente rizada y algunas gotas sueltas caían, mientras por los agujeros abiertos en las nubes se veían las estrellas, cada vez más luminosas. La idea de viajar, de marcharse de su ciudad natal, le parecía ahora, además de inútil, criminal. Su tarea estaba allí, entre las personas a las que tantas veces había herido con su desprecio, inconsciente o voluntariamente, junto a los que podía ayudar con su trabajo, su afecto o sus consejos. Por algo le había escogido el destino para ser portador de una gran verdad. No eran frecuentes revelaciones de tal género. Incluso a su padre se sentía capaz de perdonar. Si le encontrase ahora, vagando como él por las riberas del muelle, no huiría ni sentiría un movimiento de animadversión. Estrecharía la mano del difunto y le pediría perdón por tantas amenazas proferidas en voz baja, por tantas protestas contenidas, por aquella tremenda constancia con que se había aplicado al logro de una vida diametralmente contraria a la que su padre hubiese deseado para él, por simple ejercicio de enemistad. Andando, llegó hasta el lugar en el que las mercancías se hacinaban con sus penetrantes olores metálicos. El suelo y las telas de saco que cubrían los montones de barriles y de fardos estaban mojados, pero a pesar de ello sintió deseos de sentarse en el suelo, frente a las aguas, con la espalda apoyada contra aquellas materias puras, que no sufrían ni pensaban, incapaces de

hacer y propagar el mal. Recordó que este anhelo no era nuevo, había deseado lo mismo unas horas antes, cuando pasó por allí a primeras horas de la noche y, probablemente, esa idea se le ocurría cada vez que se acercaba a los hacinamientos de mercaderías o de cualquier otra cosa. Se aproximó a uno de aquellos montones hasta casi tocarlo. Un envoltorio se había roto y el contenido se desparramaba formando un pequeño torrente de una materia blanquecina, parecida a la cal. El agua de la lluvia se había mezclado con ella formando una masa con extensas ramificaciones que semejaban plantas calcinadas o huesos de longitud desmesurada. Pensó: «Debe notarse que por mí ha pasado un gran acontecimiento moral; voy a ceder al deseo, a sentarme en el suelo como lo hacen los obreros y los mendigos a los que despreciaba». Acto seguido se sentó sobre un pliegue de los sacos y apoyó su cabeza contra un saliente. El puerto se abría frente a su mirada como una zona negra, sembrada a lo lejos de pequeñas luces blancas, amarillas, rojas y verdes. No se veía casi el agua, pues no era bastante el reflejo de la escasa luz para iluminar su superficie. Empezó a sentir sueño y a desear dormir, sin meditar en lo extraordinario que para él resultaba el hecho de realizarlo al aire libre, como si fuera uno de esos desgraciados que no tienen donde caerse muertos. Pensó en su piso, que se agrandó inmensamente en su imaginación y se vio a sí mismo abriendo la puerta del cuarto de su padre. Le sorprendió no encontrar la cama ni ninguno de los muebles habituales. En realidad, aquello no era una estancia, sino una especie de camino sumido en la obscuridad. En la lejanía brillaban luces confusas que parecían ser de antorchas. Pasó bastante tiempo y se oyeron sonidos entrecortados de trompetas. Parecía música de jazz, pero los instrumentos eran desconocidos, pues su voz era mucho más ronca y profunda. Los podía ver ya y le extrañaba que sonaran, siendo de piedra. Después, entró en escena una multitud de la que no se distinguía más que el tumulto y, finalmente, apareció un caballo negro sobre el cual unas manos sostenían una armadura y un cetro de emperador o general romano. Tuvo la seguridad de que aquella armadura era de él y oyó una risa en la que le pareció reconocer la de su padre. A esta risa respondieron otras que se mezclaron con los sonidos de las trompetas, mientras la luz de las antorchas se extinguía progresivamente y todo quedaba sumido en la obscuridad. La música continuaba oyéndose, pero era la producida por el mendigo del bar que tocaba el violín y la armónica. Un cadáver deshecho por la putrefacción estaba echado en la cama de su padre. Cerró la puerta de aquella habitación bruscamente y se encontró en el *Nebiros*, frente a la mujer de los senos desnudos. Ella le miraba con curiosidad, como si fuera un animal extraño que hubiera caído del cielo y él intentaba abrazarla, inútilmente, porque una gran distancia se abría entre los dos. Salió del bar y empezó a correr en dirección al puerto. Las calles estaban llenas de una muchedumbre gris, transparente, la cual no le impedía el paso y, mientras todos aquellos hombres y mujeres gesticulaban como si estuvieran en una fiesta, muchos coches fúnebres transitaban por ambos lados del paseo, llevando su carga lúgubre sin coronas de flores. Corría apresuradamente para

llegar al puerto, pero tenía miedo de acercarse al agua por no saber si podría resistir el deseo de arrojarla a ella. Por fin se aproximó al muelle y empezó a deambular entre las embarcaciones y los almacenes portuarios. Al llegar a la zona donde las mercancías se amontaban al aire libre, bajo extensas lonas negras, mojadas por la lluvia, se detuvo. Era como cuando regresaba a casa al anochecer, temiendo el encuentro inevitable. Si se viera a sí mismo, ¿qué pensaría? ¿Odiaría a aquel miserable? ¿O se sentiría invadido de pena ante la visión de un pobre hombre desgraciado, que vivía solo por no saber amar, que no trabajaba de verdad, ni se relacionaba por no poder tener fe en nadie, ni en sí mismo? Lo mejor sería que, vigilando no ser visto, tomara en sus brazos el cuerpo inerte de aquella imagen que le reflejaba y lo arrojase al mar. Acaso la muerte de la sombra le alcanzase a él, pero ¿qué importaba? ¿Qué sería su vida en adelante? Días y días de ir a la oficina, mañana y tarde, de sentir las mismas reacciones frente a los empleados, de sufrir por las calles a la vista de los cuerpos hermosos e inaccesibles, de llorar sin lágrimas en los atardeceres, de ir a los prostíbulos en busca de unos restos amargos y silenciosos. Efectivamente, él estaba allí tendido y sin advertir su presencia. El más alto servicio que podía prestar al dormido era hundir su cuerpo en las aguas negras e inmóviles, allá donde brillaban las luces de las antorchas, las luces blancas, amarillas, verdes y rojas de los barcos.

Se restregó los ojos con los puños y se asombró de encontrarse sentado en el suelo, mojado y maltrecho. ¿Qué hacía allí? Se levantó y miró en torno suyo, avergonzado de que alguien le hubiese podido ver abandonado de tal forma. «El cansancio», se dijo. Es hora de volver a casa. Al pensar en esto y sentir, inmediatamente, la reacción contraria, tembló violentamente. Eran muchas las veces que, en aquella misma noche, se había formulado la decisión de regresar a su domicilio sin poder hacerlo. ¿Habría perdido el dominio y la dirección de sus actos? ¿Sería posible que algo desconocido estuviera manejándole como si fuera un muñeco? Se acordó con pena de lo que momentos antes había llamado revelación. ¡Qué tontería! Las ideas no son nada, no existen. Solo existe el mundo de los objetos. ¿Había dormido? ¿Cuánto tiempo estuvo allá? No pudo ser mucho porque aun era plena noche y la hora del amanecer se sentía lejana todavía. Sacudió fuertemente la cabeza para rechazar todo género de ideas y empezó a andar hacia la plaza donde el puerto y la ciudad se entremezclaban. Quería imponer un silencio absoluto a su pensamiento, para poder abandonar el campo inquieto en el que se movía de un lado para otro, tan inútilmente como la fiera acorralada por los cazadores, pero no le era factible. Se hallaba bajo la obsesión de dilucidar la certeza y el valor real de aquella teoría biológica sobre la unidad substancial del mundo. «Aunque», se decía, «fuera cierta, no lo es menos la autenticidad de la separación, de la creación de las personas como entes particulares, cuya existencia consta de autonomía y destino peculiar. Bien está que la idea de unidad se aplique para evitar la propagación del mal, pero ¿cómo va a utilizarse para los motivos de felicidad? Si las personas no fueran nada de por sí,

se amaría al ser y su naturaleza actuando a través de cualquier individuo». No obstante, su vida era testimonio eficiente de que la persona, creación frágil cuya esencia trascendente ponía en duda, era lo único digno de ser amado, tal vez, precisamente, a causa de esa limitación, de su caducidad y de sus cualidades puramente accidentales, hijas de una de las múltiples combinaciones que daban lugar al milagro contradictorio de los seres humanos, suficientes e insuficientes cada uno de por sí. Ahí estaba la imagen de la muchacha del coche para probarle que no podría nunca amar a lo informe, a la insondable vecindad del ser, sino que su alma y su existencia entera pendían de unos cuantos recuerdos, pobres y pequeños como las flores, las cintas y las fotografías que algunos ponen junto a las lápidas blancas de los cementerios. Él consistía en sus recuerdos, no solo ellos probaban la realidad de la otra, sino la suya propia; tan fundido se hallaba a aquella zona interior de su substancia, abierta como un pozo en el que se acumulaban los restos intencionales, las joyas que la vida le había deparado sin quererlo, equivocándose sin duda, puesto que a él le tenía destinado a una desgracia sin intermitencias.

Advirtió que su pulso latía apresuradamente, que la imaginación le hervía como una caldera de aceite al fuego y que volvía a sentir el terror de comprobar que el desorden y la impotencia se adueñaban de su mente, inutilizándola para todo lo que no fuera sucumbir a esa miseria. ¿Para qué tenía el pensamiento si no le fue dado para poder enfrentarse con los grandes misterios del ser y del destino? ¿Para qué andaba aún por el mundo cuando podía haber muerto años atrás por enfermedad, accidente u otra causa cualquiera? Pero era inútil que sintiera compasión hacia sí; ese sentimiento tendría valor si pudiera hacerlo crecer y comunicarse a los demás, si con ello lograra que le trataran con mayores consideraciones y afecto, pero perdiéndose en su propia intimidad era un callejón sin salida, como la loca actitud del mendigo que se pidiera limosna a sí mismo. Pensar y pensar hasta que su cerebro se destruyera; esta era su misión. Ni siquiera podía creer seriamente que sus ideas tuvieran algún interés para los demás; de tener confianza en la objetividad de sus descubrimientos, no le importaría sufrir lo que fuera preciso, pero aquella rueda girando sin finalidad era algo superior a sus fuerzas.

Por fin, se dirigía hacia su casa y cruzaba las calles en las que sus pasos resonaban con fuerza, pero sin un ritmo preciso. Cada paso que daba le parecía una traición al destino en el que había creído, a ráfagas, durante unas horas de su existencia, y en varias ocasiones se sintió tentado de retroceder para vagar todavía, sin rumbo, hasta que la inspiración le deparase otro instante de lucidez que continuara los precedentes y acabara de explicarle el qué del desorden en que estaba sumido. Si hubiese tenido aún mayor crueldad para consigo mismo de la que tenía, hubiera repasado las infinitas veces en que creyó, por una señal exterior o interior cualquiera, en que lo extraordinario estaba a su alcance. También se hubiera dado cuenta de que el deambular sin dirección premeditada por las calles no era raro sino habitual en él, puesto que la mayor parte de sus atardeceres se consumían en aquellas marchas

inútiles y fatigosas, en las que recorría la ciudad de extremo a extremo, a pie o utilizando todos los medios de locomoción a su alcance, siguiendo la ilación de sus ideas o a alguna mujer. Así llegaba a barrios en los que se sentía extranjero y que, a su ánimo sobrecitado, le producían la impresión de ser de países lejanos en el espacio o perdidos en el tiempo. Los recorría con insaciable curiosidad, pero sin fijarse concretamente en nada y, a la menor indicación del orden que fuera, abandonaba la zona para tomar otro rumbo y proseguir la peregrinación hasta que se sentía extenuado y volvía a casa, a las horas más irregulares, para cenar en soledad, leer un rato al lado de la ventana que daba al patio y acostarse seguidamente. Al regresar aquella noche se sentía más decepcionado que de costumbre, pero menos cansado; se hubiese dicho que tenía a su disposición las reservas de energía que acaso almacenaba en su extraña vida, cerrada a tantos estímulos. Pensaba que le sería imposible conciliar el sueño como no fuera para enhebrar pesadillas sin término y que lo mejor sería que leyera el libro de biología o el que contaba los secretos del infierno. Tal vez Nebiros tendría aún algo que decirle, algún misterio sagrado que le pusiera en comunicación con las potencias que podían levantar el castigo que pesaba sobre él desde su infancia. Iba pensando en ello e inconscientemente elegía las calles que le conducían a su casa por la ruta más larga. De este modo llegó frente a un pasaje en el que había reparado en ocasiones, pero del que se apartaba con cuidado desde que una noche fue el escenario de un terrible sueño en el que alguien le perseguía, consiguiendo apoderarse de él, que se agitaba impotente entre sus manos de humo. Miró hacia el interior del pasaje, el cual estaba en obscuridad absoluta. Solamente se distinguían unas letras pintadas con tiza blanca sobre la madera de una puerta y unos dibujos hechos por el mismo procedimiento, seguramente por los niños que se reunirían allí para jugar. Se acercó a la puerta y vio que los dibujos y las letras estaban casi borrados por la lluvia. No obstante, aún se distinguía la forma de un tridente, de un cuerpo rechoncho sin cabeza y, entre las letras, una gran N y otras varias que terminaban en una S.

Se aproximó tranquilamente a la puerta y con la mano restregó las letras para borrarlas; la madera estaba húmeda y no fue difícil hacer desaparecer todos los signos. Desde luego, no es que allí pusiera Nebiros, como tampoco el bar donde antes estuvo se llamaba así. Era incluso posible que tal palabra se la hubiese inventado él, como solía hacer en sus fantasías solitarias, en las que improvisaba discursos incoherentes con sílabas que inventaba en el instante. Volviendo la espalda al pasaje atravesó una calle estrecha y llegó a una plaza pequeña, en la que había una fuente de la que brotaba agua. Se paró un momento allí como si reflexionara o deseara beber sin acabar de decidirse a hacerlo. La plaza estaba alumbrada por una bombilla clavada en una de las esquinas, constituida por el saliente de un edificio muy antiguo cuyas ventanas estaban ornamentadas con relieves en piedra, entre los que sobresalían varios dragones y serpientes. Se oía el croar de una rana, la cual debía estar en la reducida balsa que se hallaba a un lado de la fuente. Avanzó hacia allí y su

asombro fue inmenso al ver que, sentada en los dos escalones de piedra que daban acceso a la fuente, había una niña muy pequeña, como de dos años de edad. No dormía, y estaba en silencio. Iba vestida con un traje claro muy roto y sucio. Su pelo había sido cortado en redondo con un flequillo que daba la vuelta a la cabeza, al modo como se ve en algunas cabezas de reyes medievales. Uno de sus pies estaba descalzo e hinchado, al parecer. El otro tenía todavía su sandalia semideshecha. Al ver a aquel desconocido, la niña se levantó y se quedó indecisa, no sabiendo si acercarse o huir. Él sintió algo parecido, pues lo insólito del encuentro no le daba tiempo para reflexionar. Después, pensó que se trataba de la continuación del sueño que había tenido frente a las aguas del puerto. Creyó seguir allí, sentado entre los montones mojados de mercancías, durmiendo como un paria hasta que la luz del amanecer le despertara y tuvo la impresión de que aquella situación no le había sobrevenido por azar, sino que había transcurrido mucho tiempo, su negocio se había arruinado, había tenido que dejar el piso, después de irse vendiendo los muebles, y había terminado por llegar a la condición en la que, substancialmente, siempre había vivido.

Pero esto eran ideas solamente. En cambio, la niña que estaba ante él, inmóvil y atemorizada, no pensaba sino que vivía su miseria. Habría sido abandonada por sus padres o ella huiría ante los malos tratos. Toda la noche habría permanecido allí, bajo la lluvia, acurrucada bajo el menor resquicio que le permitiera guarecerse del agua y, cuando todavía no sabía hablar, había aprendido ya a implorar con la presencia silenciosa. Muchas veces se había preguntado, a pesar suyo, por el origen de las desgraciadas que le acompañaban en sus momentos de placer, o por el de las más felices que fregaban pisos y escaleras. Frente a él tenía la respuesta. Su responsabilidad era máxima y aquello era, en realidad, lo que había querido decirle la noche, a través de sus temores, de sus falsas visiones y de sus actos diversos. La niña optó por alejarse; dio media vuelta y, desconfiando sin duda de aquel hombre alto y extraño que la miraba con sorpresa, como si fuese algo anormal, cuando era el mismo milagro de la vida surgiendo en la obscuridad, empezó a alejarse avanzando con una ligera cojera, que hacía pensar en la marcha de los patos. «Aquí se acaba el mundo interior», pensaba él. Basta ya de ideas, de confusiones y de ideologías. Lo que el mundo necesita es acción. Acción para que un abandono como este no pueda tener lugar. Recordó cosas que le habían dicho muchas veces, en los pocos momentos en que sabía o podía escuchar. La mujer de la limpieza le contó una tarde que en el hospital morían muchas ancianas que eran llevadas allí por sus hijas, en coche de su propiedad. Tales actos debían estar previstos por la ley. Debería ser denunciable el que unos padres vivieran en la pobreza mientras algunos de sus hijos, por negocio, azares de la fortuna o matrimonios ventajosos, llegaran a poseer situación acomodada e incluso riquezas y vida lujosa. Debería estar castigado con muchos años de cárcel un procedimiento así. No todo terminaba con prender a los criminales y a los ladrones, víctimas muchas veces de las circunstancias o de crímenes y robos más

sutiles, no enganchados en las mallas de unos códigos que parecían escritos con piedras burdas, no con plumas agudas y bien perfiladas; tan groseros eran los delitos que percibían y las relaciones que presuponían. Se llamaba ladrón al que robaba objetos, pero ¿y los que robaban ilusiones, los que negaban sin derecho la felicidad de los otros? Él mismo era un ladrón, puesto que conservaba bajo su dominio más espacio y más muebles de los que necesitaba para vivir. Era necesario que surgiera un mundo en el que la persona, por la extraña vía de su negación, tuviera aseguradas sus mínimas necesidades, sus cosas elementales.

Mientras su pensamiento adquiría este matiz discursivo, su atención se apercebía de que aquella indignación *estaba tapiando la necesidad de actuar*. Acaso su egoísmo se defendía con aquella perorata interior, para no coger en brazos a la criatura y llevársela a casa, para que viviera toda la vida como hija de quien no había querido traer a nadie al mundo, según su decir, por piedad. La vergüenza horrible que experimentaba al comprobar su último fracaso de aquella noche no tenía límites. Se daba cuenta de que había perdido, de que estaba perdiendo, la última oportunidad que el destino podía conceder a un miserable como él para que, salvando a un ser humano, al más inocente de los seres humanos, se salvara también. Pero, vertiginosamente, se defendía. «No tengo derecho», pensaba, «a apoderarme de esta niña». ¿Y si tiene padres? «Claro está que podría llevarla a casa por esta noche y mañana dedicarme a buscar a su familia», se dijo finalmente, andando ya casi a tientas y mirando hacia el suelo. Pero la niña no se veía por parte alguna, aun cuando no podía haber ido lejos. Anduvo un rato buscándola por las calles que confluían en la plazuela, con riesgo de que los vigilantes nocturnos le tomaran por un ladrón. Lo mejor sería que advirtiera a uno de lo que sucedía y que él se dedicase a buscar a la criatura. Ya que no podía quedársela consigo, era preferible no volverla a ver. No se sentía capaz de resistir la mirada de aquellos ojos sin mancha, con su expresión tan honda y clara, donde todas las tristezas y las desesperanzas se unen a algo que quiere ser alegría y no acaba de serlo. Dios debía velar por los inocentes. Sin embargo, igual que había permitido que el niño del que no quería acordarse fuese quemado por su hermano, toleró el abandono de la niña que acababa de ver, y de otras, muchas más y su enlodamiento progresivo, hasta caer en lo que las personas felices o, mejor dicho, que poseen defensas sociales, llaman culpa. Y no se equivocan porque es culpa, pero culpa de ellos, como lo era suya el haber permitido que la niña se alejara, mientras perdía el tiempo pensando y pensando en vez de actuar. ¡Ah! Era un maldito y no obstante se atrevía a increpar a un Dios en el que decía no creer. Se hundían en su ánimo fragorosamente todos los pretextos que constantemente acumulaba para defenderse a sí mismo. Ningún iniciado se rendiría de aquella manera a las sugerencias extremas de la vida, mientras él cedía a todos sus impulsos con una especie de delectación secreta en su propio vencimiento, como si asistir a su progresiva ruina moral fuera el mayor de los placeres que el destino le podía deparar. Comprendía que todo cuanto solía invocar para justificar la licitud y aun la

conveniencia de una libre moral sexual era substancialmente falso. La pureza tenía un valor más importante que el mero de crear una virtud moral; dado que el atractivo sexual era una de las solicitudes más poderosas que el hombre podía encontrar en su camino, la actitud de negación ante ella adquiriría un carácter simbólico. El que era capaz de vencerse a sí mismo en eso, sería dueño de dirigir su propia vida y las de los otros. Era esta la razón por la cual la libertad en ese dominio era intrínsecamente mala. No es que él fuera un disoluto, pues resistía cuanto le era posible, pero, en el fondo, sabíase siempre vencido ante aquella potencia de origen animal. Con su carácter destrozado y sin la dirección de su existencia no podía hacer frente a nada, ni pensar en acomodar su vida a plan alguno. Sin duda, los demás hombres no eran santos, ¿por qué pues no tenían ese problema con la violencia con que él lo sentía? ¿Es que sabían una manera de equilibrar y neutralizar el orden y la libertad, el bien y el mal? Cuando rehuía compromisos semejantes y procuraba ser puro y fanático, seguía un mal procedimiento; por aquella senda extraviada había llegado a la inacción que ahora le devoraba. Pero no, no era cierto esto. El proceso era a la inversa. Si se consentía placeres fugaces y se perdonaba algunas cosas no del todo regulares era por compasión hacia sí mismo. Desde su infancia estuvo tarado con un sentimentalismo enorme, paralelo a su imposibilidad para romper el muro que le separaba de todo. Una noche había soñado que iba volando sobre un paraje gris y pedregoso. A su izquierda se levantaba una montaña y sobre ella una ciudad, al pie de cuyas murallas resplandecientes corrían varios torrentes. Tenía la sensación de que allá dentro estaba la felicidad, pero no le era posible ni intentar acercarse. Su sino consistía en pasar eternamente sobre lo árido, abarcando un horizonte inmenso y helado, en el que solo se elevaban algunos árboles invernales, cristalinos y agudos. La capacidad de imaginar era excesiva en él y la que dirigía la canalización de sus energías que hubiesen debido verterse hacia la realidad. Por otra parte, no era un idealista. Aunque a veces considerase a los demás como una sombra, era en cuanto esos otros se atrevían a erguirse ante él como «semejantes», pero no en cuanto objetos. No podía creer demasiado en sí mismo como centro del universo porque la vida le había demostrado que todo lo importante le venía de fuera. Incluso acostumbraba a considerar su mundo interior como un abismo exterior, a cuyas orillas él se hallaba inclinado, siempre con el peligro de caer en lo insondable, en el aire negro y difunto, en la inconsciencia abierta como un volcán de cenizas y de fango.

Si hubiese tenido el valor suficiente para recoger a aquella niña, su vida hubiera tenido un motivo. Ya no le hubiese sido preciso buscar en el caos de las teorías una finalidad que estas no podían darle. Le bastaría ver las necesidades diarias de aquel pequeño ser acogido a su amparo, oír sus risas y sus llantos, ver sus manos tendiéndose hacia las cosas que él le llevara, y sentir cómo el corazón, herido antes de nacer por la ignominia del abandono, iba latiendo progresivamente a compás del suyo, llamándole padre. Quizá se hubiera reconciliado incluso con el mundo entero,

con sus injusticias dilatadas, y con la idea de los continuos nacimientos y de las muertes. Quién sabe si hubiese podido volver a tolerar su faz, reflejada por la lámina azulada del espejo o impresa en el cartón de las fotografías. Venciendo su repulsión, hubiese llevado a la pequeña a uno de aquellos fotógrafos cuyos escaparates con niños de primera comunión y novios, todos llenos de flores blancas, parecen los más tristes cementerios, con el hacinamiento de la multiplicación de imágenes humanas, y hubiese sonreído satisfecho al recibir la reproducción fotográfica del rostro infantil que le había mirado con esperanza durante unos instantes, esperanza que defraudó por su habitual tendencia al retroceso. Buscaría aún, seguiría allí toda la noche, volvería al día y a la noche siguiente; todos los días y todas las noches vagaría por la plazuela donde se había oído el croar de la rana, como resquebrajado ruido de su alma reseca y estéril. No descansaría hasta encontrar a la niña y se la llevaría a casa. Si era necesario, se casaría con la mujer de la limpieza para que ella tuviera una madre y no se sintiera sola durante el día, cuando él estaba en la oficina, pues no iba a llevarla consigo al despacho. ¿Qué pensarían los empleados cuando les dijera que había recogido a una niña? Tal vez le mirarían con más simpatía y le perdonarían que no les hubiese aumentado el sueldo cuando, por antigüedad, les correspondía; le disculparían su mal humor, que no les hiciera caso cuando le preguntaban alguna cosa, y todas las miserias que en la convivencia cotidiana se acumulaban como un montón de basuras ante una portería.

Pero no podía estar más por allí. Había vigilantes; le interrogarían y no sentía deseos de conversar con nadie a aquellas horas. Su aspecto no debía tener nada de tranquilizador. Sería mejor que se fuera a casa, que recogiera todas sus buenas intenciones para ponerlas en práctica; el futuro estaba ante él como un patrimonio indudable. Se sentía libre; la gran libertad, en la que nunca creyó, se abría como un paisaje maravilloso hacia sus manos, deseando que él la tomara, que la supiera usar en beneficio de los hombres, no considerados en abstracto, sino en la realidad que cada día pusiera a su alcance la circunstancia. Como el destino había preparado el encuentro, no tenía por qué temer nada. Cuando volviera a la noche siguiente al lugar, allí estaría la niña esperándole. Todo consistía en que tuviera la fuerza de voluntad suficiente para ser leal a sus anhelos del momento. Ordinariamente, una navaja invisible cortaba a trozos la continuidad de sus impresiones y resoluciones. Le era difícil mantener un estado emotivo, o una decisión nacida del mismo, con la constancia mínima que exigía la puesta en práctica de algo. Olvidaba el poder que unas horas o minutos antes se le había mostrado en su avasalladora importancia e incluso no se reconocía a sí mismo en la necesidad de conservar aquel sentimiento. Esa cadena de rupturas era la que, transcurriendo en su interior, daba lugar a aquella alternancia de glacial indiferencia hacia todo o de pasión avasalladora y mística. No podía modificar nada de ello, pues, de hacerlo así, el cambio entrañaría la destrucción de su personalidad, a la que no debía renunciar, y asimismo mataría todo el interés que pudiera tener el descubrimiento de su sino, con su equilibrio de fuerzas

contrapuestas. Rechazó por última vez la tentación de seguir buscando a la niña y apretando las mandíbulas y los puños empezó a marchar con paso de autómatas hacia su casa. No quería volver la vista atrás y se decía que era digno de un hombre superior dominar los sentimientos y ser capaz de negarse incluso las satisfacciones más nobles. Su misión no consistía en recoger niños abandonados; otras veces había contenido sus deseos de hacer lo mismo con animales que le habían inspirado una lástima fugaz; obedecía a su reiterada costumbre de abandonarlo todo, pero esta vez sus argumentos no le convencían ni poco ni mucho, puesto que había llegado a la efectiva conclusión de que lo que el mundo necesitaba era acción bienhechora y no pensamiento. Se abstuvo de volver a esperanzarse con quimeras nocturnas y su mente se calmó extrañamente. Al cabo de unos pasos, su tranquilidad interior era la del hombre vulgar que, en un día cualquiera, regresa a su casa después de un corto paseo. Incluso la excitación que le hacía temer no poder dormir en el resto de la noche había pasado. Con mano firme abrió la cerradura del portal de su casa. Subió las escaleras en completo silencio y, sin pensar para nada en los miedos que casi siempre le acometían al entrar en el piso solitario, al que la muerte rondaba todavía, penetró en él, dio la luz del recibidor y permaneció un momento quieto sin saber qué hacer. Cuando hubiera empezado a acostumbrarse a su calma e indiferencia, estas cesaron. Una vaga sensación de amenaza se insinuó en el ambiente, después creyó, como siempre, que le esperaban en su cuarto o que, de repente, todas las puertas de la casa se iban a abrir a la vez, para mostrar algo espantoso. Miró hacia el corredor sumido en la obscuridad y, en el momento de empezar a andar hacia su habitación, una visión cruzó por su mente con tanta fuerza como si el hecho fuera real y estuviera ocurriendo en aquel instante. Se trataba de un recuerdo. Su madre intervenía. «¿Por qué pienso tan poco en ella?», se dijo. Y reconoció con asombro que ella le producía aún más espanto que la sombra de su padre. Quizás habían sido las últimas impresiones macabras, de su agonía y de su entierro. Ver su cuerpo extendido sobre la cama donde otras veces la había visto viva, hablándole, sonriendo, o enferma y entristecida por malos presentimientos. Se acordó de la brutalidad infame de sus reacciones interiores cuando ella le reñía por cosas sin importancia, de la pena que se reflejaba en aquellos ojos que parecían ver lo que sucedía en su espíritu. Repentinamente, la vio como en los días de la infancia, vestida con un largo traje negro, adornado con cosas brillantes que no podía distinguir; incomparablemente joven. Su padre también estaba allí y los dos le sonreían perdonándole. «No debí haber trasnochado tanto», se decía, mientras su mano convulsiva se agarrotaba. Dio media vuelta y, como si un poder exterior le guiase, penetró en el cuarto de su padre, y entró mirando hacia el lecho vacío, en el que seguía el hueco anunciador de la ausencia. Mientras, proseguía acordándose de su madre, pero la veía iracunda en una ocasión en que, delante de varias muchachas, le había pegado una bofetada. El rencor de aquel golpe no se borraría jamás de su cerebro. Nunca podría perdonar un acto que fue de las primeras determinaciones que orientaron su trágica manera de ser. ¿Qué

buscaba ahora en aquella habitación? ¿Es que tenía más miedo de su propio cuarto que del de su padre muerto? No quería deleitarse saboreando su terror, como otras veces; sin embargo, volvió a pensar en la posibilidad de que su propio cuerpo estuviera acostado en su cama. «¿Por qué se me ocurrirá constantemente esta idea?», pensó y, para contrarrestarla, imaginó lo bello que sería encontrar allí, donde pensaba tener los peores motivos para huir, a una hermosa joven desnuda, cuyos cabellos revueltos se deslizaran sobre sus blancos brazos, encima de la almohada que oprimía desesperado tantas noches. Él entraría de puntillas en el dormitorio y encendería una luz débil para no despertarla. Luego iría levantando la sábana, poniendo al descubierto aquel ser milagrosamente aparecido. Se comprometería a vivir para ella toda su existencia y a serle fiel, con tal de que cumpliera con exactitud su ideal de belleza. Nada de ideas morbosas, ni de deformaciones expresivas. Quería que ella fuese como algunas doncellas dibujadas en la cerámica griega, con el perfil de la ninfa Aretusa, con la cabellera dorada mejor que rubia; delgada pero con unos pechos grandes y erectos, en forma de copa, y con los muslos macizos y cálidos como el mármol bajo la presión del sol. Cuando ella despertara, no le encontraría desagradable ni odioso. Le miraría con los ojos con que él se contemplaba a sí mismo en la adolescencia y esa mirada le rejuvenecería. Una vida nueva brotaría al lado de aquella persona divina; día tras día su contacto le vivificaría y le haría capaz de las empresas más altas. Pero ¿para qué soñar lo más inaccesible? Sería, tal vez, fácil conseguir que, en el transcurso de unos meses, ocupara un lugar en su lecho, a su lado, la mujer de la limpieza, la única que accedería a casarse con un desgraciado desprovisto de juventud interior, de ánimo para luchar en la vida, de simpatía y de atractivo. No podía ser una beldad la mujer aquella que se acercaba a la madurez, pero seguramente su cuerpo sería más armonioso que el de muchas de las prostitutas con las que se acostaba. Era triste que hubiera vuelto a lo mismo. Le había sucedido por atreverse a suscitar esperanzas absurdas. Por otra parte, aun cuando poseyera una mujer físicamente perfecta, ¿podría olvidar a la otra, a la muchacha del coche? «Ha muerto», dijo en voz alta, recordando la conversación de las gentes del bar. Pero luego sonrió, pensando que no había tal cosa, que ella debía estar a aquellas horas en su casa, o en un magnífico hotel, en la cama al lado de su marido o de su amante, el hombre del coche, el hombre rubio, frente al cual se sentía como un esclavo negro ante sus amos blancos.

Estaba sentado en la silla de al lado del arcón. Mientras su pensamiento se perdía en vagas imaginaciones de cosas que deseaba y temía, sus manos iban removiendo los libros del interior del arca, una vez levantada su tapa. Apartando los volúmenes, se dirigieron a los manuscritos cosidos. ¿Qué podía ser aquello? ¿Cartas archivadas? ¿Cuentas o apuntes sobre asuntos comerciales? Pronto lo vería. Había tres grupos de cuartillas, no demasiado voluminosos, pero sí escritos con una letra pequeña y regular, que parecía trazada por un aparato mecánico mejor que por una mano humana. Al frente de cada uno de esos montones figuraba una cuartilla en la que solo

aparecía una fecha. Relacionando las tres con su propia vida, llegó a la conclusión de que el más antiguo de los manuscritos databa de la juventud de su padre, de la época en que aún permanecía soltero. La letra era más irregular y estaba más amarillenta. Otro correspondía al período de su matrimonio y el último a una etapa en la que él debía ser un niño de pocos años. Al hojear las primeras páginas de cada legajo se apercibió de que se trataba de un diario. Le extrañó al extremo de olvidar todas sus aprensiones. Siempre consideró a su padre como un ser diametralmente opuesto a todo lo sentimental e incapaz de cualquier efusión del carácter que fuese. Con su convicción acerca de la infalibilidad de sus juicios, le era penoso tener que reconocer que tal vez se había equivocado totalmente al juzgar a una de las personas más próximas a él. Desde luego, sería imposible que nada de lo que leyera allí le hiciera cambiar. ¿Cómo alterar la visión esquemática, grabada de una manera indeleble en su alma? Por otra parte, ¿qué importancia podían tener, si es que existían, unas confesiones escritas para sí por un hombre que se obstinó en no concederle ningún afecto, en establecer una separación de gustos, de opiniones y, sobre todo, de cuerpos? Posiblemente era injusto al atribuir toda la culpa a su padre, pero lo que más le había atormentado al convivir con él no era la discrepancia absoluta que dividía sus ideas, sino la represión física que escindía a ambos. El menor contacto con él le parecía algo que no se atrevía a definir, pero detestable siempre. Percibía que a su padre le sucedía lo mismo y por eso no permitía crisis de sentimentalismo. Esta situación había durado años y, cuando él murió, más que dolor y remordimiento directo, lo que le quedó en el alma fue un miedo creciente, como si el muerto, al perder su limitación corporal, hubiese adquirido una suerte de extraña libertad y hubiese podido enterarse de cuáles habían sido sus pensamientos sobre él. «No te tengo miedo», dijo en voz alta. Repitió la frase varias veces y adquirió cierta confianza en su afirmación. Recogió los papeles y pasó a su habitación. No necesitó leerlos detenidamente, le bastó hojear su contenido para advertir con asombro que su padre había escrito, con perfecto estilo y claridad expositiva, una serie de ideas y de sentimientos que se parecían a tal extremo a los suyos propios que se habría visto en apuros para saber dónde terminaban las opiniones de quien él había creído en todo opuesto a su modo de ser y empezaban las suyas. Aun cuando se había impuesto una previa indiferencia ante las emociones que pudiera suscitarle la rápida lectura, no pudo evitar una profunda vergüenza cuando, en los párrafos del segundo legajo, leyó las expresiones de esperanza que ponía en su reciente matrimonio y en sus futuros hijos. Respecto a las palabras enternecidas que le dedicaba en el último de los manuscritos, procuró pensar que habían sido dictadas por un sentimiento de orgullo paternal y no por verdadero cariño. De no ser así, ¿qué sentido podía tener el seco comportamiento que tuvo siempre con él? Decidió que aquellas páginas no alterarían su visión familiar, pero algo dentro de su ánimo le decía que se equivocaba, que nunca más podría ya considerar a su padre como a un enemigo. Volvió a pensar en la substancial multiplicación de la persona y llegó a la conclusión de que todos los seres

humanos son más parecidos entre sí de lo que suponen. Se diferencian tan solo en los órdenes de cosas que admiten y toleran en su conciencia, pero no en la materia original que informa el origen de sus actos y reacciones. Se dio cuenta de que, si él hubiera tenido un hijo, acaso hubiese sido más severo aún que su padre. Entonces se puso en pie, recorrió toda la casa, abrió las puertas de todas las habitaciones y encendió las luces de todas ellas, como si quisiera que cada estancia comprendiera lo que pasaba en su ánimo. Una felicidad creciente le invadía al pensar que el odio que le atormentaba iba a disminuir con seguridad y que un estrecho lazo de unión se había creado entre su padre, desaparecido hacía años, y él, que todavía andaba a la deriva por el mundo incierto. Se arrepentía de sus obsesiones de terror y de la represión ejercida contra la memoria de sus progenitores, pero, al mismo tiempo, se preguntaba qué sentido podía tener tal arrepentimiento. ¿De qué serviría a los muertos que él se abandonara a sentimientos de culpabilidad y de pena? Era mejor que procurase olvidar. De la luz que salía de todas las habitaciones, luz que se proyectaba en haces sobre el pasillo oscuro, parecía proceder una música grave pero no triste, la cual le hablaba de un amanecer en el espíritu, de una redención final en la que todos sus sufrimientos serían comprendidos y utilizados. Advertía que la llama que le consumía tenía que ser una fuerza, la cual actuaría liberada en el espacio de las almas y alcanzaría una finalidad trascendente. Pero no le era posible acabar de vencer su dualismo contradictorio y se le insinuaban pensamientos amargos, que le hablaban de la inutilidad de todo y de la insondable y mecánica repetición de los actos en el escenario de una eternidad sin objetivo. Se sentía morir y veía cómo su alma continuaba en el alma de todos, llorando como los niños y los ancianos, mirando a lo lejos la disgregación de lo amado, acercándose a las cosas para perderlas enseguida, padeciendo las mil miserias con que todo ser sensible se ve agobiado. Las enfermedades estaban allí y si en aquella vida lograba escapar a ellas, sería para caer en sus garras más tremendamente en las vidas de los demás, que eran la suya propia, porque no había, en verdad, sino una sola e inmensa vida. Se veía tuberculoso, o rugiendo de dolor por el cáncer que le comía las costillas, o con lacras venenosas en el rostro, vestigio de lentas invasiones microbianas. Se sabía mujer en los dolores del parto, sintiendo que sus huesos se separaban crujiendo, rompiendo tejidos interiores, para dar paso a seres nacidos para la muerte. ¿Para qué intentar salvarse de aquel caos general que era la ley del mundo? ¿No sería posible acabar con todo? No. No lo era. Alguien había dicho que si un suicidio colectivo terminara con la humanidad, el inconsciente cósmico no tardaría en crear un nuevo hombre, pues este era solo el mensajero, el portador del habla, el encargado de decir los sufrimientos que angustiaban a las mismas cosas. No era verdad que ellas no sufrieran. Miró en torno a sí. Los objetos mudos le rodeaban, como esclavos a los que se hubiera perforado los tímpanos y arrancado las lenguas. Materias diversas los componían: telas, maderas, metal, piedra. Pero en el interior de tales aglomeraciones de fuerza debía latir lo mismo que ardía en su mente agitada por la furia y el sentimiento de la más aguda

responsabilidad mundial. ¿Por qué habían sido heridos los árboles, mutilados y obligados a afectar formas lejanas de su destino? ¿Qué eran, en sí, los muebles? ¿Había derecho a modificar de tan cruel manera las substancias de las cosas? Sus manos agitaban el último legado de manuscritos de su padre. De su interior cayó algo que parecía una estampa. Era un recorte de algún libro; una pequeña lámina en negro que representaba un demonio. Nebiros, ¿cómo no? Nebiros, sin duda alguna. El gran demonio, el gran dios del desorden. Y su padre había sabido también de la existencia de aquel ser omnipotente que lo dirigía todo, desde su trono de fango llameante, su pobre padre. Menos mal que estaba muerto. ¿Muerto? ¿Cómo? Nadie moría. Su padre estaba vivo; él mismo era su padre. Ahora comprendía la razón de su odio; le detestaba con la misma pasión que se despreciaba a sí mismo y le quería con el profundo e inútil amor que se dedicaba a sí también, en los raros instantes en que podía sentirse a salvo de la enorme marea negra. De este modo, llegaba a la conclusión de que nada era real, sino su pensamiento atormentado, es decir, el pensamiento inmenso que todo lo abarcaba y que, destrozado en fragmentos que se creían o llamaban personas, operaba con el falso ángulo de visión de lo que se consideraba esencialmente aislado, cuando solo era un espejismo del ser, un reflejo de la gran alma paternal martirizada.

Cayó de golpe sobre el respaldo del sillón y sus manos dejaron escapar el montón de papeles. A intervalos regulares, un gemido extraño sonaba en la habitación y parecía traspasar las paredes y la carne. Al ir recobrándose, se dio cuenta de aquel lamento y cerró fuertemente la boca, como creyendo que era él quien lo profería. Enseguida se dio cuenta de que era emitido desde otro lugar y recordó la mujer que, en el piso de abajo, estaba dando a luz desde hacía muchas horas. ¿Será posible que aún no haya terminado? No. Ella debía seguir padeciendo, pagando sus horas de placer y la felicidad de traer al mundo otra vida parcial, otro mero destello doloroso, con sufrimientos intensos, semejantes a los de aquellos sometidos al potro, que iba desgarrando sus miembros y desarticulando sus huesos. Nada podía hacer para ayudar a aquella mujer, con la cual evitaba cruzarse en la escalera para no tener que saludarla. ¿Qué pensamientos pasarían por la mente de ella en tales momentos? Parecía evidente que toda su vida debía responder a un temple muy distinto del suyo, cuando daba semejantes pruebas de valor y obstinación; sin embargo, no lo hubiese asegurado, pues también su padre presentaba una fachada lisa e imponente mientras por dentro estaba lleno de rincones carcomidos como los que anidaban en su alma. Agitó las manos, queriendo sacudir los obstáculos que le rodeaban por todas partes; se sintió acompañado. Se forzó a sentirse acompañado por la mujer de la limpieza a la cual, a la mañana siguiente, dejaría una nota diciéndole que necesitaba hablarle. Se dio cuenta por primera vez de que aquella triste asalariada que iba de piso en piso fregando suelos y lavando ropa se parecía lejanamente a Sybille Schmidt. ¿Cómo no lo notó hasta aquel instante? Se desentendió de los dolores de la parturienta y salió de su habitación para pasear por el corredor. Aquella noche no se acostaría; había de ser

celebrada con toda la dignidad que requieren los grandes acontecimientos y si, antes del cercano amanecer, lograba afirmarse en alguna decisión inquebrantable, habrían valido la pena todas las angustiosas vacilaciones por las que había atravesado conturbado y lleno de inquietud. Volvía a caer en el movimiento de vaivén que llevaba su pensamiento de la alegría y cierta sensación de serenidad a la desesperación absoluta. Tan pronto reconocía que no tenía motivos para creerse del todo vencido e inutilizado, como pensaba que era absurdo que él se propusiera tales cuestiones y que, puesto que todo era una pura nada, tan ciegamente impotente era que se dejara caer en el abandono como que gesticulara por agarrarse a cosas que no tenían sentido ni finalidad. Invocaba todos los aspectos de su vida, unos tras otros, especialmente en la forma simbólica en que los había experimentado en aquella misma noche. Los acercaba a su mirada espiritual para descubrir en ellos algo parecido a un ideograma, los combinaba para ver si podía realizar algún juego con aquellas cartas alternativamente gozosas y siniestras, pero, aunque no tuviese plena conciencia de ello, una fatiga extrema transfigurada en euforia desbarataba todos sus planes analíticos. Poco a poco regresó a aquel estado de ánimo que le había poseído al anochecer, cuando erraba junto a las barracas de libros viejos. Volvió a su penoso inventario. Las esquelas fúnebres, los compañeros de oficina, las fotografías con flores de los retratistas, los títulos de los libros de la feria y de los que se guardaban en la librería de la sala, la gente del comedor colectivo, el niño quemado, la mujer de los pechos desnudos, la prostituta deforme a la que había llamado Lilith, las imágenes de sus padres y la suya propia, de la que no quería conservar sino un recuerdo borroso y lejano, se mezclaban en su cerebro sin llegar a componer una vida, un destino, una necesidad o una libertad. Luego estaba el coro innumerable de los seres inciertos, la aparición de las sombras que le rozaban, le golpeaban o le acariciaban por las calles, la gente que hablaba entre sí, sin darse nunca cuenta de su presencia, los animales sometidos al dominio del hombre, la serie de figuras evocadas por los libros, generalmente versando sobre temas lúgubres, narrando desdichas y horrores.

Pero, en medio de aquel océano que le integraba parcialmente, estaba él. Y se sentía poderoso porque podía sufrir de aquella manera y vivir tanta muerte sin caer destruido. La persona no sería nada, en esencia, pero lo era todo en la existencia y era absurdo construir sistemas a la espalda de esa realidad. Lo que impedía a los filósofos darse cuenta de la verdad era su orgullo y su necesidad de ser originales en sus teorías. Siempre se acercaban con prevenciones a las cosas y luego se extrañaban de que estas resultaran deformadas por su visión. La educación lógica que, tradicionalmente, venía a sentar las bases del pensamiento para ayudar a la loca tarea de dictaminar que lo que decía *sí* no podía decir *no* terminaba el gran equívoco general. Por ejemplo, era cierto que la persona no era una sustancia pura, que no había inmortalidad personal, que no era cada hombre sino una parcela desprendida por un instante del ser y destinada a sumirse de nuevo en el hirviente torbellino. Pero en su aspecto existencial, cuya realidad era innegable puesto que él la sufría, la

persona era la depositaria de la verdad y en ella se concentraban todas las posibilidades de salvación del mundo. Posiblemente, si se dedicara a pensar y escribir sistemáticamente sus ideas, llegaría progresivamente a algún resultado positivo, pero lo más urgente era enderezar su vida y establecer unos lazos humanos que, aun careciendo de la hondura de la autenticidad total, tuviesen el calor suficiente para infundirle ánimos y la ilusión de que la vida servía para algo. No es que temiera al matrimonio por causas sexuales, desde luego. Estaba seguro de que su mujer le sería fiel y no trataría de engañarle. En una ocasión, en un prostíbulo, una mujer que le confundiría con otro cliente, degenerado y anormal, le dio unos golpes con la mano abierta para tratar de excitarle. Cuando él le indicó que no le había pedido la práctica de tal procedimiento, ella, creyendo que él decía esto solamente por vergüenza y no querer confesar su vicio, prosiguió golpeándole en el pecho y en los brazos propinándole, finalmente, una bofetada. Salió de la casa con la sensación de irredención absoluta, víctima de la más contradictoria de las luchas emocionales. No sabía porqué no replicó a la mujer aquella, pero lo cierto es que se abstuvo de hacerlo y solo cuando se halló en la calle, comprendió de pronto que deseaba pegar y patear brutalmente a aquella desgraciada que se había permitido hacer con él lo que su madre cuando era muchacho. Se le ocurrían estas ideas en relación con la probabilidad de su matrimonio porque sabía que la mujer de la limpieza, pese a su bondad y religiosidad, tenía mal genio. Estaba seguro de que, cuando ella fuera su mujer y se posesionara de todos los derechos inherentes a su estado, le sería difícil evitar que, de vez en cuando, surgieran cuestiones que tendrían que ser resueltas a gritos y quién sabe si a golpes. Se veía a sí mismo en su habitación, perseguido por las imprecaciones de aquella mujer hombruna y tenía miedo de sentir frente a ella el impulso que experimentó tardíamente ante la prostituta. Su dualismo le hacía tener una convicción irreductible en su propia independencia, pero, al mismo tiempo, le impelía a verse destinado a sufrir la peor de las esclavitudes, compensada tan solo por las escasas satisfacciones sexuales que recibiría. Como si tales inconvenientes fueran un mal menor, empezó a animarse ante la idea del matrimonio y recorrió la casa pensando transformarla y rejuvenecerla para recibir a la que, hasta el presente, acudía a ella para realizar los más bajos menesteres. Lo mejor sería vender todos los muebles y con el dinero que percibiera, comprar otros nuevos, los cuales, aun siendo peores tendrían el valor de no haber sido estrenados y la pureza de lo que no ha recibido proyecciones anímicas. En cada una de las sillas que había ahora en la casa, en las mesas y en los armarios, sobre todo en las camas, había una especie de niebla sutil y oscura, invisible para los ojos, pero cierta para la sensibilidad, que se afinaba en el ambiente y recibía tales emanaciones sufriendo con su contacto. En los muebles de sus padres estaba la vida de ellos, con todas sus miserias y sus defectos, con la grave hipocresía necesaria para que la falsa educación familiar pueda crear otros hipócritas. Le parecía oír los pasos de su madre y su voz pronunciando discursos interminables, sermones improvisados por el más insignificante motivo, puesto que él nunca dio

verdaderas causas de disgusto, y cuyas oraciones coercitivas invariablemente empezaban o terminaban con una exaltación apasionada de las virtudes de la que hablaba. Ella nunca había hecho tal cosa, ni tal otra. Ella había sido la hija perfecta. Ella jamás había tenido sentimientos egoístas. La letanía recorría las paredes del corredor, empapeladas a franjas verdes y violetas, muy sucias y deterioradas por el tiempo. Procedía de una pequeña salita en la que su madre solía coser y leer algunas novelas a veces. Se acercó a esa habitación y la miró sin decidirse a entrar. Había una máquina de coser, unos retratos de los abuelos, enormes, enmarcados en oro viejo, una mesa redonda cubierta con un tapete de ajadas flores y dos o tres sillas de rejilla, con señales de golpes e incisiones en las patas y en el marco del respaldo. Aquellas cosas también las vendería. Dejó esa estancia y regresó a la sala. Allí estaban las cajas de su madre, en cuyo interior se guardaban espíritus amenazadores, prestos a desatarse por la atmósfera en cuanto él levantara las tapas, cosa que, ciertamente, no pensaba ejecutar. Odiaba el gran sofá de formas muy curvadas y los mueblecitos finos que contrastaban con él. Le inspiraba antipatía la decoración, en la cual todo era imitación de ambientes suntuosos, de los que distaba por la pobreza de las materias y por la falsedad del imitado estilo. Le parecían divinos los muebles sencillos, de tubo de acero y hubiese deseado el clima espiritual de un ambiente arcaico, en el que cada cosa fuera el máximo de sencilla. De toda la casa, lo único que le parecía bien era la mesa y la silla de la cocina; por eso acostumbraba a cenar allí. Vendería sin pérdida de tiempo todos los trastos viejos. ¡Qué contenta estaría la mujer de la limpieza, Sybille, cuando se lo dijera y fueran juntos a las tiendas de muebles a comprar otros nuevos! Pero inmediatamente imaginó cómo ella discrepaba de sus gustos y tendía a la elección de formas todavía más tétricamente ornamentadas; pensó en las discusiones ante los empleados de las tiendas, cuando ella le echase en cara, lo que por otra parte era verdad, que no la quería; que deseaba imponer su voluntad en todo y él tuviera que acabar cediendo, para ver finalmente su casa invadida por un mobiliario aún más desgraciado que el que deseaba desalojar. ¿Para qué casarse? No debía ser tan débil. Su soledad era su fuerza y el origen de su libertad. Bien que pensara en venderse todos aquellos malditos muebles, las alfombras desgastadas y hasta las lámparas, pero esto debía ser el principio de un plan mucho más inteligente que el de someterse de manera fija e ineluctable a un solo sexo, a una sola voz. Vendería todo lo que tuviera el menor valor y guardaría el dinero en una cuenta corriente. Después, sin decir nada a sus empleados, gestionaría el traspaso del negocio y obtendría con seguridad tres o cuatro veces lo que le dieran por los muebles, algunos de los cuales eran de caoba y valían bastante. Cuando tuviera acumulada determinada cantidad se compraría un traje blanco y unos lentes de oro, también un reloj y una maleta nueva. La llenaría de camisas y corbatas y, sigilosamente, tomaría un pasaje en un barco. No importaba adónde fuera; elegiría el lugar más lejano posible, dados sus medios económicos, y contando con que le quedase algo para vivir allá una temporada. Iría al puerto en un auto de alquiler y

sonreiría como la gente feliz que había visto en tantas ocasiones. Dejaría a su espalda su vida entera, sus preocupaciones y la sombra de sus padres, a los que, equivocadamente, hacía unos momentos pensó querer y perdonar. Todo sería maravilloso. Lo único triste sería la llegada. ¿No había pensado ya alguna vez en todo aquello? Sí, indudablemente. Se había dicho que tal vez tuviera algún interés viajar cuando el punto de arribada fuera verdaderamente lejano. Llegar a los extraños puertos del Extremo Oriente, a la hora del amanecer, en aquella atmósfera lechosa que había visto algunas veces en el cine, oír cantar en idiomas incomprensibles y sentir un clima distinto. Al descender a la ciudad, buscar mujeres de tez oscura, con flores amarillas en el pelo, las cuales estarían en ligeros edificios de madera, detrás de persianas y biombos con flores pintadas. Tendría sed y le servirían una limonada con ginebra. Luego aquellos seres parecidos a pájaros se desnudarían y le permitirían tocar sus senos de color acaramelado, sus leves piernas sedosas, sus pies como camelias abiertas en una noche de tempestad. Pero después vendría la dilatada vida, continuando, prosiguiendo cosida a él, invadiéndole con sus minutos incontables, con sus horas extensas y sus lapsos de tiempo sordo, inútil como un enorme invento inaplicable. Tendría que residir en un hotel, o en una pensión barata para que el dinero no se agotara antes. Desde el momento en que cruzara el umbral de uno de esos establecimientos, ya sería como si no se hubiera movido de su casa, de su oficina. Habría los odiosos «conocidos», que le sonreirían y le saludarían, obstinándose en contarle sus asuntos y en que él les hiciera confidencias; habría la mujer gorda y maternal que se halla en todas partes, siempre preparada para intervenir, para prestar servicios cuidando a los demás y para sorber su vida a cambio, y exigir que se la quiera y se le esté agradecido por tales favores impuestos por las circunstancias o hechos sin que nadie los pidiera. ¡Otra vez frente al muro! No había salida; por eso era inútil moverse. Como si estuviese emparedado en un nicho adaptado a su cuerpo como un traje, no podía escapar a su destino que, más que en una serie prefijada de acontecimientos, consistía en una modalidad de conocimiento continuo. Cualquiera que le oyese se horrorizaría de su ingratitud, puesto que, de las personas que más le habían querido, solamente recordaba lo malo y no el cúmulo de atenciones, prodigalidades y servicios que le habían prestado. Pero no era exacto el calificativo porque esa ley durísima no la aplicaba solo a los demás sino, y acaso con más rigor, a sí mismo. Un acontecimiento desagradable, por pequeño que fuese, le amargaba cien momentos de felicidad o la calma de que pudiera disfrutar. Tal vez el dolor propendía a expansionarse, mientras los factores positivos de la vida espiritual se reducían a su ámbito y aun disminuían inverosímilmente hasta desaparecer. El caso es que el rencor de que hacía objeto a las personas y cosas a las que amaba no podía ser borrado de su alma, a la que se había unido de manera indisoluble para contribuir a crear su figura. Ni remotamente pensaba en vender los muebles comprados por sus padres cuando, llenos de juventud y alegría, en una época más frívola que la que le había tocado a él vivir, proyectaban juntos sus planes para el futuro, sin sentir en su

interior el estremecimiento de agonía que había de constituir el carácter de su hijo. Su padre y su madre habían tenido defectos como todos los mortales, pero entre ellos se los perdonaron cumplidamente. En el fondo, posiblemente él los había perdonado también, pero lo anómalo de su vida solitaria le impedía darse cuenta de ello y por eso era urgente que se decidiera a cambiar de costumbres.

Al pensar todas esas ideas contradictorias, recorría nerviosamente las habitaciones y buscaba en el interior de cada una la expresión inequívoca de lo que debía hacer. Si se le presentara algo imprevisto y extraño lo aceptaría con reconocimiento; lo que más le atormentaba era sentir cómo se iba desvaneciendo el impulso de fuerza espiritual que le había animado durante la noche. En una de sus idas y venidas volvió a penetrar en la sala y, antes de que hubiera podido decidir no hacerlo, abrió la minúscula cerradura de una de las pequeñas cajas de su madre y examinó curiosamente su interior, el cual le defraudó pues aquella caja estaba vacía. Entonces empezó a abrir todas las cajas, una tras otra; cajas de madera de sándalo, de imitación de bronce, de loza con cerradura de metal dorado; cajas rectangulares, ovaladas, de formas sinuosas o cuadradas; en ninguna de ellas encontró nada, excepto un polvo sutil y finísimo que no podía comprender cómo había entrado allí. Sin embargo, de las cajas abiertas se escapaba algo fúnebre; sus bocas parecían pedir lo que él evitaría en lo posible dar o recordar. Fue cerrándolas de golpe y, al hacerlo, se apercibió de que había quedado una caja sin abrir. La tomó en sus manos y la sacudió dos o tres veces; un ruido sordo y resquebrajado se oía en su interior, al remover un objeto que debía estar dentro contra las paredes de la caja. ¿Qué sería: una joya, una flor seca, un juguete muy pequeño, un lápiz o una pluma? Parecía más bien un corazón cansado. No lo averiguaría. Tomó la caja con cierta solemnidad y se dirigió a la cocina. La depositó sobre la mesa de madera blanca sin pulir y volvió a salir al corredor. Pasó a su habitación y recogió del suelo los tres legajos de su padre. Luego apagó todas las luces de la casa, dejando encendida tan solo la de la cocina. Encendió fuego en el hornillo y colocó sobre las llamas los manuscritos y la caja. Al empezar a arder el montón que a sus ojos se agrandaba al extremo de parecer una montaña, se acordó del niño quemado por su hermano e, involuntariamente, sus labios se movieron para musitar una plegaria. Aun cuando no creía en Dios, cada noche rezaba las oraciones que su madre le enseñó cuando niño. La caja ardía con dificultad y las llamas cambiaban de color en torno a su volumen de matiz parduzco.

Esperó pacientemente a que todo se convirtiera en un montón de cenizas. Luego se levantó de la silla donde se había sentado y se dio cuenta de que la cena seguía allí, esperándole. Miró con asco los alimentos, abrió un armario, sacó un vaso y lo llenó de agua que bebió de un sorbo, sintiéndose aliviado. ¿Qué hora sería? Sin duda, iba a amanecer de un momento a otro. Para lo que restaba de noche, no valía la pena desnudarse y acostarse; esperaría sentado o paseando que se hiciese de día, se arreglaría luego e iría a trabajar como cada mañana; estaría algo más pálido y eso sería todo. No se apercibirían de que no había dormido en toda la noche, ¿cómo iban

a suponer semejante despropósito? Solamente una vez, en el curso de toda su existencia, había pasado una noche en vela y fue por motivo muy distinto. Era en la época de su primera juventud, cuando todavía era para sí un extraño y no se conocía lo bastante bien como para esperar todos los fracasos, aun los más dolorosos. Una muchacha había aceptado ser su novia días antes de la fiesta mayor de su barrio y le había rogado que fuera al baile con ella. ¿Al baile? Bueno, aunque no sabía bailar, iría. Ella era joven y atractiva y valía el sacrificio de no dormir en unas horas, por lo cual accedió a pesar de que al cabo de un rato estaba arrepentido de la aventura y hubiese dado cualquier cosa para poder huir, lo cual hizo unas semanas después, en la mañana de un domingo, cuando estaban en misa y él oyó una voz que le preguntaba: «¿Qué haces al lado de esta desconocida?». Procurando no ser visto por ella, que devotamente dedicaba su atención al altar, se fue apartando, confundiendo con la multitud y huyendo finalmente fuera del templo, mientras una alegría inmensa llenaba su pecho, al comprender que se había liberado de la maldita mujer.

Sonrió tétricamente. No se había liberado de ella ni de nada. En este instante comprendía que el hecho de que las cosas estén, sean, determina nuestra dependencia fatal respecto a ellas, aun cuando personalmente nos apartemos de su camino. Esta es la trágica razón que impele al místico, cuando ha vencido las fuerzas del mal dentro de su alma, a buscar el dolor y los pecados de los demás, de la humanidad entera, para sufrirlos e intentar redimirse con la redención de ellos. Era lo mismo de antes. La unidad de todo. La imposibilidad de desatarse de las cosas, de negarse a ellas y de escindir una vida de la vida, un pensamiento del pensamiento. Tal vez era verdad que sus sufrimientos no habían sido en vano y que él era un gran filósofo, no por anónimo menos verdadero. Tenía razones y derecho para sentirse orgulloso de sí mismo, de sus actos aparentemente fallidos y del desorden que le había conducido, paso a paso, al descubrimiento de esa verdad luminosa. Obedeciendo al infalible ritmo alterno de su pensamiento, empezó a sentirse feliz, inocente ante su conciencia. Los gemidos de la mujer que en el piso de abajo estaba dando a luz no debían turbar su serenidad, pues tal vez ella era dichosa en medio de sus sufrimientos. Probablemente no existía la capacidad infinita para experimentar el dolor y, llegado cierto límite, todas las torturas fuesen iguales; de no ser así no comprendía la resistencia heroica de los mártires, de los que, sometidos a interrogatorios, preferían ser descuartizados antes que decir una palabra comprometedor para sus ideales. Además, no debía tener tanto miedo a la vida total que le rodeaba y le esperaba, en cuanto el instante de su muerte proyectara su larga sombra. Pues la naturaleza daba fuerzas proporcionadas al destino. Y si él sufría tanto por la menor cosa era a causa de que nunca había tenido ante sí verdaderos dolores. Había un hábito de sufrir y una educación que endurecía las fibras del alma y del cuerpo ante los cuchillos y las llamas. De pronto, a los lamentos de la parturienta se sumaron los llantos incoherentes de un recién nacido. Una impresión extraña le acometió al oír aquella voz, la cual aparecía en el mundo con un quejido inicial, como si tuviera la misma opinión que él solía mantener sobre

todas las cosas. ¿Qué sería de aquel ser que estaba entrando en el universo? ¿Era una sombra más? ¿Cómo sería acogido? ¿Qué felicidad o desdicha le estaba esperando? Acaso tuviera un sino semejante al de los niños pobres, que, aun viviendo con sus padres, arrastran una existencia de miseria y abandono. Tantas criaturas iban rondando por las calles, soportando el sol del verano y el frío del invierno, mal vestidas y calzadas, comiendo y tocando basuras con peligro de contagio de todas las enfermedades imaginables. Muchas veces se fijaba en los niños de los mendigos. Le preocupaba el dilucidar si eran hijos de quienes pedían con ellos o solo infelices seres alquilados para inspirar más compasión. Como es natural, no podía averiguar nada concreto, pero obraba como si fueran verdaderas y desgraciadas familias las que pedían. En ese dominio no era poseído por su fiebre demoledora, por aquella radical desconfianza que le hizo vender su colección de monedas por creerlas falsas. Le gustaba dar limosnas relativamente importantes para ver una expresión de asombro en el rostro de los solicitantes. A veces, los niños sonreían como si entendieran que aquel desconocido acababa de hacer un favor a sus padres. Eran niños escuálidos, con grandes ojos negros o azules, con rostros lívidos y resecos, en los que una mueca increíble anticipaba las arrugas y los gestos habituales muchos años después.

Cerró la ventana del pasillo y pensó acostarse. Era absurdo que se mantuviera en vela de aquella manera. Aún podría dormir cuatro o cinco horas y llegar a la oficina a buena hora. Siempre era puntual, para dar ejemplo y no creía que se atrevieran a censurarle que se permitiera llegar tarde cuando le pareciese bien. Al quitarse la chaqueta iba pensando en los niños de los mendigos y tenía la sensación de que se le olvidaba algo muy importante relacionado con el asunto. Quería acordarse a toda costa y temía la aparición del recuerdo, porque sabía que este no era agradable. Era extraño que, a pesar de tener las ventanas cerradas, siguieran oyéndose los llantos de la criatura de abajo. ¿Es que cada noche iba a tener que soportarlo? No comprendía cómo la gente tenía tanta paciencia; *por algo él no había cedido a la debilidad de recoger la niña que había encontrado aquella noche*. No cabía duda, de esto era de lo que intentó acordarse un momento antes. Evidentemente, su piedad tenía unos confines muy estrechos. Sin embargo, ¡qué le iba a hacer! ¿Quería acaso convertir su casa en un hospicio? No. Pero el recuerdo seguía. No podría dormir. Nada de acostarse. Lo mejor sería leer hasta la mañana siguiente. Se dirigió a la sala y volvió a repasar los libros desordenadamente alineados en la estantería. ¿Habría vuelto a llover? Debía hacer frío a aquella hora de la madrugada. ¿Qué haría una niña por la calle en aquellos momentos? Entre los libros no había ninguno que le interesara. La misión de cada obra era la de decepcionar a todo lector que se acercase a ella con verdadera sed espiritual. En algunos títulos se prometía excesivamente. No leería; le sería imposible soportar la estupidez que siempre representan las páginas impresas. Encontró absurdos los temas y totalmente incoherente el conjunto de ellos, cuya reunión allí no significaba sino un desorientado apetito intelectual. Si hubiera habido revistas tal vez las hojearía; estaban más cerca de la vida que los libros. Revistas de

acontecimientos, de cine; revistas con fotografías de mujeres semidesnudas, como las que no quiso comprar en la feria de libros de ocasión. Esas fotografías le harían recordar los años ardientes de su juventud, cuando todavía no había conocido la decepción de las realizaciones y se ilusionaba en el cine, viendo los muslos de Anita Page, que resplandecían blanquísimos sobre el gris de las medias, o contemplando cómo se desnudaba casi completamente Sally Eilers, cuya delicada figura y ondulada cabellera había perdurado en su memoria durante años, mientras oía confusamente el susurro de las parejas cercanas, formadas por hombres y mujeres que no sentían lo que él y que eran plenamente dichosos con el dominio de la realidad, abrazándose y acariciándose en lo oscuro, indiferentes a los ángeles de la cinta, puras formas de humo y de luz. Había tenido revistas de aquellas y las había destruido en los momentos de arrepentimiento, cuando se daba cuenta de que no debía fomentar sus rarezas y que, si quería corregirse, tenía que aplicar el máximo esfuerzo en quitarse a sí mismo los objetos de su desviado interés. Tan solo conservaba la que tenía en el cajón de la mesa del despacho y eso porque sus imágenes no eran obscenas y solamente el rostro lejano de Sybille Schmidt brillaba inciertamente entre las marchitas líneas de tipografía, sobre un papel con calidad de carne mortal. Sentía deseos de llorar y pensaba que debía ceder a esa solicitud como antes se permitió sentarse en el muelle y dormir apoyado en los montones de sacos de mercancías. Si llorase un buen rato, echado sobre su cama, acaso podría luego soportar la visión de su faz, ennoblecida por el dolor y la desesperación. ¿Cómo lo haría para provocar las lágrimas? ¿Pensaría en su padre y en su madre? ¿Los recordaría en los momentos en que le habían colmado de atenciones y caricias? ¿Invocaría su desagradecida conducta, llenándose de vituperios hasta que la vergüenza le hiciera sollozar? No. Todo eso era inútil. Mejor sería que meditara en su impotencia absoluta para la acción; que recordase las estériles esperanzas que había alimentado aquella noche, creyendo que algo inefable le sorprendería salvándole de sí mismo. Ciertamente que había descubierto cosas de valor, pero el conocimiento no poseía ningún poder de salvación. Era necesario mover otros resortes. Saber conducía a la inmovilidad y a la muerte. Probablemente, ignorar llevaba a la acción y a la colaboración esperanzada. ¿Lloraría, pues, en honor de su inteligencia, de sus profundas intuiciones sobre la esencia y la existencia? Tampoco esta idea le parecía adecuada. Aun sintiendo apasionadamente los problemas del intelecto y aun dándose cuenta perfecta de que no eran palabras en el aire sino relaciones de cosas reales y poseían por lo tanto la importancia más auténtica y trascendente, no podía determinarse a reconocerles un hondo valor patético. El pensamiento, por su propia substancia, parecía quedar siempre fuera de la vida; esto era lo angustioso. Y si se resolvían problemas y se aclaraban misterios, ¿cómo traducir estas soluciones al idioma directo de la vida? Por el amor y la compasión, sin duda. A poco que pensara en la niña que dejó perderse en el abismo hacía unas horas, las lágrimas correrían por sus mejillas. Si imaginaba con fuerza su pequeña figura cojeando en la noche, ¿cómo no llorar?, ¿cómo no sentir que

el corazón se le deshacía para siempre, mientras el sentido de la condenación caía sobre su frente, dictaminando su maldad esencial, su cobardía invencible? No. Ya no sentía deseos de llorar. Si no lloró cuando, hacía años, ella le dijo sencillamente que *no*, cuando por esa palabra fue decretado su destino de oscilación y sombras, ¿iba a derramar lágrimas por cosas o personas que nada le importaban? ¿Tan aburrido estaba que consideraba el llanto como una diversión? En vez de abandonarse a efusiones inútiles, podía pasar unas horas de ejercicio mental, realizando cálculos o escribiendo planes para el futuro, trazando el esquema de las posibilidades diversas que aquella noche se le habían ofrecido con claridad y precisión. Trataría de recordar lo que había proyectado desde su salida de la oficina, al atardecer, y vería qué resultaba más conveniente. Pero esto era imposible. Además, no sería nada nuevo. ¿Qué otra cosa sino intentar ese balance había estado haciendo horas y horas? Las extrañas apariciones de títulos de libros sobre magia, la fugaz atención a conversaciones de gente desgraciada, preferentemente vertida hacia los temas más truculentos, sus alucinaciones en las que creyó oír las voces del más allá y ver la imagen de la mujer ideal, apareciendo en la sordidez de un bar cualquiera, ¿qué finalidad coherente tenían? Si no quería volverse loco tenía que reconocer que ningún orden podía organizar aquel material informe. Ni siquiera la prostituta de las dos mitades distintas, ni el encuentro con la niña perdida, podían tener significado. Lo que había simbolizado en el repetido nombre de Nebiros, a causa de la impresión que le produjo el hallazgo de un libro que, en otro tiempo, le había emocionado, era precisamente la idea de que la vida carecía intrínsecamente de orden y de sistema. Como en el juego, las cartas salían al azar y lo único que se podía hacer era vivir cada momento, sin pretender construir una pirámide con aguas fangosas. El barro estaba dentro y también fuera de él; luchas antiguas se agitaban en su mente y enturbiaban su imaginación que había gozado de momentos de lucidez. Cada concepto iba perdiendo el sentido en su cerebro y se aniquilaban las consecuencias provechosas que hubiese podido extraer de la sucesión de acontecimientos que había vivido en un lapso de tiempo reducido y orgánico. Fracasaba en su empeño de encontrar la línea conductora en aquel caos y la cifra del laberinto se le aparecía entre remolinos de niebla. ¿Qué querría expresar el mito antiquísimo? Si pudiera averiguar con certeza esto, tal vez descubriría qué era el hilo de Ariadna y cómo se debía comportar el hombre para que el caos adviniera mundo y la penumbra claridad tranquila. De todos modos, no debía desesperar; posiblemente llegaría otra noche, u otro día, en el que podría completar las intuiciones que no acababa por el momento de especificar. Tenía que tener paciencia y ser sufrido. Lo que otros toleraban, en las torturas físicas, él debía resistirlo en los tormentos del espíritu y de la inteligencia. Ya sabía que la luz y las tinieblas le poseerían siempre alternativamente, que lo peor sería cuando se entremezclasen, la mayor parte gris del tiempo, del enorme tiempo que le había sido asignado. Pero su idea dominante permanecería clavada en el fondo de su alma, como esas trampas que ponen los cazadores de grandes animales salvajes, que consisten en

una fosa en cuyo suelo hay una hoja de metal afilado, preparada para recibir la víctima sorprendida. Así estaría su disposición vigilante en él. Quién sabe si debería esperar mucho, demasiado siempre. Acaso una tarde en la que se sintiera especialmente triste, cuando ya no tuviera esperanzas terrestres y el ocaso de su existencia le hiciera inclinarse humildemente, la revelación se completaría y comprendería que su vida había tenido una razón de ser y que sus miserias tenían una justificación eterna.

Estos pensamientos le emocionaron. Salió de la sala y fue andando lentamente por el pasillo hacia la cocina. Los rasgos de su rostro seguían con su blanda textura que detestaba, pero su corazón estaba apilado y preparado para la constante lucha. Al pasar al lado de las habitaciones de sus padres acarició la madera de las puertas sonriendo, sin sentir miedo alguno. Levantó la cabeza y notó un dolor intenso en la región de la nuca, que desapareció enseguida. Después tuvo cierta sensación de hambre y debilidad. Se acordó de la cena, que aún estaba esperándole. Entró en la cocina y cogió dos pedazos de pan, puso la tortilla entre medio y la dejó en un plato. Volvió a su cuarto y tomó la chaqueta, que se puso. Se sentó ante la mesa de la cocina y empezó a comer. Las mandíbulas le dolían levemente y seguía la confusión imperando en su mente. Deseaba dejar de pensar en todos aquellos asuntos y poner en calma su espíritu. La tortilla estaba muy fría y demasiado cruda; un hilillo de huevo batido líquido resbaló a la presión de sus manos y le manchó la solapa de la chaqueta sin que se diera cuenta. Empezaba a tener sueño y ya no le importaba nada solucionar su vida, porque sabía que todas las soluciones eran igualmente inútiles y malas. Una bruma dulce entraba en la habitación y se posaba entre los objetos y sus ojos fatigados. A lo lejos sonaba algo; parecían campanas. Seguramente estaba amaneciendo y algunas iglesias se despertaban llamando a los fieles. En su interior habría muchos cirios encendidos, altares con flores e imágenes de colores brillantes. Estaban vacías, pero pronto las llenaría la gente. Él no entraría allí, más que a la hora de la muerte, si entonces le admitían; era pues extraño que se viese entre una larga fila de muchachos, avanzando hacia el altar de una capilla que se parecía mucho a la del colegio. Sacudió la cabeza al ver que, cerca de un confesionario, estaba la niña abandonada, que él dejó perderse en la noche sin hacer nada por evitarlo. No estaba indecisa como la vez anterior y le sonreía. Él se separó de la fila y avanzó hacia ella, como si fueran amigos. ¿Por qué estaba comiendo en el interior de una iglesia? Le quedaba todavía la mitad de su almuerzo. Le daría a la niña. Aún tenía tiempo para hacerlo. ¡Tiempo! El incienso empezaba a llenar el ámbito de la capilla y le aislaba de todo con sus grandes nubes grises. Empezó a tocar el órgano y su música sonaba entrecortada, como si el aparato fuese mal o el organista estuviese enfermo. Quiso alcanzar a la niña, que se alejaba después de haber aceptado el alimento que él le dio, pero ella no se apartaba andando, sino que volaba por encima del incienso y de las imágenes de yeso de los santos, saliendo finalmente por un gran agujero abierto en el techo de la iglesia. Su cabeza se dobló y sus brazos cayeron rotos a lo largo de su

cuerpo. La música iba apagándose hasta adquirir una debilidad inverosímil. No quería ceder a la tentación de dormir o de morir. Debía seguir allí, en medio de las cosas para tratar de averiguar su sentido. ¿Sentido? Un vendaval enorme había barrido las imágenes. Solo restaba, como vestigio de un mundo que no existe, un lacerante dolor que le recordaba su humana condición. Caía un agua blanda desde el cielo invisible. Y él lloraba dormido, con la cabeza hundida en su noche, sobre la mesa de la cocina. Al despertar unas horas después recordaría poco de lo que tanto le había emocionado. Nada cambiaría en su existencia, que un día indiferente terminaría sin grandeza y sin utilidad, para regresar a la sombra palpitante de la que todo gradualmente sale.

## **NOTA A LA EDICIÓN**

Reproducimos el texto tal y como aparece en el manuscrito conservado en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares con el número 950. Hemos introducido las correcciones realizadas por el autor en este manuscrito a lápiz y a bolígrafo o pluma, respetando las tachaduras. Las palabras han sido acentuadas según las normas de la Real Academia Española vigentes en la actualidad.

# EPÍLOGO

## EL MANUSCRITO PERDIDO

El relato que aquí publicamos, *Nebiros*, es una obra de Juan Eduardo Cirlot escrita en Barcelona en los meses de agosto y septiembre de 1950. El relato ha permanecido inédito hasta la fecha debido a que la censura no permitió entonces su publicación. El texto procede del manuscrito que se encuentra en el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares con el número 950, junto al expediente 950-951, y que pudimos localizar Enrique Granell y yo en el mes de junio del año 2015. Parece como si este texto se hubiera resistido involuntaria y voluntariamente a salir a la luz hasta que no se cumplieran los cien años del nacimiento de su autor.

En la primera página del manuscrito del AGA puede verse el sello de José Janés, el que hubiera debido ser su futuro editor. Está dedicado a Juan A. Gaya Nuño que en aquellos años, desde 1947 hasta 1951, fue director de las Galerías Layetanas, justamente donde Antoni Tàpies realizó su primera exposición individual con texto de Juan Eduardo Cirlot para el catálogo<sup>[1]</sup>. Unas cartas fechadas entre 1952 y 1960, en la actualidad en el Centro Cultural Gaya Nuño de Soria, atestiguan la amistad entre ambos<sup>[2]</sup>. El formato del manuscrito es en 8.º, páginas holandesas, y está numerado desde la página 1 hasta la página 148. Escrito a máquina, casi cada página contiene algunas correcciones de su autor: palabras tachadas y sustituidas por otras escritas encima a mano (permanecía> continuaba, pág. 1), integración de palabras que faltan (pues el <que> ponía, pág. 7), palabras tachadas (y de matemáticas elementales, pág. 19) o párrafos enteros (9 líneas, págs. 48, 49). Hay palabras subrayadas, bien porque son títulos de una obra (*Los secretos del infierno*, págs. 15-16), bien porque se le quiere dar énfasis (*aún*, pág. 29; *verdadera*, pág. 46). La utilización de bolígrafo y lápiz para las correcciones parece indicar que como mínimo el texto fue leído dos veces por su autor. El cambio de tinta, mucho más intensa en la página 37, indica cambio de la cinta de la máquina, más que copia con papel carbón. Pero lo que más llama la atención de este manuscrito son los subrayados en rojo y las líneas rojas verticales en los márgenes, debidas a la intervención del censor. Reproduzco todos los pasajes censurados después de este epílogo (ver págs. 173-186 de esta edición).

El expediente adjunto al relato censurado consta de 13 páginas. La solicitud para la autorización de la obra, fechada el 28 de febrero de 1951, está dirigida al Director General de Propaganda del Ministerio de Educación Nacional. El solicitante es José Janés, *Nebiros* aparece clasificada como una novela y el editor proyecta una tirada de 2350 ejemplares a 50 pesetas el ejemplar. Al volumen se le atribuyen 200 páginas, pensando posiblemente en la obra editada, con un mayor número de páginas que el

original manuscrito, ya que el interlineado es apretado (29 líneas por página). El manuscrito pasó al lector número 20, que realizó su informe que transcribo a continuación:

Libro fatalista, saturado de contradicciones y pesimismo, cuyo protagonista —un imaginativo sexual, tímido y sin fe—, después de un largo paseo por el barrio de los prostíbulos de su ciudad, en el que se le ocurren los más paradójicos y peregrinos comentarios, llega a la escéptica conclusión que toda ansia de superación y mejora espiritual es inútil. El libro además de pesado es peligroso por los disparates que dice, y la turbia sexualidad servida en descripciones pornográficas, y no está exento de cierto matiz demagógico. **NO DEBE SER AUTORIZADO.** A las pruebas de diversas clases me remito. Véanse págs.: 6-13-22-29-32-33-35-36-39-43-68-72-83-84-85-86-88-89-90-91-93-94-95-101-115-119-120-121-125-126-127-128-129-130-131-157-173.

El informe, con una firma irreconocible del censor, está fechado el 26 de marzo de 1951. La mayor parte de páginas citadas no coinciden con los pasajes subrayados en rojo ni las líneas verticales en rojo en el margen izquierdo del manuscrito del AGA (ver págs. 174-186 de esta edición). Las únicas coincidencias corresponden a las páginas 68, 72, 93, 94 y 101, lo que indica que o bien en el informe citaba unas páginas y en el manuscrito señalaba otras, o bien que utilizó otro manuscrito. Con fecha de 17 de abril del mismo año se le comunica al editor José Janés la denegación de autorización «necesaria para dicha obra». Diez días después, el 27 de abril, José Janés recurre contra la denegación suplicando:

Una revisión del aludido expediente para autorizar dicha obra en régimen de TOLERADA, teniendo en cuenta los siguientes extremos:

a) La calidad lírica e intelectual de la obra, que la aleja de por sí de los públicos más bajos a los que su lectura pudiera parcialmente perjudicar

b) El tono de autenticidad del libro, que lo aparta por entero de cualquier literatura creada por el simple placer de aludir a lo morboso de la humana existencia, reflejando por el contrario una faceta de la consciencia profunda, que creemos de verdadero interés dentro de la literatura patria y

c) Por los antecedentes políticos y sociales del autor de este libro, persona a la que de ningún modo se puede tachar, ni indirectamente de subversiva, lo que sabemos por nuestro trato personal y porque sus documentos prueban su adhesión al régimen nacional

Del 30 de abril es la carta a mano de César González Ruano dirigida a Juan Beneyto en la que se lee:

Mi querido amigo Beneyto:

El poeta Juan-Eduardo Cirlot me dice que habiéndole sido denegada la novela «Nebiros» que entregó en cesura su editor José Janés, este editor ha hecho una instancia pidiendo revisión del expediente. Dado que las razones que allí se explican son de muy buena fe, le agradecería a Vd. mucho por interés literario hacia Cirlot cuanto se pueda hacer en este sentido. Cirlot va a hacer todo lo posible por verle a Vd.

En efecto, la obra entró a revisión el 30 de mayo. Del 7 de junio es el nuevo informe con una firma que parece decir Pedro Muñoz. El informe es mucho más lacónico que el anterior, pero igual de contundente:

De una moralidad grosera y repugnante. No se debe autorizar.

La Dirección General de Propaganda «visto que persisten las causas que motivaron nuestra resolución» resuelve «mantener su anterior criterio».

En el informe del censor número 20, el primero, se alude a las págs. 157, 173. Nuestro original termina en la página 148. ¿Quiere decir esto que tenemos un manuscrito incompleto? La última frase de nuestro manuscrito parece concluyente:

«Nada cambiaría en su existencia, que un día indiferente terminaría sin grandeza y sin utilidad, para regresar a la sombra palpitante de la que todo gradualmente sale». Pero no puede asegurarse que esa fuera la última frase de *Nebiros*. ¿Tenía el censor un original con un interlineado más amplio que el manuscrito del AGA y por tanto con un mayor número de páginas? A esto se añade el dato de la solicitud de autorización de Janés que describe el libro como un volumen de 200 páginas. Quizás no pensara en las páginas de la obra ya publicada, sino en el manuscrito que tenía delante. ¿Nos falta entonces un tercio de la obra? En el Ministerio se recibieron cinco manuscritos tal y como se citan en el expediente («... queda hecho el depósito de los CINCO ejemplares que se determinan para su firma y sellado en el Negociado de Circulación»), de los cuales solo parece haberse conservado el del AGA y otro.

En efecto, existe aún otro manuscrito de *Nebiros*: el que perteneció a su autor. Ese es el manuscrito que yo conocía y que se quedó o perdí en la casa que habité entre 1986 y 1993. Fue en esos años cuando en una de mis habituales visitas al piso de la calle Herzegovina, 33, o sea, la casa familiar en la que seguía viviendo mi madre, encontré en el armario del cuarto de armarios, allí donde mi padre guardaba su archivo, esta obra inédita. Su hallazgo supuso una gran sorpresa: nunca había oído hablar de *Nebiros* a mi padre y además no entendí al principio el significado de los subrayados en rojo. A eso se añadía que venía de otros tiempos para mí desconocidos: el ejemplar estaba fechado en el año 1950 y mi padre había destruido todo su archivo con fecha anterior a 1958. Todos los papeles de mi padre, cartas, esquemas, resúmenes, ideas, bocetos, etcétera, correspondían a la última etapa de su vida, entre 1958 y 1973, el archivo que fue cedido al Museo Nacional de Arte de Cataluña a la muerte de mi madre en 2008. Así, aquel manuscrito titulado con el extraño nombre

de *Nebiros* despertó toda mi curiosidad. A mis preguntas, mi madre respondió que «el manuscrito había sido totalmente censurado y que mi padre no había querido cambiar nada». Lo leí enseguida, aunque debo confesar que apenas guardaba memoria de aquella primera lectura. Me habría gustado mucho recuperarlo para poder confrontar los dos manuscritos y así detectar no solo posibles variantes, sino la real extensión del texto. No ha sido posible. No sé por tanto si publicamos un manuscrito mutilado o completo, lo cual supone que no sabemos si nos encontramos ante el relato, un día de primavera, de un paseo nocturno, desde el atardecer al alba, o ante el relato posiblemente de un día completo con sus célebres veinticuatro horas desde el *Ulises* de James Joyce<sup>[3]</sup>.

Si situamos *Nebiros* en el contexto de los hábitos de censura en la España de los años cincuenta, no resulta nada raro que su publicación no fuera autorizada. Más bien me parece sorprendente que tanto el editor como el autor pensaran que podía publicarse. Con todo, cinco años antes, en una carta a Carlos Edmundo de Ory, fechada el 4 de diciembre de 1945, Cirlot le anunciaba, mostrando ya sus reservas:

Para dentro de ocho o nueve meses preparo otro libro que contendrá, si la censura lo permite, mi aspecto más oscuro. Tal vez haga una edición de 25 ó 50 ejemplares para amigos, por detrás de la Iglesia<sup>[4]</sup>.

¿A qué se refería? Por la tirada parece referirse a un libro de poemas que quizás nunca llegó a escribir. O también podría estar pensando en un proyecto que habría de terminar en *Nebiros*. En el relato no hay ciertamente ningún ataque al régimen, ni a la Iglesia ni a sus ministros, pero los censores advirtieron inmediatamente el ataque al dogma y a la moral. Señala Hans Jörg Neuschäfer que la religión y la moral sexual constituyeron los temas decisivos en una primera época de la censura<sup>[5]</sup>. Aunque en ningún momento se cite en el relato nombre alguno, ni el de la ciudad o el país en que transcurre la acción situándose por tanto toda la ficción en un lugar indeterminado, se soportaban mal actitudes y sentimientos pesimistas y nihilistas. La novela de Ana María Matute de 1953, *Luciérnagas*, publicada por vez primera en los noventa, fue desautorizada justamente por esa razón: por el clima de decepción y amargura en una Barcelona de la guerra<sup>[6]</sup>. Cuando en 1956, André Breton publicó *La lettre de Barcelone* en el número 1 de *Le surréalisme même*, en la que Cirlot hablaba con gran desánimo de la situación cultural de España (*Je dois dire qu'en Espagne le surréalisme est pur néant, mouvement enfermé dans le silence avec les clés de la totale indifférence...*), temió mucho las posibles represalias por parte del régimen. Quizás la renuncia a hablar de Barcelona o España en *Nebiros* procediera del temor a la censura, lo que contribuyó a intensificar más el espacio de la interioridad y a difuminar en una espesa neblina el mundo exterior hecho de calles, paseos y plazas, todos ellos anónimos. Sin embargo, si la indeterminación fue por esa razón, está claro que no resultó suficiente. En su libro sobre la censura, Manuel Abellán sostiene que

fue a partir de 1952 cuando «a un personal censor relativamente culto e ilustrado había sucedido ya la especie mojigata y cavernícola entregada a la salvación moral de los indefensos lectores<sup>[7]</sup>». De hecho, Juan Beneyto Pérez, al que se dirige César González Ruano en la carta más arriba citada, era un catedrático de prestigio y especialista de los medios de comunicación, rodeado por un grupo de universitarios y escritores<sup>[8]</sup>. Con todo, ‘la especie mojigata y cavernícola’, además de profundamente ignorante, debió existir también desde el principio. A esa especie debió pertenecer el que juzgó *Nada*, de Carmen Laforet (1945), como una novela nada censurable, pero «insulsa, sin estilo ni valor literario alguno<sup>[9]</sup>».

Lo cierto es que en *Nebiros* nadie tiene nombre: ni la ciudad donde transcurre la acción, ni las calles, plazas o paseos por los que pasea el protagonista, ni el mismo protagonista, un hombre de edad recién madura, ni ningún otro personaje citado (padres, hermanas, etc.). Todo el relato de ficción se hunde en el más absoluto anonimato. Los únicos que tienen nombre son los autores de los libros, y los títulos de los libros. El protagonista es un asiduo de los mercados de libros viejos y se maneja bien en ese medio. También tiene libros en su casa, la que fuera de sus padres antes de su muerte. Esta acentuada identidad libresca se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que el protagonista «tenía que ver en los libros lo que quería vivir» (pág. 19). En el relato encontramos citados a Novalis, Dante, *La Araucana*, *Historia de la ciudad de Cartago*, *Salambó*, de Flaubert, Nietzsche, Lao-tsé, *Utopía*, de Tomás Moro, *La ciudad del sol* de Campanella, *Parsifal*, *Diálogos*, de Platón, *Hamlet*, *Las Confesiones* de san Agustín, *El caballero Roland sube a la torre sombría*, de Robert Browning (al que no se cita), la *República*, de Platón, *Erewhon* (anagrama de *Nowhere*, ‘ninguna parte’), de Butler. Pero hay dos que se encuentran íntimamente imbricados con el relato de ficción. El primero de ellos aparece citado como *Los secretos del Infierno*, aunque su título completo es: *Los secretos del Infierno o sea El emperador Lucifer y su ministro Lucífugo Rofocale*, sacado de un manuscrito del año 1522, edición del Mago Bruno, Nimes, 1835 (sin fecha). El nombre *Nebirus* aparece en la página 38. En este librito encontró Cirlot el título para su relato: el nombre de un demonio, uno de los Espíritus superiores, los directores del gran poder infernal. Suprimida la forma latinizada, quedó *Nebiros*, un nombre que tuvo que gustar al poeta por su cercanía con la palabra «niebla», *niebla, niebla*, como se lee en el poema *Susan Lenox* (1947), además de por contener la N de nada, de nunca, de ni, esto es, por su carga de negatividad según el simbolismo fonético. *Nebiros* encierra además la palabra *eros*, que dio título a un poema en prosa de Cirlot de 1949<sup>[10]</sup>. *Nebiros* se llamará un bar en el que el protagonista vivirá un estado de alucinación: «las letras se veían al revés, pero, por esto mismo se esforzó en leer el rótulo... *Nebiros* decían las letras negras pintadas sobre el cristal» (págs. 85-86). Como también le parecerá ver sobre la madera de una puerta unas letras «casi borradas por la lluvia», pero distinguiéndose una gran N y una S entre otras (pág. 119).

El segundo libro al que me refiero es *Magia sexual*, citado poco después de *Los*

*secretos*, en la página 17 y mucho más adelante, en la segunda visita al prostíbulo, en la que la prostituta, un ser anómalo y desigual, «como el grifo de los cuentos infantiles», se parece extrañamente —se afirma en el relato— a una mujer de un grabado reproducido en una de las páginas centrales de *Magia sexual*, con el nombre de Lilith. Un tal Arturo Kremer aparece como el autor de *Magia sexual. Tratado práctico de la ciencia oculta de los sexos*, publicado en la Biblioteca Hermética, en el ejemplar que he podido encontrar. Hay ilustraciones pero ninguna me parece ser el grabado de la mujer «anómala» y «desigual», aunque sí se cita a Lilith en las páginas 186 y 234. Un año antes de escribir *Nebiros*, Cirlot publicó en una edición de 80 ejemplares acompañada de un dibujo de Modest Cuixart y otro de Antoni Tàpies (que se reproduce en la página 111 de esta edición), un libro de poemas bajo el título y nombre de *Lilith*, que dedicó a André Breton. El poemario comienza con los siguientes versos:

*Cuando de tu figura te separas y cantas  
Con tus dos pechos grises al borde de mis ojos,  
Un clamor de timbales y tambores frenéticos  
Estalla sordamente bajo el cielo amarillo*<sup>[11]</sup>.

En estos cuatro versos puede contemplarse la desfiguración de la mujer, la prostituta o el mito antiguo, y su desmembramiento. Cuando el protagonista de *Nebiros* entra en el primer prostíbulo, indeciso ante la elección de la prostituta:

El *Prometeo* de Scriabin, sonaba tan intensamente en su cerebro como si diez orquestas sinfónicas reunidas lo estuvieran interpretando (pág. 71).

Una clara intertextualidad une *Nebiros* con la obra poética del propio Cirlot. No es difícil reconocer citas textuales del *Canto de la vida muerta* (1946), *Susan Lenox* (1947), *Diariamente* (1949), *El Libro de Cartago* (inédito en la época), o *Lilith* (1949)<sup>[12]</sup>. También hay otros autores y obras no citados en *Nebiros*, pero que están ahí, como por ejemplo indudablemente está Kafka (con la oficina y la sombra del padre), la Brontë de *Cumbres borrascosas* (con la herida de Heathcliff y su maldad), Hermann Hesse y su lobo estepario, o *Los lanzallamas*, de Roberto Arlt (1930), novela que Cirlot poseyó y por la que sintió un gran aprecio, lo que se deduce por haber pegado en ella su *ex libris* de Cuixart y haberla encuadernado como su *Diariamente* pero en azul claro, ejemplar actualmente propiedad de Enrique Granell, a quien debo el conocimiento de su existencia. Se comprende así la *Oda a Roberto Arlt, novelista argentino* por parte de alguien que detestaba el género novelesco<sup>[13]</sup>. Más allá del género está efectivamente el sentimiento de la vida y una intensa conciencia del mal, en lo que coincidieron el novelista argentino y el poeta barcelonés.

Las calles, las callejuelas, las plazas, los paseos, el barrio de los prostíbulos, el

muelle, de esta ciudad portuaria, reproducen fuera la mente de su protagonista, para ofrecer visibilidad a sus «disquisiciones», las conversaciones que mantiene consigo mismo, soliloquio o monólogo interior, en un mundo del que no se vislumbra salida posible. Ni siquiera la mirada al cielo libera del sentimiento de prisión:

Las primeras estrellas aparecían en un cielo azul violeta. A lo lejos las casas tenían una tonalidad gris blancuzca que les daba un aspecto irreal, idéntico al de algunas nubes que flotaban en el cielo, allá donde se reunían con la línea terminal de los edificios. Todo ello, cruzado por cables eléctricos y postes que creaban como una vasta e irregular red que garantizaba la imposibilidad de saltar fuera. (pág. 8)

El mundo es ciertamente una tumba. El autor de *Nebiros* habría de hablar más adelante de un «sentimiento gnóstico de la vida». En el mismo año que escribió este relato paseaba también por Barcelona con Marius Schneider, pero por la parte alta de la ciudad, en el barrio de la Bonanova. Dos años después, en 1952, pronunció una conferencia sobre símbolos en la Universidad de Barcelona y en 1954 inició la escritura del *Diccionario de símbolos*. Se abrió ante él un nuevo espacio de comprensión<sup>[14]</sup>. Pero en *Nebiros* no solo hay gnosticismo, sino que el relato se inserta claramente en una tradición «tumultuosa», la de la literatura que mantiene relaciones con el mal y de la que Georges Bataille eligió a Emily Brontë, Baudelaire, Michelet, William Blake, Sade, Proust, Kafka y Genet como sus mejores representantes<sup>[15]</sup>. Dos años después es el libro de José Bergamín, *Fronteras infernales de la poesía*, donde seguía un recorrido «infernado» que comenzaba con Séneca y seguía con Dante, Rojas, Shakespeare, Cervantes, Quevedo, Sade, y Byron para terminar con Nietzsche<sup>[16]</sup>. El libro estaba precedido por un ensayo escrito en 1932 titulado *La importancia del demonio*, en el que el escritor afirmaba: «Esta lucha invisible del mundo angélico y el demoníaco, que era para los griegos la razón única de la poesía, en todas sus artes, como en todas sus partes, se nos revela, efectivamente como el íntimo secreto entrañable del pensamiento imaginativo, de la imagen poética del mundo<sup>[17]</sup>».

*Nebiros* suscita muchas preguntas. Entre ellas, una se impone por encima de cualquier otra: ¿por qué Cirlot no destruyó el relato, tal y como hacía siempre con las obras que no se iban a publicar?, ¿por qué no lo destruyó como hizo con todos los papeles anteriores a 1958? No encuentro otra respuesta que el segundo epígrafe con el que comienza el *Diccionario de símbolos*: *El deber más importante en mi vida es, para mí, el de simbolizar mi interioridad*. Hebbel. Frente al hermetismo propio de la detención lírica, contrasta la claridad de la prosa que tiene que desplegar acciones, tiempos, sucesos. Un impulso irrefrenable a explicarse pudo ser la razón por la que no quiso que este manuscrito se perdiera, aunque tuviera que esperar 66 años para ver la luz.



# APÉNDICE

## PÁGINAS CENSURADAS EN EL MANUSCRITO DEL ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN N.º 950

*Se consignará en primer lugar la página o páginas, después el tipo de anotación del censor en el manuscrito original.*

PÁGINAS 17 Y 18  
Subrayado en rojo.

La religión le había decepcionado por dos cosas; la idea del infierno, que [18] creaba un dualismo, un desorden eterno, basándose además sobre la injusticia de que a unas faltas temporales se aplicaran castigos infinitos, y el vasto sistema de prohibiciones

PÁGINA 28  
Subrayado en rojo.

mientras por debajo de la mesa él tocaba sus gruesas piernas y Cuando ella estuviera semidesnuda, él se arrodillaría y la abrazaría, besándola ciegamente.

PÁGINA 31  
Subrayado en rojo.

Por ello, se reía manifiestamente de las verdades religiosas, no solo de los dogmas y de los milagros de la religión en cuyo seno naciera, sino de la misma esencia de la religión e incluso de la

PÁGINA 44  
Línea vertical roja en el margen izquierdo.

Siguió mirando libros. Quedaba uno de magia titulado *Los Secretos del Infierno*. En él se daban los nombres y se citaban las actividades de los principales demonios, explicando de qué manera se les podía evocar y utilizar, siempre, claro está, a cambio de la entrega del alma. ¿Cómo podía contratar en esas condiciones, hipotecando lo

que estaba seguro de no poseer? En cambio, de la existencia del mundo infernal no le cabía duda alguna. Aun cuando todo el aquelarre dibujado en las ilustraciones del libro fuera simple simbolismo, ¿cómo ocultarse a sí mismo la realidad terrible del principio del mal?

#### PÁGINAS 66-67

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

Pero tenía que pasar por allí si quería visitar la serie de tres o cuatro prostíbulos que había al final de la calle. Sin saber la causa acababa siempre por caer en ellos. Eran como el comedor colectivo; ni el tugurio definitivamente miserable, ni el falso aspecto de lo que se presentaba cómoda y alegremente. Estaban pintados de colores chillones y oscuros, en los que predominaba el rojo sangre de buey. Una substancial atmósfera se había remansado en tales interiores, los cuales le parecían conservar toda la primitividad de aquella institu[67]ción eterna. Claro está que había decidido no volver más a lugares semejantes, no por miedo, ni por repugnancia, sino para mejorar la sensación ulterior. Tenía que esforzarse en tolerar la claridad de los lugares superiores. Alguna vez había entrado en casas de prostitución de las caras y el ambiente era totalmente distinto al de los lupanares que se obstinaba en frecuentar. Allí las mujeres iban en traje de calle, entraban una a una en la sala de espera, bien amueblada, donde se las aguardaba y eran presentadas por sus nombres al cliente, el cual tenía apenas tiempo para estrechar su mano y lanzar una rápida ojeada a sus encantos. Luego aparecía sola la dueña a la cual se pedía la que había interesado. Más difícil debía ser la cosa en los grandes bares del centro de la ciudad. A ellos acudían las mujeres más seguras de su éxito, las que habían adquirido la práctica de la conversación y, por su trato continuo con hombres de clase social acomodada, alcanzaban cierta educación superficial de la que hacían gala, sentadas ante los veladores, fumando con boquilla y enseñando disimuladamente las ligas. Nunca se hubiese atrevido a interpelar a una mujer de aquellas

[...]

En cambio, las desgraciadas mujeres de los prostíbulos baratos le emocionaban al extremo de creer que realizaba una buena acción cuando alquilaba sus servicios por un rato.

#### PÁGINA 68

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

Si las mismas mujeres estaban allá, tarde y noche, trabajando catorce o dieciséis horas diarias era terrible la cifra de veces que podían subir acompañadas a la

habitación, en la que permanecían escasamente diez minutos, siendo reclamadas a gritos cuando dejaban pasar más tiempo. Debían ganar mucho dinero, aun cobrando poco por cada vez. Consideraba estas cuestiones con una duplicidad mental muy lúcida. Por una parte, reaccionaba con asco ante la situación y se extrañaba de verse avanzando hacia el centro de la calle, donde se abrían los portales de esas casas. Por otro lado, no solo no le daba repugnancia nada de ello, sino que le parecía perfectamente natural y se extrañaba no ya de que una mujer pudiera acostarse en un día con veinte o treinta hombres, sino de que hubiesen algunas que no lo hicieran más todavía, de que los seres humanos pudieran andar separados por las calles, cuando deberían formar una inmensa montaña de carne, indiferenciada, infinita.

PÁGINAS 69, 70, 71, 72

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

Se hallaba frente a un prostíbulo, cuyo nombre estaba escrito en un gran cartel azul, a la entrada. Tras un pasillo ancho y sombrío, se veía una puerta de madera, cuyas hojas se movían continuamente al ser empujadas por los que entraban y salían. Antes de pensar en ello se vio en el interior de la sala, poseído del inmediato impulso de huir. Pero la curiosidad le hizo quedarse. Era extraño que algo tan conocido para él tuviera siempre la sugestión de lo nuevo. La impresión que experimentara el primer día que entró en uno de aquellos antros, se reproducía virginalmente en su ánimo cada una de las veces en que volvía a ellos. Al fondo estaban las mujeres, completamente desnudas, de pie o sentadas sobre una alta tarima de madera, que daba realce a sus cuerpos, unos jóvenes, otros deformados por los años. Lo primero que le [70] llamaba la atención era que pudieran estar juntas mujeres de tan diverso valor, por las que se pagaba el mismo precio. Esta observación, repetida por él cientos de veces, tenía siempre la misma respuesta. De la obscura muchedumbre de hombres que se agolpaba en la sala, uno o varios se destacaban e iban en busca indistintamente de las muchachas más jóvenes y bien formadas o de las que inspiraba compasión y miedo. En especial, había una raza de prostitutas, ya de mediana edad, gordas y de carne muy blanca, marcada con extrañas cicatrices o con manchas violáceas o terrosas, a las que inevitablemente se dirigían los hombres silenciosos, los delgados, los que empezaban a tener el pelo canoso o mostraban en la boca un signo de tristeza o de desesperación. La fealdad de aquellas mujeres debía atraer a los hombres que se sentían en un mismo plano vital que ellas; fuera de este equilibrio no había sino timidez y vergüenza. Acaso esta verdad tampoco era nueva, pero creía que nunca había visto tan claramente cómo él mismo obedecía a aquella ley, descendiendo a los sitios aquellos, sin atreverse a buscar la satisfacción a sus anhelos en lugares más bellos y ordenados. Le gustaba el caos, aquella gente sucia y tétrica que se apretaba buscando calor. Él mismo fue acercándose a la gente, como solicitando protección, y

por una rara transferencia, tenía la impresión de estar demasiado desnudo y entregado a la curiosidad de todos, que podrían comprarlo o alquilarlo, como a aquellas mujeres.

Pensó elegir una y subir a la habitación, pero no se acababa de decidir. A veces, muchas veces, había permanecido indeciso durante rato y rato frente aquel escaparate vivo, viendo como en sueños las risas de las mujeres y oyendo sus palabras provocativas o insultantes. Finalmente, había salido de la casa y se había ido a la de al lado, donde ya entraba resuelto y, sin elegir, se dirigía en línea recta a la caja, pagaba y, desde allí, hacía señas a una de las mujeres más jóvenes de la reunión. La nota dominante en aquella vasta sala, de paredes pintadas de rojo oscuro, con guirnaldas azules y rosas, era la de una verdadera y gran tristeza. Esto no era proyección de su mente. Él había entrado allí con indiferencia real, y su estado de ánimo no solo no se había impuesto al espectáculo, sino que era hijo de él. La tétrica actitud de quien sabe va a tomar un remedio que no es tal, sino descanso [71] transitorio lo llenaba todo. Los hombres, el público, estaban más tristes que las mujeres, las cuales incluso bromeaban, mordían manzanas o fumaban cigarrillos, sin pensar en absoluto en su completa carencia de vestidos. Los hombres estaban tensos y muy pálidos, acaso tanto como él mismo. Se sintió tentado de arrodillarse y rezar, al comprender qué infinita labor benéfica realizaban aquellas mujeres, al ofrecerse de ese modo, por un dinero que siempre era poco, a la voracidad reseca de aquellos hombres, algunos de los cuales buscaban placer, otros calor sentimental, o compañía, o contacto simple con aquellos seres blandos y blancos, distintos a ellos, rugosos y endurecidos por todos los trabajos que, hechos sin placer ni vocación, eran a la postre tan prostitución como la de las hembras del lupanar. Se veía allá a hombres que jamás hubieran sido capaces de atraer por sí mismos la atención de una mujer, a menos que esta hubiera sido un monstruo de fealdad. Y aquellos hombres con aspecto enfermizo, sucios, miserables, alcoholizados, podían experimentar el éxtasis de las altas cumbres del mundo solamente por el jornal de uno de sus días de labor. En los instantes que siguieran a los contactos iniciales, debían ser tan felices como los amantes de las leyendas cuando, después de dificultades sin fin, lograban reunirse en las cámaras secretas de los palacios, para hundirse en ese amor confuso que no sabe dónde termina el alma y empieza el cuerpo.

Uno de sus recuerdos más preciados, en el que ni remotamente podía pensar unos instantes antes, le hizo sonreír con beatitud. Era un motivo musical, el tema más importante de una obra que jamás se daba en los conciertos, pero que él había tenido en disco, hacía muchos años, perdiéndolo para no volver a encontrarlo jamás. El *Prometeo*, de Scriabin, sonaba tan intensamente en su cerebro como si diez orquestas sinfónicas reunidas lo estuvieran interpretando. Vio la delgada cara del compositor ruso apoyada en la de su amante Tatiana. No sabía si ellos estaban en un salón de principios de siglo, lleno de cortinas con encajes blanquísimos, o entre las cimas nevadas de una montaña, cerca de un lago azul y transparente que reflejaba la

felicidad de los dos. Sintió las lágrimas a punto de brotar. Una de aquellas mujeres había descendido de su estrado y estaba ante él, escasamente a un paso; tan cerca esta [72]ba que, alargando la mano, se puso a tocarlo lúbricamente. No experimentó ni vergüenza, ni pena por sí mismo. La escena que vibraba en su imaginación no había desaparecido enteramente y simultáneamente a ella y al sonido continuo de la música, que también se expresaba en halos de colores ígneos, veía el rostro pálido de la prostituta detenida ante él y su cuerpo blanquecino. «No», dijo, haciendo un gran esfuerzo para que su voz resultara perceptible.

### PÁGINA 73

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

Por eso se experimentaba aquella suave alegría al ser abrazado y abrazar, al tocar con las manos palpitantes el cielo de un cuerpo desnudo. Pero, si esto era verdad, ¿de dónde procedía la otra alegría, la que sentía en aquel mismo instante por haberse podido apartar de las prostitutas, negándose el placer conocido? Lo sabía, aquella alegría era sentida por su parte individual, continuamente en lucha con la otra, queriendo imponérsele hasta destruir los menores acentos humanos en su vida, desgarrando los ligamentos que le unían a los demás, sea en el aspecto erótico, en el social, o en otro cualquiera. Por consiguiente, la pureza era un mal y no un bien. Era una dicha egoísta y orgullosa. Solamente de este modo se hacía comprensible lo que había observado algunas veces, que las personas muy sensuales solían ser compasivas y llenas de cordialidad, mientras que, de los que eran capaces de reprimir sus más hondos instintos, se podía esperar todo, especialmente el fuego de las hogueras y la visión del infierno. La frialdad de esos seres, ¡cómo se solazaban ante la idea de las llamas!, ¡qué dicha poder alojar en ella a sus enemigos, a los que no habían tenido la «voluntad» de superar sus pasiones! Recordaba la fruición con que algunas beatas hablaban de «condenación eterna» reservada a aquellas mujeres valientes que, despreciando todas las normas morales y sociales, habían tenido el atrevimiento de entregarse a sus amantes, para hacer [74] los felices y serlo ellas mismas

### PÁGINA 74

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

¿Por qué tanto vicio? Sencillamente, porque el contacto carnal se puede lograr cuando se quiere y el sentimental o espiritual no. Muchos que, al salir de casa, pueden decirse: voy a buscar a una muchacha con la cual acostarme, tal vez no lo harían si, en lugar de ello, pudieran alcanzar, con la misma facilidad y seguridad, una vivencia de alto amor espiritual. Pero tal cosa no es posible, los grados elevados del

amor no se pueden comprar, ni alquilar, ni siquiera buscar. Se dan a algunos privilegiados, mientras la multitud tiene que consolarse con el placer, como substitutivo inmediato. ¿Abstención? Entonces la humanidad de los trabajadores sería idéntica al carro de esclavos ciegos que, atados a un molino, van dando vueltas alrededor de él hasta que el cansancio los agota y caen, entre los golpes del amo, y el hambre y la sed desgarradora que los consumen. No se puede poner un bozal a los hombres como si fueran perros, porque no lo son. Y, en el fondo, tampoco los animales deberían ser obligados a realizar lo que no desean. En una ocasión, él había visto a un carretero martirizar a su caballo; para hacerle cesar en una excitación sexual que la pobre bestia no podía dominar, la emprendió a patadas contra su vientre y sus testículos, al extremo de que el caballo mordía los palos entre los que estaba atado, temblando y con los ojos desorbitados por

PÁGINAS 93, 94

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

¿Por qué no era todo un inmenso campo fértil con el que el calor del sol levantara un incendio rosa, cálido como la música y como el amor? Naturalmente, que la culpa era suya por volver a atreverse a pensar por su cuenta. El hombre había sido hecho libre, para que así su bondad y su justicia tuviera un valor positivo. Pero ¿la bondad de los justos, valía lo bastante como para compensar la existencia de las abominaciones de los malos? De nuevo cruzó por su imaginación la visión del niño quemado por su hermano en lo alto del monte. ¿No hubiera sido preferible que se extinguieran mil momentos de felicidad, antes de que unas horas de dolor semejante martirizaran a un inocente? Si hubiese creído verdaderamente en Dios, hubiese caído de rodillas, al lado de aquella mancha de sangre de la acera, para pedir que se acabara el mundo y terminara el tormento estéril de todos, pero se reía de sus intenciones. ¿Rezar al vacío? Bien que lo hiciera cuando su mente se rebelara contra la luz de la razón, cayendo en aquellas crisis sentimentales que le sumían a veces en la inconsciencia, pero no podía implorar en aquel momento, [94]cuando todo en su ser y en el ambiente le hablaba de un substancial desamparo humano. Aparte de ello, en su confusión constitucional, elegía intuitivamente el camino del ateísmo para así alcanzar la fe, pues sabía que en su interior todo se tornaba auténtico por el camino de la contradicción; esto es, bastaba que se dijera a sí mismo creyente, para sentirse incrédulo, e inversamente. Si Dios, a fin de cuentas, existía, tendría compasión de su caso que, afortunadamente para los demás, no era el de todos.

PÁGINAS 97, 98, 99, 100, 101, 102

Línea vertical roja en el margen izquierdo.

Con su mano derecha reconoció el bolsillo de la chaqueta donde guardaba el dinero, mientras con la izquierda apretaba el timbre. La casa estaba ya cerrada, pero seguramente habría mujeres dentro todavía. Mientras pensaba en la reconstrucción de su torcida existencia, había caminado a toda prisa, dirigiéndose al lugar donde siempre solían terminar sus rondas por los contornos; ahora estaba allí, esperando que le permitieran entrar, mientras se obligaba a pensar febrilmente en otras cosas para no darse cuenta de su fracaso. «Nada variará nunca», le decía una voz interior. Ni aquel bar se llamaba Nebiros, ni él había tenido intuición alguna aquella noche, ni siquiera la mujer de la limpieza, triste y desgarrada, estaba dispuesta a contraer matrimonio con un tipo como él, al que solo le quedaba el prostíbulo, ante el cual precisamente estaba, mientras el corazón le latía con la misma violencia que la primera vez que subió a un lugar parecido. Oyó unos pasos en el interior y el ruido de unas voces. La puerta se abrió, permitiendo ver un recibidor semejante al de una casa particular. Siguió a la criada que le había franqueado la entrada y llegó al comedor que le era tan conocido. Hubiese podido ser el de su propia casa, pero era todavía más viejo y de aspecto más miserable. La lámpara imitaba un bronce del que estaba a increíble distancia. El tapete de terciopelo marrón estaba raído y en las cinco o seis sillas que se hallaban cerca de la mesa estaban sentadas varias mujeres, dos o tres de ellas en camisa y otras vestidas con trajes de noche tan ridículos como absurdos, pero que, sin embargo, resultaban eróticos. El que primeramente le llamó la atención era una especie de túnica griega, de color rosa, con cintas y frisos azules. La mujer que lo llevaba, de unos cuarenta y cinco años de edad, había anudado una cinta azul a sus cabellos teñidos de rubio. Al verle entrar se puso en pie y se contoneó, mostrándole sus pesadas redondeces, cuya apariencia enfermiza y obscena inspiraba deseo y espanto. Él se apercibió de que, si seguía guardando silencio, se reirían de su aspecto que debía ser trágico. Procuró adoptar una grave compostura e incluso sonreír con afectada superioridad. Aun cuando conocía bien el lugar y él era perfectamente conocido de casi todas aquellas mujeres, tenía la impresión acostumbrada de hallarse allí por primera vez. Posiblemente, aunque la dueña de la casa y sus pupilas tuviesen el deseo de tratarle con más confianza, no lo hacían por esa intuición que permite adivinar al buen comerciante cómo debe recibir en todo momento a su cliente para que no le abandone por la tienda de al lado. Estarían tan habituadas a tener que aceptar excentricidades y rarezas que su seriedad era un mal menor solamente.

Como el domador que comprueba la perfección de movimientos de todos sus animales amaestrados, la dueña iba mirando una tras otra a sus mujeres, con la intención de guiar la mirada de él y descubrir qué tipo de encantos era el preferido aquella noche. De poder ser, él se hubiese marchado en el acto, huyendo de aquella reunión tétrica, que hacía más deseable la luminosa presencia de las muchachas que paseaban por la calle. No lo hizo y no fue por timidez. Sabía que tenía que pasar por allí para que, luego, la soledad no le fuese tan penosa. Desde hacía mucho tiempo, practicaba la sexualidad no como placer positivo, sino como curación del abismo

proceloso que se cebaba en él. Procuraba espaciar lo más posible sus visitas e esos lugares, pero le era absolutamente imposible prescindir totalmente de aquel desahogo de sus nervios, tensos como la atmósfera antes de la tempestad. Dejó de contemplar un almanaque de cartón plateado en el que sus miradas se habían refugiado para no advertir la inspección de que era objeto y fue repasando sucesivamente a todas aquellas mujeres que estaban allí, a su lado, dispuestas a permitírsele todo contra el pago de una cantidad insignificante. Se acordó de que muchos hombres preferían las más feas, aun cuando por el mismo precio pudieran tener mujeres más atractivas y decidió que aquella noche él haría lo mismo. Sería un sacrificio, un sacrificio más en honor a su enfermedad desconocida. Las dos primeras mujeres que miró le parecieron indiferentes; estaban jugando a cartas y sus brazos carnosos y deformes salían de unos trajes de noche, largos, pero abiertos de arriba abajo. La siguiente era la de la túnica griega. La otra que estaba a su lado iba vestida de calle, como si se hubiera preparado para marcharse, y tenía cierta armonía en su figura y en el peinado. Luego venía otra mujer con aspecto hom[99]bruno y cicatrices en el cuello. Enfrente estaban las dos últimas, en camisa y sentadas de tal modo que solo podía verlas desde la altura de los senos; ambas los tenían flácidos y pequeños. La que estaba al lado de la dueña era de facciones bastante puras y tenía los cabellos de un color rubio que parecía verdadero. La otra iba peinada con dos pequeños moños, los cuales recogían una pelambre lacia, sin brillo, de tonalidad marrón oscuro. Su rostro era muy pálido e irregular y sus dientes, entrevistos fugazmente, aunque eran blancos se alineaban de modo abrupto y desagradable. Por su gusto, hubiese solicitado a la muchacha de al lado, pero se levantó y pidió a la última. Sin manifestar asombro, ni hacer aspaviento alguno, la aludida se puso en pie y, mientras él pagaba por adelantado, recogió un diminuto y sucio monedero. La pareja comenzó a caminar por un corredor y al llegar a la segunda puerta a la derecha, ella dio la luz, entraron y la puerta se cerró con pestillo.

Más que lo que tenía que hacer, a él le preocupaba lo que debía dejar de hacer, cuando se encontraba en una situación parecida. Como un criminal que piensa cuidadosamente en no dejar sus huellas ni pista alguna por la que su identidad pueda descubrirse, él repasaba las reglas de aquel juego, de modo que no pudiera coger ninguna enfermedad, sin tener que practicar molestas profilaxis ulteriores. Cuando decidió que casi se abstendría de todo, ella ya estaba desnuda y le preguntaba por qué no hacía lo mismo. Contestó que no era necesario y se sentó a su lado sobre la cama. Al mirarla se asombró de la constitución de aquel ser que acababa de elegir y se dio cuenta de que era nueva en la casa. La forma de su cuerpo era casi monstruosa, pues, de la cintura para arriba, era delgadísima, su piel carecía de vida y de color, siendo casi lívida como la tonalidad de su rostro, mientras, por el contrario, la parte inferior de su cuerpo adquiriría progresivamente al llegar a las caderas un grueso insospechado y, lo que era más extraño, su piel cambiaba allí de color tornándose morena y áspera. Asimismo, su pubis participaba de aquella vitalidad furiosa y mostraba un remolino

de pelos largos y erizados. Instantáneamente, le vino a la memoria la imagen de la mujer del bar en [100] el que había estado. Aquella era la «otra mitad» de este ser anómalo y desigual como el grifo de los cuentos infantiles. Un sudor frío empezó a correr por su cuello al pensar que algo o alguien dirigía todo lo que le acontecía aquella noche. Ahora «le daban» el resto de lo que había sido ofrecido a su contemplación una hora antes. A toda velocidad, su pensamiento retrocedió en la noche hasta el momento en que se halló frente al mercado de libros hojeando aquel tratado de *Magia sexual*. ¿No quería vivir lo que leía? En una de las páginas centrales de la obra estaba reproducida la figura de una mujer semejante a la que estaba a su lado, mirándole con expresión de pasmo. Su nombre era Lilith. Le era muy conocido; hacía tiempo que sabía la existencia de aquel ser, el cual podía aparecerse por medio de las personas más diversas, pero siempre como compensación a la pérdida de la primera mujer, Eva, que había sido asignada por Dios al primer hombre. Enseguida, relacionó la aparición de Lilith con la muerte por accidente de la muchacha del coche. Como solía acontecerle, un mismo suceso le conmovía de las maneras más opuestas; por esto, tras el primer momento de miedo, se habituó a la situación y con una fe de la que se hubiese creído incapaz creyó que la prostituta que permanecía a su lado era la personificación de la legendaria serpiente. Sonrió con cierta gracia y se acercó a la pared sin mirarse en el espejo que había frente a la cama, sobre el lavabo de rigor. Apagó la luz blanca y encendió una lucecita encarnada que brillaba sobre la cabecera del lecho. Sin prisas, se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa y la camiseta. No prosiguió desnudándose pues debía adoptar un aspecto todo lo parecido que fuese al de su compañera de placer. Ella le miraba ya más tranquila e incluso hizo ademán de levantarse para ir a lavarse, pero él la detuvo con el gesto. Luego se arrodilló frente a aquel ser extraño y empezó a acariciarle las piernas, con la misma ternura que si tocara a alguien muy amado. Sus ojos se transfiguraron y grandes paisajes azules y blancos tomaron el lugar de la habitación desvencijada y sucia. La cama se licuó como el hielo sobre las brasas y el lavabo se convirtió en una enorme bahía llena de luz y de barcos antiguos, con velas de colores y remos de plata. Las piernas de aquella mujer ascendían hasta el cielo convirtiéndose en el eje del universo, en el alma del mundo. [101] Solamente permanecía allí como una alusión infernal, como un grabado mágico en el que cada rasgo fuera el ideograma de un alfabeto oculto. Su mirada iba de aquel receptáculo teñido de rojo a la infinita espacialidad que se había abierto en la habitación, mientras las manos de ella correspondían a su caricia con la más enervante de todas. Su ardor sagrado se había comunicado a la pobre mujer, cuya cabeza sufría sacudidas espasmódicas y en cuyos ojos apagados y tristes se reflejaban dos ciudades lejanas o dos puertos parecidos al que ardía a su lado derecho, mientras la bombilla roja, como una luna desconocida, de otro sistema planetario, parecía transitar por el aire, avanzando y retrocediendo rítmicamente hasta obscurecerse y confundirse con la noche total.

«Lilith», llamaba él, sin atreverse a pronunciar en voz alta la palabra. En su

dilatada vida, cuya irreal extensión se originaba de la falta de historia, de trabazón organizada de acontecimientos y de planes, nunca había tenido una visión tan pura de la realidad de la serpiente bíblica. Por eso no volvería nunca más a aquella casa, a la que se acercaría solo de día, mirándola de lejos, como los peregrinos más devotos o incrédulos hacen con los muros de la ciudad santa a la que han acudido desde los más remotos parajes. Presentía que la repetición de todo aquello acarrearía su inevitable destrucción. Pensaba en que su vida no era tan sórdida ni desgraciada como creía, puesto que podía gozar de cosas como aquella. Cambiaba de parecer y se decía que volvería a la noche siguiente, o al cabo de tres o cuatro noches. Lo que no se le ocurrió ni por un instante fue hablar de cosas normales con aquella mujer triste que se vestía, o mejor dicho, se ponía de nuevo su camisa negra, ni proyectar salir con ella, convidarla a beber o nada parecido. Las mujeres no eran personas, eran cosas. No se anudó la corbata, la guardó en el bolsillo del que había sacado el dinero. Cuando la prostituta pareció aludir a una propina, él abrió la puerta silenciosamente y sin decirle ni una palabra de respuesta salió al comedor, mirando ansiosamente en dirección a la salida. Como un grito de ave fue su despedida y, sin mirar atrás, dio un portazo saliendo a la calle en la que, de repente, notó frío. En aquel corto intervalo de tiempo, el panorama había cambiado totalmente. No quedaba ni un solo establecimiento abierto en toda la ca [101] lle ni posiblemente en el barrio. Tan solo unas luces muy espaciadas alumbraban y en lo alto brillaban las estrellas con fulgor, entre los nubarrones que se repartían a trechos la bóveda del cielo. Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y empezó a andar calle abajo. Lo primero que hizo fue repasar mentalmente todos sus movimientos desde que entró en la habitación con la mujer aquella. No hizo nada que pudiera acarrearle un disgusto. No hubo ni un beso en los labios, a pesar de que ella parecía pedirlo con los gestos de su cara, ni la tocó donde pudieran esconderse los gérmenes de la enfermedad. Ella tampoco le había besado por el cuerpo, por lo cual podía considerarse a salvo. Dio un suspiro de alivio, al pensar que todo había terminado y avanzó sintiéndose más ligero. Pasaba por delante del bar de las revelaciones. Se había bajado una cortina de hierro ondulado y no se podía ver el rótulo de la entrada. Era igual; estaba seguro de que no ponía Nebiros ni cosa semejante. Era imbécil creer que a una gente vulgar se le hubiese ocurrido un título semejante para un establecimiento cuyos clientes eran obreros y no intelectuales.



Juan Eduardo Cirlot (Barcelona 1916-1973) fue compositor, poeta y crítico de arte. Fue formado en la composición musical por el maestro Fernando Ardévol y perteneció al círculo Manuel de Falla, aunque en 1950 abandonó definitivamente este ámbito de creación. Entre 1940-1943 vivió en Zaragoza, movilizado por los nacionales, y en esa ciudad fue acogido por el grupo intelectual, en especial, por Alfonso Buñuel, hermano del cineasta, lo que le permitió acceder a la biblioteca de éste y entrar en contacto con el surrealismo. En 1949 conoció a André Breton en la Place Blanche de París y a partir de entonces mantuvieron una estrecha amistad. Entre 1949 y 1954 conoció al musicólogo y etnólogo Marius Schneider que le formó en simbología. En 1949 entró a formar parte del grupo Dau al Set. Su obra en prosa más importante es el *Diccionario de los símbolos* (con veinte reediciones desde 1997), así como el *Diccionario de los Ismos*, y su obra poética completa ha sido publicada en tres volúmenes: *Bronwyn* (2001), *En la llama* (2005) y *Del no mundo* (2008).

# Notas

[1] Juan Eduardo Cirlot, *La pintura de Antoni Tàpies*. Catálogo de la exposición en las Galerías Layetanas, 1950. Reproducido en *Mundo de Juan Eduardo Cirlot*, edición de Enrique Granell y Emmanuel Guigon, IVAM. Centre Julio González, Valencia, 1996. <<

[2] Agradezco a Pilar Albira que me enviara la correspondencia de mi padre con Gaya Nuño. <<

[3] Cirlot pudo conocer el *Ulises* de Joyce en las traducciones fragmentarias que se publicaron desde los años veinte o bien en la traducción de Santiago Rueda publicada en Buenos Aires en 1945. Lo cita en el *Diccionario de los Ismos*, Argos, Barcelona, 1949 (cf. la nueva edición de Siruela, Madrid, 2008), en la voz Humorismo. Cf. Carlos García Santa Cecilia, *La recepción de James Joyce en la prensa española (1921-1976)*, Sevilla, 1997; *Joyce y España*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2004. Mi agradecimiento a Domingo Ródenas por esta información, así como la referente a la censura en la España franquista. <<

[4] Carlos Edmundo de Ory me pasó muchas cartas de mi padre de esta primera época. Toda la correspondencia se encuentra en la Fundación Ory de Cádiz. <<

[5] Hans-Jörg Neuschäfer, *Adiós a la España eterna. La dialéctica de la censura. Novela, teatro y cine bajo el franquismo*, Anthropos, Barcelona, 1994, págs. 49-53.

<<

[6] Manuel L. Abellán, *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Península, Barcelona, 1980. Con reproducción del informe en las págs. 79-80. <<

[7] *Op. cit.*, pág. 161. <<

[8] *Op. cit.*, pág. 22. <<

[9] *Op. cit.*, pág. 160. <<

[10] Juan Eduardo Cirlot, *Eros*, Ediciones Cobalto, Barcelona, 1949; cf. Juan Eduardo Cirlot, *En la llama. Poesía (1943-1959)*, edición de Enrique Granell, Siruela, Madrid, 2005, págs. 312-326. <<

[11] Juan Eduardo Cirlot, *Lilith*, Barcelona, 1949; y también en la pág. 340 de *En la llama*, *op. cit.* <<

[12] Ver, para la primera etapa poética, la edición de Enrique Granell, *En la llama*. <<

[13] Poema fechado el 10 de octubre de 1967 y publicado en Cuaderno cultural, n.º 10, 1968; cf. también en las págs. 796-798 de Juan Eduardo Cirlot, *Del no mundo. Poesía (1961-1973)*, edición de Clara Janés, Siruela, Madrid, 2008. <<

[14] Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Siruela, Madrid, 1997, donde en un epílogo explico las circunstancias de construcción de esta obra. La primera edición data de 1958. <<

[15] Georges Bataille, *La littérature et le mal*, París, 1957. <<

[16] José Bergamín, *Fronteras infernales de la poesía*, prólogo de María Zambrano, Taurus, Madrid, 1959 (Huerga y Fierro, Madrid, 2008). <<

[17] José Bergamín, *La importancia del demonio*, «Cruz y raya», 1933 (Siruela, Madrid, 2000, pág. 101). Cirlot escribió en reiteradas ocasiones sobre Brontë, Blake, Sade, Kafka y Dante. Muchas alusiones pueden encontrarse en el *Diccionario de los ismos*, *op. cit* y en artículos de revistas y periódicos, algunos de los cuales están reunidos en *Confidencias literarias*, edición de V. Cirlot, Huerga y Fierro, Madrid, 1996. <<